

The background of the entire page is a photograph of two hands clasped together. The hand on the left is a man's, with visible hair on the forearm, and the hand on the right is a woman's, with manicured nails. They are set against a soft, light blue background. The title text is overlaid on this image.

*Secretos
de
Mariposa*

La precuela de Maraña de secretos

Victoria Merrigan

Secretos de mariposa

Victoria Morrigan

Créditos

Título: Secretos de mariposa

Autora: Victoria Morrigan

Revisión, maquetación y diseño de portada: Victoria Morrigan

Imagen de portada: galería de imágenes de KDP

Capítulo 1

Ángel era la víctima perfecta.

Era un niño enclenque y de aspecto frágil. Aunque también era muy bonito, rubio, con el pelo liso y un denso flequillo sobre los grandes ojos castaños. Tenía la carita fina y delicada, y era muy obvio que tenía las orejas en asas, y que su madre le peinaba con el cabello por delante de ellas para tratar de disimularlas.

También parecía ser muy tímido. Tenía un algo triste en los ojos. Y cuando miraba a los adultos, sobre todo a los maestros, lo hacía como con aprensión, como si le dieran miedo.

Siempre estaba solo. Y si jugaba con otros chicos, no trataba de imponerse. Si algún otro niño le echaba o le daba problemas, Ángel no discutía, sino que directamente se iba. Parecía estar acostumbrado a estar consigo mismo y apartado de la gente.

Vaya, no había que ser un lince para darse cuenta de que ese niño tenía problemas en casa.

Y sin embargo, ninguno de los maestros decía nada. Nadie se metía. Y no porque no les importara Ángel. Los adultos simplemente, tenían otras preocupaciones. Corría el año 1971, y el país estaba pendiente de cuestiones políticas. Esperaban un cambio. Los problemas que pudiera tener en su casa un niño anónimo de ocho años no le importaban a nadie.

Además, en aquella época la gente tenía aún grabado a fuego aquello de “lo que ocurre en casa, se queda en casa” y de “no lavar la ropa sucia delante de la gente”. En otras palabras, si una familia tenía la desgracia de tener en su seno a una persona maltratadora, adicta o disfuncional de alguna otra manera, se creía que le correspondía a la propia familia lidiar con el marrón, y no era incumbencia de nadie más. Si Ángel tenía problemas, le correspondía a él solucionarlos, como pudiera y cuando pudiera. Si no podía con ocho años, que él viera a qué otra edad podría ser. Allá él.

Sí, Ángel estaba solo y abandonado a su suerte. Y él parecía saberlo, o intuirlo, porque siempre estaba en silencio, siempre apartado, y siempre serio y triste.

Pero para la señorita Susi era un niño perfecto.

Era delgadito, por lo que no tendría la fuerza suficiente como para intentar defenderse. Tampoco podría chivarse, porque no tenía a nadie. Y debía estar ávido de cariño y atención, pobrecito, por lo que debía ser muy fácil de embaucar.

La señorita no lo dudó.

—¡Qué bien te han salido hoy las cuentas, Ángel! Tus papás pueden estar muy orgullosos de ti.

–Gracias.

Ángel dudaba mucho que sus padres estuvieran orgullosos de él alguna vez. Pero no dijo nada.

Recogió sus lápices en un momento y los metió a bulto en su estuche. Otra vez se había quedado el último. Los otros niños eran unos cafres y salían corriendo en cuanto sonaba el timbre. En un momento, se quedaba solo en la clase, y eso no le gustaba. Le daba vergüenza que la señorita pensara que era lento o retrasado, o un incordio por salir tan tarde.

Se apresuró por dirigirse hacia la salida. Pero la señorita Susi le habló otra vez.

–Ah, y no te preocupes por el examen de verbos. No le diré a tu madre que has suspendido. Será un secreto entre nosotros, ¿vale?

Ángel titubeó un segundo junto a la puerta. ¿Se suponía que eso era algo bueno?

–Pero...

–Lo hago porque estoy segura de que aprobarás el próximo examen. Yo confío en ti, Ángel. Se nota que eres un chico aplicado y responsable.

Ángel no sabía si era esas cosas. Era la primera vez que un maestro le decía algo como esto. Pero asintió, no muy convencido. Fuera un chico aplicado o no, él estaba decidido a estudiar mucho para aprobar el próximo. No podía permitirse suspender ninguna asignatura en junio.

Sus padres no se metían en sus estudios, tenían otros problemas. Pero Ángel estaba seguro de que un suspenso a final de año sí les llamaría la atención, y no sería para algo bueno. Si podía ahorrarse una paliza, mejor para él, la verdad.

–Gracias, señorita. Es usted muy amable –dijo, más por compromiso que por otro motivo.

La realidad era que no sabía muy bien qué responder cuando le hablaba la señorita. Siempre se sentía incómodo y raro, como si fuera a meter la pata de un momento a otro. Y no sabía muy bien por qué.

La señorita Susi no era como ninguno de los otros maestros y señoritas que Ángel había tenido antes. Era joven, guapa, con el pelo negro siempre peinado de peluquería, los labios y las uñas pintados de rojo, y le hablaba en tono suave y agradable.

En realidad, le daba un poco de miedo. Y es que la señorita parecía verle a él, a Ángel, y Ángel no estaba acostumbrado a ser importante para nadie. ¿Y si serlo era algo malo?

–¿Te vas ya a casa? ¿Te espera tu mamá? –preguntó ella.

Antes de poder pensarlo, Ángel respondió:

–Ah... No, mi mamá... –Se interrumpió. ¿Debía decirlo? ¿De verdad era de fiar esta señorita?

–¿Sí? –dijo ella.

¿Verdad que parecía interesada? A lo mejor, ella podía comprenderle... A lo mejor, podía aconsejarle, o escucharle... Ángel se conformaba con poder hablar con alguien que le escuchara de verdad, aunque no dijera nada.

Pero, ¿era la señorita la persona adecuada? Los adultos nunca comprendían. Ellos no sabían. Tenían otros problemas.

–Pues... Está trabajando a esta hora –concluyó evasivamente Ángel.

–Ah, ¿tu mamá trabaja?

–Sí. –El chico bajó la cabeza, avergonzado–. Limpia en varias casas.

–Oh, ese es un trabajo muy duro –respondió ella.

Ángel se encogió de hombros. No tenía idea, la verdad.

La señorita soltó el borrador de la pizarra en su soporte suavemente y se volvió hacia él. Ángel se dio cuenta en ese momento de que ella llevaba todo el rato limpiando la pizarra, pero en realidad, no había borrado ni siquiera la mitad. Se dijo que no debía haber estado muy atenta a lo que hacía, porque él era capaz de borrarla entera en un solo minuto.

–Y si tu mamá no está en casa, ¿quién te prepara la merienda? –preguntó ella–. ¿Tu papá?

Ángel volvió a encogerse de hombros.

–Mi papá tampoco está en casa todavía. –Se limitó a decir.

–¿Entonces? ¿Algún hermano mayor?

Ángel negó. No tenía hermanos. Y ya le gustaría, ya. Le encantaría poder tener una hermanita pequeña, una niñita dulce que le mirase con ojitos de ilusión y de admiración, una pequeñita a la que poder proteger y mimar. Alguien que le diera compañía y que le comprendiera.

Se sentía muy solo. Y nadie nunca parecía dispuesto a escuchar.

–Me preparo la comida yo solo –dijo, bajando la cabeza más aún.

La señorita pareció impresionada.

–¿Tú solito? –dijo, con una exclamación.

Ángel se encogió de hombros. ¿Qué tenía eso de sorprendente? ¿Acaso podía hacer otra cosa? O se preparaba la comida solo, o no comía, era así de simple.

–¿Ves? ¡Estaba segura de que eras un chico muy responsable! –exclamó ella–. ¡Fíjate! ¡Te preparas la comida solito, como un hombre! ¡Qué niño tan valiente!

Ángel se dijo que no había que ser muy valiente para eso. La señorita exageraba. Tan solo bastaba con tener hambre y comida en el frigorífico. Él se encargaba de lo primero, y su madre de lo segundo. No tenía más historia. ¿Por qué parecía la señorita Susi tan emocionada?

—Pues ahora que me acuerdo... Hoy me he traído un pastelito para el recreo, y al final, no me lo he comido —continuó ella—. Si lo quieres, te lo regalo para que te lo comas para merendar. Así no tendrás que prepararte un bocadillo. ¿Te gustaría?

Ángel no estaba muy seguro de que eso estuviera bien.

—No se preocupe, señorita. Para mí no es problema.

—Desde luego que no. Pero un pastelito siempre se agradece, ¿no? —dijo ella, mientras caminaba hacia su mesa y abría su bolso.

Ángel se sentía incómodo. Empezó a desear irse a toda prisa.

—En... En realidad, no tengo hambre. Cómaselo usted para merendar, señorita.

—¡Oh, vamos! Es mejor si te lo tomas tú. Todavía tienes que crecer mucho, cariño.

Ella venía de regreso con un pastelito de chocolate en la mano. Se lo ofreció, sonriente. Ángel dio un paso atrás.

—Gracias, pero no. De verdad. Mamá dice que no está bien.

—¿Que no está bien el qué? —La señorita se rió suavemente—. ¿Tomar chocolate? —Bajó la voz al añadir—: Bueno, no te preocupes. Por un día, no pasa nada. —Le ofreció el pastelito otra vez diciendo, en tono confidencial—: Venga, toma. Prometo no decírselo a nadie.

Ángel dudó. Por un lado, no quería ofender a la señorita por no coger el regalo. Pero por otro, le parecía ver ante sí la cara de su madre diciéndole que no estaba bien coger regalos de desconocidos.

Claro que... ¿La señorita era una persona desconocida?

Ángel la conocía desde hacía poco, eso era verdad. Había llegado hacía un mes para sustituir a su tutor, Don Manuel, que estaba enfermo. Cuando uno conocía a una persona desde hacía un mes, ¿seguía siendo desconocida? El chico no sabía qué pensar...

—Venga... —insistió la señorita—. No te dé vergüenza. Somos amigos, ¿no?

¿Amigos? ¿Los adultos podían ser amigos de los niños? ¿Los maestros podían ser amigos de los alumnos?

Ángel no entendía nada. Pero era cierto que no quería ofenderla y que ella le cogiera manía por haberse negado a aceptar un regalo. De modo que acabó por asentir, a regañadientes. La señorita pareció feliz.

—¡Ah, muy bien! Eres un buen chico, Ángel. —Le alborotó el flequillo, y añadió—: Muy buen chico.

Ángel bajó la vista. Había algo en los ojos de la señorita en aquel momento que le hizo sentir raro. Apretó el pastelito contra sí con una mano y sujetó con fuerza la correa de su mochila con la otra.

—¿Puedo irme ya, señorita?

—Yo estoy muy a gusto hablando contigo, pero si tienes prisa...

—Sí. Con... con su permiso... Tengo... tengo que irme ya.

—Claro, comprendo. Ve a casa, cariño. Mañana nos vemos.

La señorita le acarició la mejilla, sonriendo adorablemente. Ángel deseó poder estar muy lejos de allí.

—Sí. Hasta... Hasta mañana, señorita Susi.

—Hasta mañana, Ángel.

La mujer se volvió hacia su mesa. Ángel salió a toda prisa. Pero apenas hubo cruzado el umbral, oyó que ella le decía desde la clase:

—¡Ah! ¡Y que te aproveche!

—¡Muchas gracias! —exclamó él. Y echó a correr escaleras abajo.

Cuando ya estaba en la calle, reparó en que no había caído en la cuenta de agradecerle el regalo. Pero ahora no iba a volverse para decírselo. Se sentiría ridículo. Además, no quería volver a estar solo con ella. Había algo en esa mujer que le resultaba inquietante.

El chico caminó a buen paso calle arriba hacia su casa, con el pastelito en la mano. Apenas hubo doblado la esquina, y por tanto, perdido de vista el colegio, se detuvo y le echó una ojeada al regalo.

Era un dulce pequeño. Y estaba sin abrir, el envoltorio estaba intacto. Pero Ángel sintió asco de repente. No quería comerse aquello, no podría decir por qué. Solo con pensarlo, le daban náuseas.

Echó una ojeada alrededor. La calle estaba desierta a esta hora de la tarde. Todos los niños debían estar ya en sus casas.

Había una papelera a pocos pasos. Sin pararse a meditarlo mucho, el chico caminó decidido hacia ella y tiró el pastelito, mirando atrás, en dirección a la esquina y al colegio. Se dijo que era muy poco probable que la señorita le hubiese seguido. Pero bueno, estaba bien cerciorarse, por si acaso.

Continuó caminando deprisa hacia su casa, no fuera a ser que de un momento a otro saliera un adulto por alguna ventana o alguna puerta a gritarle por haber tirado un pastelito sin abrir. “La comida no se tira”, decían los mayores. Y también: “Los regalos no se desprecian”.

Ángel se sentía un niño muy malo. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? No se sentía capaz de comerse algo que le daba asco.

Entonces recordó que los pastelitos de esa marca solían traer pegatinas...

¿A lo mejor debería volverse, quitarle la pegatina y tirar el resto?

No, no. No iba a volverse. Y desde luego, no iba a rebuscar en la papelera para eso. ¿Y si la señorita aparecía por detrás de la esquina mientras él sacaba la pegatina? No.

Pero, ¿y si ella le preguntaba mañana qué pegatina le había tocado?

Bueno, ya se inventaría. Ya vería.

De momento, se moría de ganas de llegar a casa. No sabía por qué, pero hoy se sentía raro, como sucio. Tenía la desagradable sensación de que había hecho algo muy malo, y que en todas las casas de la calle había gente que lo sabía y que le miraban por todas las ventanas. Ángel quería desaparecer.

En su casa se sentiría seguro. Al menos, de momento.

La madre de Ángel se llamaba Mercedes. Trabajaba limpiando por las casas y cuidando ancianos. Normalmente, pasaba el día entero fuera. Su padre se llamaba Samuel, y trabajaba como albañil por las mañanas. Las tardes, las pasaba en el bar.

Ángel tenía llave de su casa desde hacía dos años, y pasaba mucho tiempo solo. Intentaba ayudar a su madre en lo que pudiera, para que su padre no gritara y no montara bronca, de modo que cuando llegaba del colegio, solía ponerse a limpiar y a cocinar, para que hubiera algunas cosas de la casa ya hechas cuando llegaran los adultos.

Normalmente, su padre regresaba a casa antes que su madre. Solía venir borracho. Todos los días se repetía el mismo ritual. Samuel llegaba, le gruñía al chico protestando porque el suelo estaba mojado, o porque olía a comida en la cocina, caminaba dando tumbos hasta el sofá del salón, y se desplomaba allí.

Solía vomitar. Y era Ángel quien tenía que limpiarlo, porque Samuel obviamente no estaba para eso. Al chico le daba mucho asco. Pero había algo que llevaba aún peor que eso, y era tener que aguantar el mal humor de su padre.

Samuel tenía un amplio arsenal de insultos, y no dudaba en escupírselos a su hijo, tarde tras tarde. Su favorito era “niña”. Decía que Ángel era tan blanco y tan frágil que parecía una nena, y que seguro que de mayor sería mariquita. A Ángel le daba mucha vergüenza oírle decir eso, y

siempre se prometía a sí mismo que de mayor sería un tío grande y fuerte, igual que lo era su padre. Se odiaba por ser rubio y blanco. Si fuera un niño fuerte y moreno, su padre no le diría esas cosas.

Samuel también tenía la costumbre de darle collejas en la cabeza al chico mientras éste limpiaba los vómitos, diciéndole que se quitara de su vista. Ángel siempre se apresuraba por acabar su tarea y obedecer, y se quitaba de en medio hasta que escuchaba a su padre roncar en el salón.

Entonces se asomaba despacito, y se quedaba mirándole desde la puerta, en silencio. Y pensaba.

Samuel era un hombre de casi dos metros de altura, ancho de espaldas y con gruesos brazos, con la piel muy blanca y el pelo y los ojos muy claros. Cuando bebía, se le ponía la cara roja, y si gritaba, le sobresalían en seguida las venas del cuello. Decían que su padre era inglés, aunque Ángel no lo sabía a ciencia cierta, porque nunca pudo conocer a su abuelo.

Al chico le impresionaba mucho ver a un tío tan grande y fuerte totalmente fuera de combate, inconsciente en el sofá. Le hacía sentir muy solo e indefenso. Pero esto siempre era mejor que verlo despierto. Samuel era muy violento e imprevisible, y Ángel le tenía miedo.

En verdad, solo se sentía a salvo en casa cuando estaba solo. Pasaba las horas con la oreja puesta a la puerta de la calle, y en cuanto escuchaba la llave, ya sabía que venía su padre y que le tocaba aguantar el mal rato hasta que llegara su madre, ya a la hora de la cena. Mercedes parecía ser la única a quien respetaba su padre. También le gritaba, desde luego. Pero a ella no le pegaba. Al menos, no que Ángel supiera.

La realidad era que Ángel se avergonzaba mucho de su padre, porque no era como los demás que veía en la calle y en el colegio. Él quería quererlo, y se esforzaba mucho. Pero no podía evitar verlo patético. También se esforzaba por no darle motivos de queja, pero parecía que nunca hacía nada bien. Nada de lo que hiciera era suficiente para Samuel. Ángel se sentía un inútil.

Aquella tarde, su padre regresó mientras Ángel estaba preparándose el bocadillo. El chico decidió guardarlo para la cena. De repente, se le había ido toda el hambre.

Agradeció haber tirado el pastelito. De todas formas, no habría sido capaz de comerlo con su padre por aquí.

Capítulo 2

—Ángel, sal a borrar la pizarra.

El niño soltó un suspiro disimulado. ¿Por qué a él, a ver? El timbre estaba a punto de sonar. Todos los niños estaban inquietos. Algunos, incluso habían empezado a guardar ya sus cosas con disimulo. Ángel también quería guardar las suyas, no quería volver a quedarse el último. Especialmente, no hoy. No quería que la señorita le preguntara por lo de ayer, o le regalara otro pastelito. No quería tener que quedarse solo con ella nunca más.

Pero seguía siendo la maestra. Y si un profesor da una orden, uno tiene que obedecer. De modo que Ángel se levantó a toda prisa, y fue a la pizarra, decidido a borrarla rápido, antes de que fuera el momento de salir.

Pero apenas hubo agarrado el borrador, sonó el timbre, y la clase se convirtió en una algarabía de voces, sillas arrastrándose, pasos...

Ángel se vio envuelto en el tumulto de niños que se apresuraban hacia la puerta. Escuchó que la señorita decía algo sobre los deberes en voz alta, pero no prestó atención. Intentó regresar a su mesa para recoger sus propias cosas y salir corriendo junto con los demás, pero la señorita alzó la voz otra vez:

—¡Ángel! ¡No has borrado la pizarra!

¡Maldita sea! ¡Se había dado cuenta!

El chico improvisó a toda prisa.

—¡No puedo, señorita! ¡Tengo que irme!

—¡Sí, sí puedes! —dijo ella, en un tono que no admitía discusión—. En seguida te irás. ¡Vamos!

Ángel hizo un pequeño gesto de frustración y regresó a la pizarra. Al menos, ya tenía recogidas sus cosas. Ahora tenía que darse prisa, borrar rápido, y sería libre. A ver si conseguía hacerlo antes de que se fueran todos los niños.

Pero sus compañeros fueron más rápidos. Ángel le dijo en voz baja a Pablo, mientras pasaba por su lado:

—¿Tanta prisa tienes? ¿Por qué no me esperas? Solo hoy, Pablo... O tú, Ernesto...

Pero ni Pablo ni Ernesto parecían dispuestos a apiadarse de él. Pablo soltó una risita al pasar, murmurando:

—¡Ni hablar! ¡Ahí te quedas, mariquita!

–¡Pringao! –añadió Ernesto.

Ángel le empujó en un hombro. Pero Ernesto volvió a reír, y le devolvió el empujón, como de broma, diciendo:

–¡La señorita te tiene manía, Orejotas!

Y salió corriendo.

–¡No me llares así! ¡Orejotas lo serás tú! –Se defendió Ángel.

Pero ya sus últimos compañeros corrían escaleras abajo, riéndose. Ángel se había quedado solo.

Apretó los labios, decidido. ¡Valiente par de traidores! Cuando les pidieran a ellos que limpiaran la pizarra, Ángel no pensaba esperar a ninguno. Ya les tocaría a ellos quedarse con la señorita, ya...

¡Y qué rabia le daba que se metieran con sus orejas! ¡Él no tenía la culpa de tenerlas así! Mamá siempre le decía que se las tapara con el pelo, porque así se le verían menos. Pero por lo visto, todo el mundo las veía, hiciera lo que hiciera. Ángel se moría de vergüenza cada vez que alguno de sus compañeros le recordaba que tenía orejas. Preferiría haber nacido sin ellas, la verdad.

Se dio mucha prisa por borrarlo todo, y se afanó mucho por dejarlo bien. No quería que la señorita le hiciera pasar tiempo extra borrando la pizarra de nuevo, como hacía su padre.

Cuando estaba en casa, si Ángel limpiaba algo y no le quedaba bien a la primera, su padre solía ensuciar lo que fuera a sabiendas y le hacía limpiarlo otra vez, mientras que le miraba con una botella de cerveza en la mano, y se reía, y le llamaba niña y marica...

Pero la señorita no haría eso, ¿verdad?

Por lo visto, no, porque en cuanto la pizarra quedó limpia, ella dijo suavemente:

–Muy bien, Ángel. Lo has dejado perfecto.

El chico tomó esto como la señal de salir corriendo, se volvió y se fue hacia su mesa para recoger su mochila.

–¿Ya te vas? –dijo ella–. ¿No quieres quedarte un ratito conmigo?

–No puedo, señorita Susi. Hoy tengo mucha prisa.

–Solo un ratito pequeño...

–No puedo. De verdad que no.

Ángel intentaba no mirar a la señorita a la cara mientras se colgaba su mochila a la espalda y

se dirigía hacia la puerta. No quería que ella se diera cuenta de que no quería quedarse solo con ella.

–Al menos, dime si te gustó el pastelito. ¿Estaba rico?

Ay, era tan amable... Y Ángel todavía se sentía culpable por haber tirado el pastel ayer. No quería tener que acordarse de eso nunca más.

Asintió rígidamente con la cabeza, aún sin mirarla, y dijo:

–Sí. Muy rico. Muchas gracias.

Ya iba a salir, cuando ella dijo:

–Hoy he traído dos, uno para cada uno. ¿No quieres merendar conmigo?

Ángel se detuvo. ¿Había traído dos? ¿La señorita le había comprado un pastelito solo para él? ¿Por qué? ¿Para merendar juntos, decía?

El chiquillo en su vida había vivido algo como esto. ¿Qué se suponía que debía hacer o decir? Estaría muy feo que se marchara y la dejara plantada ahora, ¿verdad? A lo mejor la señorita le cogía manía para siempre.

–Es usted muy amable, señorita. Pero...

–Tienes prisa, sí. Ya lo sé. –Ella suspiró, como con mucha pena.

Por primera vez, Ángel levantó la vista para mirarla. La señorita estaba sentada en su silla, con las piernas elegantemente cruzadas, lo que le levantaba la falda hasta la mitad del muslo. Tenía la cabeza baja y parecía triste. Sobre su mesa, al lado de su bolso, había dos pastelitos.

Ángel titubeó.

–¿Se enfada usted, señorita? –preguntó, inseguro.

–No, no, cariño. De ningún modo. –Ella suspiró otra vez–. Ya sé que no puede ser...

Ángel sintió la necesidad de acercarse a ella para tratar de consolarla, pero se retuvo. Forzó sus pies a quedarse clavados en el suelo. Sentía que había algo que no estaba bien aquí.

–¿Qué no puede ser? –preguntó.

–No sé, hijo. Había pensado... –Ella señaló los dulces sobre su mesa–. Tenía la esperanza... De que pudiéramos ser amigos. –Parecía de pronto al borde de las lágrimas–. Pero tú no quieres, ya me doy cuenta. Es porque soy vieja y aburrida, ¿verdad?

–Usted no es vieja, señorita –dijo Ángel cautelosamente.

–Sí, lo soy. Lo sé. Vieja y fea. Por eso no me quiere nadie. –La señorita se enjugó una

lágrima con un gesto muy femenino de una de sus bien cuidadas manos.

–Tampoco es fea... –dijo él, mientras se acercaba poco a poco.

No. No lo era. Pero a él le intimidaba un poco.

Tal vez fuera por el maquillaje. Su mamá nunca se pintaba. Y en casa, Ángel había escuchado decir a sus padres que las mujeres que se peinaban de peluquería y se maquillaban como la señorita Susi parecían fulanas. Él no tenía idea de qué significaba esa palabra. Pero lo que fuera, no debía ser bueno, a juzgar por el desprecio con el que la gente las nombraba.

¿A lo mejor por eso nadie quería a la señorita? ¿Sería una de esas?

–Ay, gracias. Ya sé que intentas ayudarme. –Ella enjugó otra lágrima–. ¿Lo ves? Por eso quería que fuéramos amigos. Eres un niño tan bueno y tan dulce...

Ángel no supo qué responder a esto. Pero sin darse cuenta, estaba ya al lado de la señorita, mirándola con mezcla de pena, curiosidad y fascinación. Le llamaba mucho la atención el color rojo tan intenso de sus uñas y de sus labios.

–Y tan guapo... –Siguió diciendo ella. Ya no lloraba. Ahora alargó una mano para acariciar el pelo de Ángel con una sonrisita triste–. Eres guapísimo, Ángel.

–No, no lo soy –dijo él, con un mohín–. Las niñas son guapas. Yo soy un chico.

–Ah, es verdad. Las niñas son guapas. –La sonrisa de ella se hizo más amplia–. ¿Y qué palabra se les dice a los hombres que soy guapos? ¿Lo sabes?

Ángel negó.

–Apuestos –explicó la señorita–. Y tú eres un chico muy apuesto, Ángel.

Él sintió calor en la cara. No sabía por qué aquella frase le había hecho sentir de pronto más hombre que nunca antes en sus ocho años de vida. Y la mano de la señorita rascándole la nuca con las uñas le hacía sentir cosquillitas por la espalda. Era muy agradable.

–¿Usted cree que lo soy? –preguntó.

Ella asintió muy segura.

–Si pudiera tener un hijo, me encantaría que fuera como tú.

Ángel no comprendía por qué. Él no se veía a sí mismo como un niño lindo. Él no era especial. Pero la expresión de la señorita Susi ahora mismo sí le hacía sentir especial. E incómodo. Aunque Ángel no entendía el motivo. Al fin y al cabo, solo estaban hablando tan tranquilos. La mujer no le estaba chillando ni pegando.

–¿Usted no tiene hijos? –preguntó.

–No.

–¿Y no está casada?

–No. Me siento muy sola, ¿sabes? Me gustaría tanto tener un niño... ¿No es triste? Me paso el día rodeada de niños, y sin embargo, cuando llego a casa, estoy totalmente sola. Con lo que a mí me gustan los niños...

Suspiró otra vez. Ángel sintió un poquito de pena.

–Debe ser muy triste, sí –convino.

Él sabía algo acerca de la soledad. Comprendía lo que se sentía cuando uno llegaba a casa y no había nadie.

–Por eso me alegro tanto de haberte conocido –dijo ella, sonriéndole otra vez–. Tú podrías ser mi niño. Mi pequeño hombrecito al que mimar y alimentar. ¿Qué me dices? ¿Te gustaría?

Ángel lo pensó un momento.

–Yo ya tengo a mi mamá –dijo.

La veía pocas veces, pero aún así, no le parecía bien cambiarse de madre. No estaba muy seguro de que su mamá estuviera de acuerdo con la idea de que a él le adoptara una señorita que vestía y se pintaba como una de esas “fulanas” que parecían ser tan malas.

La señorita asintió.

–Desde luego. Y estoy segura de que debes quererla mucho. Así debe ser. Pero yo hablaba solo de un juego, Ángel.

–¿Un juego? –El chico la miró sin comprender.

–Sí. Mira, es muy fácil.

Ella se apartó para descruzar las piernas y sentarse más cómoda en su silla.

–Te explicaré –dijo–. Lo primero, puedes soltar la mochila y dejarla aquí. –Le despojó de la mochila y la dejó en el suelo a su lado–. Ahora, ven, cariño. Siéntate aquí. –Se dio una palmadita en sus propias rodillas.

Ángel hizo un pequeño gesto negativo.

–Yo ya soy mayor, señorita.

–Sí, claro que sí. Pero para una mamá, un niño nunca es demasiado mayor para esto. ¡Vamos! ¡Solo es un juego! Te gustará, ya verás.

La señorita le ayudó a sentarse sobre su regazo. Ángel balanceó los pies en el aire. Se sentía

un poco ridículo de esta guisa. Él ya no era un niño pequeño. No necesitaba que lo tuvieran en brazos.

–Peso mucho, señorita. Se va a cansar usted –dijo, echándole una mirada a la puerta abierta de la clase con aprensión.

Si a algún otro de los maestros le daba por entrar en este momento, se moriría de la vergüenza.

–No, no pesas –dijo ella, rodeándole con los brazos y acariciándole el pelo otra vez.

–Pero...

–Solo será jugar un momento, Ángel. No seas tímido, venga.

–Es un juego muy raro.

–Es un juego diferente. ¿O qué creías? Los adultos también jugamos, ¿sabes?

–¿Ah, sí?

–M-m.

–¿Y a qué jugáis?

–Oh, a muchas cosas.

–Pero si nunca veo jugar a los adultos.

La señorita se rió. Parecía de pronto muy contenta.

–¡Claro que no! –dijo–. Lo hacemos a escondidas.

–¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

–Es más divertido –dijo, con una sonrisa extraña.

Ángel se sintió mal. No le gustó aquella sonrisa. Ni tampoco le gustaba estar aquí sentado. Quería irse a casa.

Hizo un mohín.

–Creo que me aburriré –dijo.

–¡Oh, no! Yo me ocuparé de que no te aburras.

–Pero, ¿en qué consiste el juego?

–Lo primero, en merendar. –Ella empezó a abrir uno de los pastelitos con sus delicadas uñas color carmín.

Ángel no tenía hambre.

–Pero solo es un pastelito. No hay leche –objetó, por decir algo.

–Ah, sobre eso... –Ella le sonrió de modo extraño otra vez. Tomó una de sus manitas en la suya, murmurando–: Podrías buscar por aquí, a ver qué encuentras...

Puso su manita pequeña de ocho años sobre su escote, y empujó los deditos hacia el borde de su chaqueta.

Ángel retiró la mano, como si hubiera tocado fuego.

–No creo que esté bien –protestó.

–Está muy bien, Ángel, te lo prometo –dijo ella. Tomó su mano otra vez, y volvió a ponerla sobre su escote, añadiendo–: Por favor, sigue. Te gustará.

Ángel retiró la mano de nuevo. Esto no estaba bien, dijera lo que dijera ella.

–¡Señorita, este juego no me gusta! ¡Se siente raro!

–Shh... –dijo ella, apretándole contra sí–. Eso es porque todavía no ha empezado lo mejor, cariño.

Ángel se removió un poco, intentando bajar al suelo.

–¡Quiero irme a casa! –dijo.

–En seguida... En seguida nos iremos a casa. Pero antes vamos a acabar el juego. Solo será un momento.

Ángel sintió que ella le sujetaba los hombros con una mano y le acariciaba el pelo. Empezó a temblar. Se le ocurrió pensar que a lo mejor a la señorita le daba por buscar debajo de su ropa, y Ángel no quería sentir esas manos en él. ¡De ninguna manera! ¡Esto no estaba bien!

–¡Señorita, esto está mal! ¡Déjeme bajar! ¡Quiero irme!

–Shh... Déjate hacer. Solo será un momento...

Ella trataba de sonar tranquilizadora, pero Ángel cada vez estaba más asustado. Se revolvió, con un grito.

–¡No!

Sin pensarlo, se retorció para soltarse y bajarse del regazo de la mujer. ¡Quería irse! ¡Irse y no volver a verla nunca más! ¡Esto no estaba bien! ¡Y tenía mucho miedo!

La señorita intentó sujetarle por los brazos, pero Ángel forcejeó y al fin, consiguió liberarse. Estuvo a punto de caerse de cabeza, y tuvo que apoyar ambas manos en el suelo para no dar con la frente en él. Divisó su mochila a su lado, la agarró sin pensar, y echó a correr fuera de la clase. No miró atrás.

Escuchó que la señorita le llamaba:

—¡Ángel! ¿Dónde vas? ¡Ángel, vuelve!

Pero él ya corría por las escaleras.

Corrió y corrió como un loco para salir del colegio, y siguió corriendo por la calle en dirección a su casa. No se encontró con nadie. No vio a nadie. Solo veía su calle delante de él, y solo podía pensar: “¡A casa! ¡A casa!”.

A casa. Antes de que el asco, la vergüenza y el miedo le hicieran vomitar en cualquier rincón.

Capítulo 3

Ángel cerró la puerta de su casa, apoyó la espalda sobre ella, como si algún perseguidor invisible fuera a venir tratando de abrirla, y se quedó muy quieto, respirando y nada más.

El silencio cayó poco a poco sobre él, tan reconfortante en su bendita familiaridad como una manta suave y cálida en un día de invierno.

Silencio...

Eso quería decir que estaba solo. Los adultos no habían llegado a casa todavía.

Por si acaso, Ángel anduvo como un sonámbulo lentamente de habitación en habitación, asomándose con cautela en cada puerta.

El sol se estaba poniendo en el horizonte, y dentro de la casa había poca luz. El sonido del reloj de pared de la cocina era lo único que quebraba la quietud del crepúsculo. El salón también estaba oscuro, desierto y frío. Y lo mismo el baño.

El chico subió las escaleras de puntillas. Dejó la mochila sobre su cama e inspeccionó luego las otras habitaciones: el cuarto de sus padres, el otro baño... Incluso miró en el armario del hueco de la escalera, aunque sabía que era un gesto absurdo, porque ninguno de sus padres cabía allí.

Una vez concluida su lenta inspección, se encontró en la última estancia que le quedaba por revisar: la salita.

La última luz del día entraba por la ventana. En el resto de la casa, ya estaba todo totalmente oscuro.

Ángel no podía saber por qué sintió tanto alivio cuando vio que estaba solo en la casa. ¡Qué extraño! Si siempre estaba solo...

Se agarró con una mano al piano y se llevó la otra a la barriga. De repente, sentía ganas de vomitar. Volvió a ver ante sí la cara de la señorita Susi, y volvió a sentir sus manos en las suyas y en su pelo.

Se sentía sucio y muerto de asco. Le vino una náusea y subió deprisa a lavarse la cara y las manos. Ojalá el agua consiguiera llevarse el recuerdo del tacto de aquellos dedos en su piel...

Mientras se lavaba y se secaba con cuidado, su cabecita funcionaba a toda velocidad. Aquello que había ocurrido esta tarde no estaba bien, ¿verdad? Los adultos y los niños no debían jugar a esas cosas asquerosas, ¿no era cierto? Ángel sabía que los adultos hacían cosas raras, y se quitaban la ropa, y se tocaban. Lo había visto en las películas. ¡Pero los niños no eran así!

¿Por qué había hecho eso la señorita? ¿Cómo podía saberlo? ¿A quién podría preguntarle?

A nadie.

Ángel sabía que si lo decía en su casa, su madre le diría que no debía hablar con desconocidos, y que le estaba bien empleado, por no haberle hecho caso. Y su padre le diría que aquello le había pasado por ser una nena.

Tampoco podría contárselo a otros maestros. ¿Y si echaban a la señorita Susi por su culpa? ¿Y si ella juraba vengarse, y le perseguía por la calle para matarlo? ¿Y si lo echaban a él del colegio? Con los maestros era mejor pasar desapercibido y no dar problemas, lo mismo que en casa.

Con los adultos, en verdad, era mejor no contar para nada.

¿Y con los niños?

Pff... Con los niños sí que no se podía contar.

Ángel terminó en el baño y bajó de nuevo lentamente. Pasó por el salón a oscuras como una sombra y se metió en la salita.

Esta habitación solía ser su refugio por las tardes. Cuando su padre estaba tirado en el sofá, Ángel desaparecía metiéndose aquí. De este modo, no tenía que pasar por delante de él para subir a su cuarto, y además, lo tenía vigilado, y podía escuchar si vomitaba o si empezaba a roncar. Y también escuchaba cuando llegaba su madre a la hora de la cena. Además, era un cuartito recogido, en el que no solía entrar nadie, salvo mamá para limpiar.

Y era donde estaba el piano.

Ángel siempre había conocido el piano allí. Para él era como un mueble más. Pero tenía un algo que le reconfortaba, aunque él no sabría decir muy bien por qué. Curiosamente, le hacía sentir que no estaba solo. No del todo. Cuando entraba aquí, el chiquillo sentía como si el piano le dijera sin palabras: “Yo estoy contigo”.

Se trataba de un pequeño instrumento de pared, de color marrón claro, con las teclas amarillentas por el tiempo. La madera tenía una mancha de agua en un lateral. Parecía ser viejísimo.

Ángel sabía que aquel piano había sido de su abuelo, el padre de su madre. Él nunca pudo conocerle, el piano era todo lo que sabía de él. Bueno, eso y las cuatro cosas que contaba su madre de vez en cuando. Cosas como que fue muy buen músico, y que se reunía con sus amigos por las tardes para tocar el piano y componer canciones. A Ángel le encantaría haber podido conocerlo.

La realidad era que él no sabía cómo sonaba el piano. Nunca se había atrevido a tocarlo. Alguna vez, siendo pequeño, se había estirado sobre las puntas de los pies para tratar de tocar una tecla, pero su padre vino en seguida y le pegó por ello. Dijo que no quería ruidos en esta casa, y el chico aprendió bien la lección.

Pero su padre ahora no estaba en casa. Y el piano sí.

Y Ángel tenía ganas de llorar, y de gritar, y de hacer algo. Algo que no sabía lo que era. Y no podía. Y no sabía por qué.

Sentía dolor en el centro del pecho, y seguía sintiéndose sucio, a pesar de haberse lavado. Pero sucio por dentro, como si le hubieran hecho una cosa muy mala que nadie, nunca debía saber.

El piano estaba aquí. Y el chico estaba a su lado.

Con mucho cuidado, alargó la manita hacia él otra vez. La madera estaba dura y casi caliente al tacto, como si se tratara de un ser vivo.

Ojalá lo estuviera de verdad. Ojalá fuera una mascota. Si Ángel tuviera un perrito o un gatito, podría hablarle. Podría contarle lo ocurrido...

No. Era demasiado vergonzoso. No lo haría.

Pero sí podría contarle lo que sentía, ¿verdad? Podría encontrar las palabras.

La manita del niño se deslizó sobre la madera barnizada del lateral del piano. Fue a caer cerca de las teclas.

Ojalá supiera tocarlo. Ojalá Ángel pudiera ser como su abuelo, y tener muchos amigos. Que nunca le faltara gente con quien poder hablar y desahogarse.

Casi sin querer, uno de sus deditos rozó una tecla.

El piano no hizo nada, por supuesto. Ángel sabía que había que empujar hacia abajo para que aquello sonara.

De pronto, le vino a la cabeza una idea sorprendente e inesperada.

¿Y si lo hiciera?

Su corazón empezó a latir muy deprisa, y sintió todo su cuerpecillo temblar de anticipación. Su cabecita le dijo: “Sí, ¿por qué no? ¿Qué puede ocurrir?”. Papá no estaba. No había nadie en casa. Así que no ocurriría nada, ¿no?

Ángel pulsó la tecla. Y retiró en seguida la mano.

El piano contestó con un sonido limpio y puro, que vibró en el silencio de la casa. Una nota.

Ángel se sobresaltó. Se maravilló por lo intenso que era el sonido. Y a la vez, sintió miedo.

¡Acababa de hacer algo prohibido! ¿Y si su padre le había oído desde el bar y aparecía de repente para pegarle?

¡Oh, qué absurdo! El bar estaba a dos manzanas de allí. Era imposible que su padre hubiera

oído nada.

El chiquillo contuvo la respiración, mientras esperaba a que el sonido se hubiera apagado del todo. Escuchó luego el silencio con atención.

Al ver que todo seguía como antes, se arriesgó y pulsó otra vez. Ahora una tecla diferente.

El piano respondió alegremente con otra nota. En esta ocasión, Ángel no retiró la mano.

Volvió a escuchar después, mientras la nota se extinguía y se hacía el silencio. Cuando pudo volver a oír el tic tac del reloj de la cocina, pulsó otra tecla más.

Y ahora no esperó. Pulsó otra. Y otra. Y otra distinta, al azar, y sin mirar. Dentro estaba ya todo oscuro de todas formas.

El piano respondía obedientemente, soltando notas distintas, y por primera vez en su vida, Ángel se sintió...

Poderoso.

Él era el amo del piano. Él tocaba, y el piano sonaba. ¡Había domesticado a este cacharro enorme! ¡Se sentía fuerte, valiente, capaz! ¡Era el rey del mundo!

En un supremo alarde de valor, se puso justo delante de las teclas y clavó los diez dedos con todas sus ganas en ellas.

El piano hizo un sonido extraño y disonante, que retumbó como un trueno en la casa vacía. Pero Ángel no tuvo suficiente. Clavó los dedos otra vez, y otra, y otra, y muchas veces más, en sitios distintos. Y el piano siempre, siempre respondía, llenando el silencio, la oscuridad y el vacío con su voz de trueno.

Ángel no podría decir cuánto tiempo estuvo allí, aporreando las teclas a tientas. Sí supo que aquello le dio liberación, desahogo, alivio.

Y algo más.

Supo que había encontrado un amigo. Un confidente. Que aquella sensación que tenía desde niño de estar acompañado cuando estaba con el piano, no era una completa tontería, como él mismo había pensado siempre, sino que tenía todo el sentido. De pronto se sentía más en casa que nunca antes.

Para cuando se cansó de aporrear teclas, ya le dolían los dedos, y tenía las mejillas mojadas, y la camiseta, y los mocos le caían por la nariz hasta la barbilla, y le costaba mucho respirar por los sollozos. Se dejó caer sobre una silla, y se pasó la manga por las mejillas y la nariz. Solo ahora se dio cuenta de que estaba temblando.

Se llevó mucho rato allí, llorando sin llanto, junto al piano, ahora silencioso y como dormido. Todavía temblaba cuando fue al baño otra vez para sonarse y volver a lavarse la cara.

Escuchó el tintineo de una llave fuera, y por primera vez se le ocurrió pensar que en todo el tiempo que había estado delante del piano, milagrosamente, había olvidado que sus padres tenían que volver a casa. Había olvidado todo y a todos. Durante aquellos minutos, para él solo habían existido él mismo, el piano y nada más. Y había sido una sensación maravillosa.

¡Qué alivio era poder dejar de tener la oreja puesta a los sonidos de la casa y del exterior!
¡Qué alivio era poder simplemente relajarse y sentir!

—¿Ángel? —dijo la voz de su madre desde la entrada. Hubo sonido de bolsas de plástico mientras la puerta se cerraba—. ¿Estás en casa, hijo?

Ángel agradeció a la Providencia que hoy su madre hubiera regresado a casa antes que su padre. Lo agradeció, porque él todavía temblaba, y porque tenía algo muy importante que decirle.

—¿Ángel? —repitió Mercedes, y su voz sonó alarmada.

El chico caminó lentamente hacia la cocina y se asomó. Su madre estaba allí, soltando bolsas de la compra sobre la mesa, y llamando:

—¡Ángel! ¿Estás arriba?

—No, mamá —dijo él, y se asombró de lo queda y serena que sonó su propia voz—. Estoy aquí.

—Ah, menos mal. Es tarde y me estaba asustando. ¿Por qué tienes la casa a oscuras? ¿Y por qué no contestabas? —La madre se volvió hacia él, y pareció sorprendida—. Ángel, ¡qué carita tienes, hijo! ¿Te ha pasado algo?

—No. —Negó el chico.

Ella no pareció convencida, porque se acercó, le agarró la barbilla y le levantó la carita con suavidad hacia la luz para verla mejor.

—¿Seguro? Estás muy pálido, y esos ojitos... ¿Has llorado?

—No, mamá. Estoy bien.

—¿De verdad?

—Sí.

Ella se incorporó y le miró con cara de no comprender nada. Sacudió la cabeza para sí, antes de volverse hacia las bolsas para sacar comida y meterla en la nevera.

—¿Has merendado?

—Sí.

—¿Y has hecho los deberes?

–Ahora voy.

El corazón de Ángel volvía a latir a toda velocidad. ¡Tenía que decírselo! ¡Ahora! ¡Antes de que regresara su padre y lo estropease todo! ¡No podía echarse atrás y acobardarse en un momento como este!

–Mamá...

–Dime, hijo.

–Ah... Yo... Tengo que decirte algo importante.

–¿Qué es? –dijo ella. Estaba de espaldas, trajinando en el frigorífico abierto.

–Yo... Quiero... Quiero aprender a tocar el piano, igual que el abuelo.

La madre se detuvo, se incorporó. Se volvió con cara de no poder creerse lo que había oído.

–¿Que quieres...qué? –preguntó.

Ángel se encogió sobre sí mismo. Parecía que no empezaba con buen pie. Pero no iba a echarse atrás. Su madre podía pegarle si quería, pero Ángel iba a insistir hasta conseguirlo. Ahora que sabía lo que quería, nada ni nadie iba a apartarlo de aquello.

Se agazapó contra el dintel de la puerta, dispuesto a echar a correr por si se escapaba una colleja, y repitió, en voz más clara:

–He dicho que quiero aprender a tocar el piano como hacía el abuelo.

La reacción de su madre, sin embargo, no fue la que Ángel esperaba.

Mercedes se llevó las manos a la boca, con una exclamación, y el chico vio que de repente se le llenaban los ojos de lágrimas. Se había puesto muy roja.

–¿El piano...? –murmuró.

Ángel asintió, muy serio.

Su madre se agachó de nuevo ante él para decirle, emocionada:

–¿Estás seguro, hijo? El piano es muy difícil de aprender. Hay que estudiar mucho, y durante muchos años...

–No me importa, mamá. Quiero aprender.

–¡Oh, cielos! ¡Será posible...!

Su madre hizo entonces algo que raras veces hacía.

Le abrazó. Muy fuerte. Y le hizo mimos, y le dio besos, y no hacía más que repetir: “Mi niño... Mi pequeño músico como su abuelo... ¡Oh, sabía que tarde o temprano tenía que salirte la herencia! Tu padre decía que eso eran tonterías mías, pero yo estaba segura... Mi pequeño músico...”

Ángel se dejó abrazar, totalmente perplejo. No estaba muy acostumbrado a recibir abrazos, y se quedaba rígido, y no sabía cómo reaccionar.

Por suerte para él, su madre parecía demasiado emocionada como para reparar en eso. Le abrazó durante un rato, y cuando al fin pareció más serena, le miró de nuevo, muy sonriente, y le dijo:

–Si eso es lo que quieres, iré a preguntar para que entres al conservatorio.

–¿Qué es eso?

–El lugar donde se estudia piano.

–Ah, muy bien, mamá. ¡Estupendo!

La madre le hizo una última caricia, antes de incorporarse otra vez y volver a su tarea, murmurando:

–¡Mi niño quiere ser músico...! ¡Verás Samuel cuando se entere!

Ángel se sintió un poco inquieto por esto, la verdad. Pero decidió dejarle a su madre la tarea de lidiar con su padre. Ella sabría qué hacer. Y él tenía otras preocupaciones.

–Mamá.

–¿Sí, cariño?

–¿Podré practicar con el piano del abuelo?

–¡Oh, por supuesto que sí! ¡Es tuyo! Ya nos ves, nosotros no sabemos tocarlo. Yo solo lo tengo como recuerdo... ¡Tu abuelo estaría encantado si pudiera verte! Puedes tocarlo cuando quieras, cariño.

Por primera vez en toda la tarde, Ángel sonrió.

No podía desear nada mejor que esto.

Al día siguiente, Ángel tuvo mucho miedo de ir al colegio. Tanto, que se le descompuso la barriguita antes de salir, y estuvo a punto de decirle a su madre que hoy no podía ir. Pero no tenía sentido aplazarlo. Sabía que tarde o temprano, tendría que volver a ver a la señorita y que tendría que hacerle frente.

Todavía se sentía muy confuso por lo que pasó ayer. Pero hoy estaba decidido a hacer lo que fuera para no quedarse solo con aquella mujer. Si ella le pedía que se quedase, diría que estaba malito y no podía. Algo así. Lo que fuera. No quería que volviera a ocurrir.

¿Y si ella le había cogido manía por escaparse corriendo ayer?

Bueno, que le suspendiera. Ángel prefería eso antes que tener que volver a vivir algo tan raro y asqueroso.

Fue muy nervioso camino del colegio, y lo pasó muy mal mientras esperaba en la clase a que llegara la señorita. El resto de los niños hablaban y reían, y él se sentía más solo y diferente que nunca antes en su vida.

Al fin, ella llegó y empezó la clase. Ángel comprobó con alivio que a él no le miró, no le habló, y no le preguntó nada en toda la mañana. A medida que iban pasando las horas y veía que ella le hacía el vacío, el chico empezó a sentirse más y más relajado y confiado. Para cuando llegó la última hora, ya casi estaba como siempre, y volvió a participar de las bromas y las risas de los demás.

La señorita parecía haberse olvidado de él. Y eso era una buena noticia, ¿verdad? Ángel todavía no sabía si le suspendería o no. Pero sí que por fin se acabaron los regalitos, y las conversaciones extrañas y todo lo demás. Agradecía volver a ser transparente y no existir, ser uno más. Agradecía no ser especial para nadie.

Pero él ignoraba que en eso estaba muy equivocado.

El timbre de salida estaba a punto de sonar, y los niños estaban recogiendo sus cosas, cuando la señorita Susi dijo de repente:

—¡Ángel! ¡Ven a borrar la pizarra!

El chiquillo sintió una cosa fría por la espalda. ¿Otra vez?

—¡Ya la borré ayer! —protestó.

—¿Y qué? La borras hoy otra vez.

—¿Por qué? ¿Por qué no se lo dice a Sergio, o a otro?

—Porque todos los demás aprobaron el examen de verbos y tú no —dijo la señorita en tono glacial. Y añadió, con un gesto de cabeza hacia la pizarra—: ¡Venga! Cuanto antes empieces, antes acabarás.

Luego miró al resto de la clase y dijo:

—Los demás podéis iros ya.

Ángel miró a la mujer en el colmo del asombro, mientras todos sus compañeros salían en tropel, entre gritos de gozo.

—Ángel, la señorita te tiene manía. —Le murmuró José Manuel, con una mueca de compasión, mientras se colgaba la mochila a la espalda para irse.

Ángel le agarró por un brazo.

—¡Espérame! ¡No te vayas! —cuchicheó.

Su compañero se encogió de hombros.

—Ha dicho que nos vayamos, tío —dijo, a modo de excusa—. No quiero que me odie a mí también.

Y sin más, se fue.

Ángel se dirigió a la pizarra y empezó a borrarla a toda prisa, con los labios apretados de rabia. Si esa bruja malvada pretendía hacerle hoy lo mismo de ayer, estaba muy equivocada. En cuanto la pizarra estuviera limpia, pensaba irse. La dejaría plantada. Chillaría pidiendo socorro si hacía falta...

Se quedó solo en un momento. El aula se sumió en un súbito silencio. Los pases del borrador sobre la pizarra, se escuchaban con toda claridad.

Ángel terminó deprisa, soltó el borrador de cualquier manera sobre su soporte, y se fue a por su mochila. Se la estaba colgando a la espalda, caminando hacia la puerta a la vez, cuando vio que la señorita se levantaba de su silla y se acercaba a él.

Se detuvo en seco, exclamando:

—¡No se acerque!

Ella se detuvo.

—Ángel...

—¡Voy a irme! ¡Me voy ahora mismo! —dijo el chico, muy alterado.

La señorita asintió. Estaba seria, con la expresión impenetrable. Hoy no tenía nada de la amabilidad y la suavidad de los otros días. Su rostro parecía hecho de acero.

—Necesito pedirte un favor —dijo, en voz grave y queda.

—¡No! —contestó el chico—. ¡No más favores! ¡No quiero jugar más! ¡No!

Ella negó lentamente.

—No —dijo—. Pero prométeme que no le contarás a nadie lo de ayer.

Ángel dudó. La miró con aprensión desde debajo del flequillo. ¿Por qué le pedía aquello la señorita? ¿Eso qué quería decir?

Sin esperar respuesta, ella siguió hablando, en el tono de voz que usaban los adultos cuando hablaban con otros adultos:

—Sería el fin de mi carrera, ¿entiendes? Solo estoy aquí para sustituir la baja de Manuel. Si esto se supiera, no volverían a llamarme nunca más para trabajar. ¡Me moriría de hambre! Y somos amigos. Tú no querrías eso para mí, ¿verdad?

Ángel lo pensó un momento. Él no quería que nadie se muriese de hambre. Pero esta señorita no era buena, y si la castigaban por ello, le estaría bien empleado.

Claro que... ¿A quién iba a contarle Ángel lo que pasó ayer? ¿Acaso tenía a alguien? No. Así que... ¿Qué importaba?

A él solo le preocupaba una cosa.

—Yo no soy su amigo —dijo, también muy serio, mirándola con el ceño fruncido ahora.

Ella suspiró con resignación.

—¿Qué quieres a cambio? ¿Un regalo? ¿El aprobado?

Ángel negó.

—Solo quiero que me deje en paz. Que no me hable nunca más. Que no me vuelva a dejar para el último ni me haga borrar la pizarra. Que se olvide de mí. —La miró interrogativamente—. ¿Lo hará?

La señorita pareció sorprendida.

—¿Solo eso? —dijo—. ¿Y a cambio no dirás nada?

—No.

Ella se encogió de hombros.

—Está bien. Lo haré.

—¿Seguro?

—Sí. —Su rostro se volvió frío e impenetrable otra vez, y se volvió hacia su mesa, diciendo—: Adiós, Ángel.

Él no contestó. En cuanto ella se apartó de la puerta, el chico salió deprisa de la clase. Bajó las escaleras casi al trote, salió del colegio y subió por su calle a todo correr.

Se sentía como flotando en una nube. ¡Lo había conseguido! ¡Había conseguido que la señorita le dejara en paz! ¡Él solito! ¡Por fin podía relajarse y estar tranquilo! Se sentía tan aliviado y tan feliz, que estuvo a punto de ir cantando por la calle.

Entró en su casa como un ciclón y cerró la puerta a su espalda. Todo estaba igual de oscuro y silencioso que ayer, pero hoy Ángel no se entretuvo en revisar habitación por habitación. Por el contrario, se deshizo de la mochila nada más entrar, la dejó tirada en el suelo del salón, y se encaminó directamente a la salita, canturreando:

—¡Ha dicho que me dejará en paz! ¡Se olvidará de mí! ¡Por fin! —Y con un grito de triunfo, clavó los diez dedos en las teclas del piano.

La voz de trueno del instrumento volvió a resonar por toda la casita, igual que ayer. Ángel se rió. Y el piano se sonrió para sus adentros.

Hacía mucho tiempo que no escuchaba una risa infantil. Y era tan refrescante... La mejor música que podía haber.

Mercedes cumplió su promesa. Unos días más tarde, le comunicó a su hijo que tenían cita para ir al conservatorio el jueves por la tarde para hacerle un examen de acceso. Le dijo además, toda ilusionada, que sin saberlo, Ángel había decidido estudiar piano con la edad adecuada. En los cursos del conservatorio no se admitían alumnos con más de ocho años.

Para Ángel aquello fue una maravillosa casualidad. Para su madre, fue el Destino.

Y así, aquel jueves por la tarde, madre e hijo iban con sus mejores galas al conservatorio de música a la hora señalada. Mercedes había pedido permiso en una de las casas que limpiaba, algo que no solía hacer, salvo que Ángel estuviera muy enfermo. Los maestros que examinaron al chico no habrían podido decir quién de los dos estaba más nervioso, aunque sí quién se emocionó más con el veredicto.

La madre, que se echó a llorar como una niña, la pobre mujer.

De camino de regreso a casa, el chico vino pensando en cómo serían las clases, y qué tendría que estudiar, y cómo, y de qué manera lo compaginaría con los deberes del colegio...

Y mientras tanto la madre vino todo el tiempo hablando en voz alta consigo misma. Diciendo que ella tenía razón desde el principio, que Ángel sería un gran músico, que sería famoso, que les sacaría de pobres...

La señorita Susi se fue del colegio una semana más tarde, y regresó su tutor, Don Manuel, totalmente recuperado. Ángel no volvió a ver a aquella mujer. Tampoco volvió a pensar en ella. No quería recordarla.

Empezó a estudiar el primer curso de música aquel año. Iba al colegio por las mañanas y al conservatorio por las tardes. Su madre le enseñó a coger autobuses, dónde estaban las paradas y cómo sacar los billetes, para que pudiera arreglárselas solo.

Como pasaba las tardes en clase, Ángel ya pasaba menos tiempo solo con su padre, y eso lo agradeció mucho. Era cierto que tenía que hacer el doble de deberes, porque iba a dos colegios a la vez, pero él se apañaba. Sus notas en el colegio eran normalitas. Las del conservatorio, en

cambio, eran brillantes.

En el colegio nadie sabía que Ángel iba a este otro colegio por las tardes, pero a él le daba lo mismo. No quería que lo supieran.

Pasaba todo el tiempo que podía y que estaba solo en casa practicando con el piano. Es cierto que al principio no le fue fácil. Los pentagramas le sonaban a chino. Y se frustraba mucho cuando ensayaba una pieza mil veces y aún así seguía equivocándose. Pero nunca se le ocurrió dejar de tocar.

Cuando el chico cumplió los 14, su padre dijo que ya era hora de acabar con la tontería esa del piano. Pero su madre se opuso. Insistía en que el niño tenía talento, y que algún día les sacaría de pobres.

Samuel siempre decía despectivamente: “Nah, no será más que un aficionado, como lo fue tu padre”. Pero no se atrevió a sacar al niño del conservatorio, porque... ¿Quién sabe? ¿Y si era verdad que les sacaba de pobres?

Capítulo 4

Ángel conoció a Fanny en mayo de 1984, cuando él era un chico canijo y enclenque de veintiún años, con poco futuro y la cabeza llena de sueños.

En aquella época, él aún vivía con sus padres en la casa donde había crecido. Continuaba estudiando en el conservatorio, la carrera de piano, y se creía que algún día de verdad llegaría a ser pianista profesional, y que podría dedicarse por completo a la música, que era su gran pasión.

Claro que él aún no tenía idea de las cosas que la vida le tenía reservadas.

Su calle era un sitio tranquilo, con pocos coches, y habitado en su mayoría por gente mayor. Sin embargo, cuando se llegaba al final y se doblaba la esquina, se entraba en un mundo aparte.

Justo a la espalda de donde él vivía, había una barriada de bloques de ladrillos de color marrón, poblada por una verdadera colmena de gente, de todo pelo, clase y color. En su mayoría, eran familias con pocos ingresos y muchos niños. Y no faltaban las pandillas callejeras, las señoras que iban a la compra en bata y zapatillas, los niños con la cara sucia, y los hombres mal afeitados oliendo a alcohol.

Ángel tenía que atravesar este barrio todos los días, porque la parada del autobús más cercana para ir a Sevilla y al conservatorio estaba al otro lado de los bloques, en la avenida que había justo detrás. Él estaba hecho al ambiente, lo conocía, y la gente también le conocía a él. Cuando era más joven, le había intimidado un poco entrar allí. Pero ahora se sentía como en casa.

La barriada era un pequeño universo autosuficiente. Tenía tiendas, bares, una placita y dos grandes edificios que no eran otra cosa que antiguos depósitos de agua, que proporcionaban suministro a los bloques más altos. Había una callecita, pequeña y sin salida, que conducía a los depósitos. Y allí fue donde la conoció.

Las primeras veces que la vio, solo fue desde lejos. Todos los días se repetía el mismo ritual. Ángel llegaba al callejón, la veía allí, en el rincón que quedaba a la sombra de los depósitos, le fastidiaba encontrar el sitio ocupado, hacía un gesto de frustración, y se iba por donde había venido.

En el barrio, a aquel sitio lo llamaban “el rincón de las ratas”. Un nombre muy poco poético, en la opinión de Ángel, pero a la vez muy adecuado. No solo porque por allí solían aparecer ratas muertas, sino también porque era el lugar que tenían los drogadictos para traficar y pincharse. El hueco quedaba oculto a los ojos de la mayoría de los habitantes de los pisos. Era un sitio perfecto para aquellos a los que no quería nadie.

Ángel se incluía a sí mismo en este grupo, en aquel entonces.

No, él no se drogaba. Pero era un chico reservado, de tener pocos amigos. De hecho, solo

tenía uno al que podía llamar realmente amigo, su colega Santi. No tenía confianza con nadie más aparte de él. La relación que tenía con sus padres y con su novia de entonces, era difícil, por decir algo. La mayor parte de su tiempo, lo pasaba o bien estudiando, o bien tocando el piano...

O bien buscando un rinconcito para poder estar a solas. La calma y la tranquilidad eran lujos que sus padres no le concedían con mucha frecuencia. Y su novia no todos los días quería verle.

En los últimos meses, Ángel había tomado la costumbre de venir al rincón de las ratas a la hora de la siesta, porque era un momento en el que allí no había nadie. No quería el hueco para nada en especial. Lo único que hacía era sentarse en el suelo, fumar un cigarro o dos, tomarse una lata de cerveza, y disfrutar del bendito silencio en paz.

Pero desde hacía unos días, esto también le estaba prohibido por culpa de aquella desconocida. Cuando él llegaba al callejón, ya estaba ella en el rincón. ¿Qué hacía allí una niña, por favor? ¿A esa hora? ¿Y sola?

Los niños de aquella barriada tenían costumbres extrañas, y estaban en la calle a unas horas que serían impensables en otros barrios. Ángel lo comprendía, porque suponía que las criaturas crecían como podían. Pero lo de aquella niña era extraño, incluso para este barrio.

¿Por qué?

En primer lugar, porque estaba sola. En segundo lugar, por el sitio que escogía. Y en tercer lugar, porque Ángel la veía desde lejos, sí, pero si su vista no le engañaba, la mocosa siempre estaba sentada en el rincón, en el suelo, con un cuaderno sobre sus rodillas, y escribiendo con la cabeza baja.

¿Qué niña más rara!

Normalmente, si Ángel encontraba el sitio ocupado, se iba. Le molestaba eso de estar con gente y tener que compartir sus momentos de paz, con lo poco que le duraban. Pero llevaba ya varios días teniendo que irse, y eso le jodía.

Se sentía invadido. El único sitio que tenía para estar un rato a solas, ¿y se lo quitaban también? ¿Qué se había creído aquella niña? Que se fuera a su casa, donde debía estar. ¿Qué hacía una niña sola, en la calle, escribiendo, a las cuatro de la tarde? ¿Y qué demonios escribiría?

A él le daba igual, la verdad. Quería que se fuera. Cuando no podía quedarse en el rincón, la alternativa para Ángel era volver a su propia casa. Y hoy no le daba la gana. Estaba harto. Su padre lo echaba con sus gritos. Y esta niña lo echaba también, pero con su presencia. ¡Demonios! ¿Qué pasaba? ¿Que Ángel no tenía derecho a tener un espacio y estar a gusto?

¡Ni hablar! Hoy iba a ser diferente.

Todo esto lo pensó en cuanto la vio, y, después de tomarse un instante para darse valor, se dirigió al rincón, decidido. ¡Vamos, hombre! Que nadie pudiera decir nunca que le intimidaba una niña. ¡A él, a un tío de veintiún años!

A medida que se acercaba, pudo ver detalles. La niña era delgada y menuda. Tenía mucho pelo, rizado y de un color rojo intenso, y la piel muy blanca en contraste. Llevaba un chándal azul, sucio y con rotos en el pantalón, y zapatillas de deporte que habían visto tiempos mejores. Escribía deprisa, casi furiosa, sujetando el bolígrafo con fuerza con los deditos, como si le fuera la vida en ello.

Ella debió escucharle acercarse, porque levantó la cabeza bruscamente, como sobresaltada, y se le quedó mirando bien fijo. Ángel no se detuvo.

Casi había esperado que la niña se levantaría y se iría. Él era una persona mayor, ¿no? Y un tío, por añadidura. Y desconocido. Él tenía las de ganar en esta contienda. Pero por lo visto, ella no lo entendía así, porque no se movió. Dejó de escribir, y se quedó mirándole muy seria desde debajo de las cejas, casi desafiante.

Tenía la carita delicada y pálida. Con los ojos muy grandes, oscuros. Parecía una muñequita enfadada. Sí, era muy bonita.

Ángel hizo caso omiso de forma deliberada a la mirada de la niña y continuó avanzando. Cuando llegó a su lado, se dejó caer en el suelo sin más. Su mensaje estaba claro. O eso creía él.

Pero de nuevo, la niña debió entender las cosas de otra manera, porque siguió mirándole durante unos instantes, como si él fuera el intruso aquí, antes de bajar la vista de nuevo a su cuaderno y seguir con lo suyo.

Ángel sacó su paquete de tabaco, prendió un cigarro y sopló el humo al cielo. Tuvo la tentación de echar una ojeada al cuaderno para ver qué era lo que ella escribía con tanto interés, pero algo le retuvo. Le parecía desleal. Lo que fuera debía ser privado. Y él no iba por ahí invadiendo la intimidad de nadie. Además, en realidad, tampoco le importaba.

Recostó la espalda en la pared. Cerró los ojos. El silencio era extraño. Casi cómodo. Casi cómplice.

Ángel nunca había venido aquí estando el sitio ocupado. Le dio por pensar que a lo mejor era esto lo que sentían las ratas cuando se reunían en su rincón. Curioso.

Abrió su cerveza, mirando a la pequeña con el rabillo del ojo. La niña levantó la cabeza al oír el chasquido de la lata, le miró un instante, y volvió a lo suyo como si nada. Ángel tomó un largo trago y suspiró. ¡Ah, se agradecía esto! Bendito silencio, bendita paz...

Se llevó un largo rato allí sentado, todo el tiempo que pudo. Apuró su lata, fumó lo que quiso, y disfrutó del silencio y del canto de los pájaros sin ser molestado ni una sola vez.

La hora de la siesta pasó y volvió a haber actividad en los bloques de pisos. Se oían voces, portazos, música, risas... El rincón se convirtió en una especie de burbuja de silencio, desde donde se podía ver y escuchar al resto del mundo sin que les afectara directamente. Era una sensación muy curiosa y agradable. Ángel no había sentido esto nunca antes.

Le echó otra ojeada a la niña. Había dejado de escribir, había cerrado el cuaderno, y había apoyado la barbilla sobre sus rodillas, mirando al vacío, como pensativa. Se preguntó si ella también sentiría la burbuja de silencio. Pero le dio vergüenza decirlo en voz alta, no supo muy bien por qué. Tal vez por no romper la magia, precisamente.

La tarde empezaba a caer cuando recordó que tenía cosas que estudiar y partituras que practicar. Tenía que volver a casa.

Se levantó sin más y se preparó para marcharse. Le dirigió a la niña una mirada de agradecimiento. Le pareció extraño ver que ella le miraba como sorprendida. ¿Por qué?

De nuevo, no quiso preguntar. Era mejor así.

Y allí estaba otra vez.

Ángel llevaba una semana viniendo todas las tardes. Esto se había convertido en un nuevo ritual.

Él llegaba sobre las cuatro, y ya encontraba a la niña allí sentada, escribiendo. Él atendía a lo suyo, y ella seguía con lo suyo a su vez, sentados uno junto al otro, sin hablar, durante un par de horas. Cuando la tarde empezaba a caer, Ángel se levantaba y se iba.

Él todavía no había escuchado la voz de ella. No sabía su nombre, ni qué hacía allí, ni por supuesto, qué escribía. Pero ya empezaba a sentir una curiosa afinidad con ella. Y agradecía que no hablara, que le dejara su espacio. Aunque por su parte, no podía dejar de sentir curiosidad.

¿Por qué escribía en la calle? ¿Por qué estaba allí sola, tan pequeña? ¿Por qué él se iba y ella se quedaba? ¿No tenía una casa a la que ir?

Ángel empezaba a estar tan intrigado, que esta mañana había pasado por aquí a propósito de camino hacia la parada del autobús, no fuera a ser que la niña estuviera ya en el rincón. Pero no. Había estado desierto. Y él había sentido una mezcla de alivio y decepción.

Alivio, porque si no estaba quería decir que también era una niña normal. Que no era un hada, ni un duende, ni un fantasma, cosa que casi había llegado a pensar en los últimos días. Y decepción porque... ¿Sería posible que el rincón le pareció distinto sin ella?

¿Dónde viviría? En los bloques del barrio, casi con toda seguridad. ¿Tendría padres? A saber si su padre estaba en la cárcel o algo...

Sí, Ángel se sentía intrigado. Pero no quería hablar. No quería interrumpir el ritual. Le parecía que la niña iba a desaparecer si lo hacía. Y ya se había habituado a ella.

Por primera vez en su vida, se sentía cómodo en la presencia de otro ser humano. Y no quería arriesgarse a que se le escapara este sueño.

Sin embargo, hoy ocurrió algo distinto.

Ángel había venido harto de ruidos, de gritos y de malos rollos, y la burbuja de silencio de esta tarde le había parecido más bendición que el resto de los días, que ya era decir. Le dio mucha pena ver que el sol empezaba a caer y que tenía que volver a casa. De nuevo, las partituras no tenían espera. Tenía que dedicarles tiempo, si quería terminar la carrera. Ya estaba en el penúltimo año, y no lo llevaba muy bien.

Se puso en pie, como todos los días. Se volvió hacia la niña, que le miraba con rostro inexpresivo, y murmuró:

—Hasta mañana.

Ella pareció sorprendida. Pero en seguida contestó, en voz bajita, fina y suave:

—Hasta mañana.

Listo. La burbuja de silencio se había roto. Como una pompa de jabón, sin ruido, sin drama, sin dolor. Al contrario, había sido algo completamente natural. A él le había nacido de dentro, y sentía que a ella también.

Mientras regresaba a casa, con las manos en los bolsillos de la cazadora y una sonrisita tonta en los labios, se le ocurrió pensar que podría escribir una canción sobre ello. “El día en que se rompió la burbuja de silencio”. Sonaba nefasto como título. No creía que aquello fuera a llegar nunca a las listas de ventas. Pero como canción sonaría bien.

Y ¿quién sabe? A lo mejor, a ella le gustaría escucharla.

Algún día.

Capítulo 5

Ah, allí venía ese chico otra vez.

Era muy extraño todo esto.

Desde hacía unos días, Fanny había tomado la costumbre de venir al rincón de detrás de los depósitos a la hora de la siesta para escribir. Venía porque era mejor no estar en casa a esta hora. Y sabía que durante el día, no solía haber nadie, por lo que podría estar aquí sin molestar y sin ser molestada. O eso había pensado ella en un principio, porque al parecer, sí que había alguien.

Ahora estaba viniendo un chico. Fanny no sabía quién era. Solo sabía que llegaba, se sentaba en el suelo a su lado, fumaba un cigarro tras otro como si no hubiera un mañana, se tomaba una lata de cerveza mirando el cielo, y cuando llegaba una cierta hora, se iba.

Hacía dos tardes, habló. Y ayer había hablado otra vez. Solo hola y hasta mañana. Pero bueno, suficiente para saber que tenía voz. Una voz muy bonita y muy impropia, por cierto. Grave, seria y oscura. Contrastaba mucho con su cuerpo delgado y desgarrado, con su piel blanca, y con su aspecto casi frágil. No le pegaba. Fanny se preguntaba de dónde le saldría la voz, si el chico parecía ser un saco de huesos.

Tampoco tenía idea de dónde vivía. ¿Sería del barrio? Fanny solo conocía a los vecinos de su bloque. Del resto, solo a alguna gente, y solo de vista, de ver a las madres llevar a los hijos al colegio. Su barrio era una verdadera colmena. Era imposible conocer a todo el mundo.

Pero sí, por el aspecto, tal vez fuera de aquí. No se diferenciaba en nada de otros chicos similares que vivían en su calle. Usaba tejanos descoloridos, con rotos en las rodillas, y chaqueta negra de cuero, con una camiseta debajo.

Claro que este chico debía ser mayor. Bastante mayor que ella, en todo caso. Tenía un rostro juvenil, pero con esa voz, tan alto, y fumando y bebiendo... Para ella era un adulto. A saber si no era uno de los drogadictos que venían aquí a pincharse por las noches. A saber si Fanny no le estaba importunando con esto de venir a escribir.

A decir verdad, él no parecía incómodo con su presencia. No la miraba raro, ni había hecho nunca ninguna intención de echarla, al contrario. Parecía incluso estar cómodo con ella. Cuando la miraba, sonreía agradablemente, y su rostro parecía llenarse de luz. Aquella sonrisa hacía que incluso el callejón pareciera diferente.

Fanny se sentía muy intrigada. No podía dejar de preguntarse quién sería, por qué venía... Y lo más importante: ¿por qué parecía tolerarla a ella tan bien? ¿Qué pintaba un adulto, sentado junto a una niña durante toda una tarde, sin hablar y sin hacer nada?

Tenía motivos para desconfiar. Su madre siempre decía que no debía fiarse de desconocidos.

Que el mundo era un lugar muy malo, que estaba lleno de violadores y asesinos. Gente malvada que estaba deseando cazar a niñas inocentes como ella, para hacerles mucho daño y luego matarlas, eso decía. Y cada vez que salía en las noticias de la tele algo sobre un asesinato o similar, volvía a repetirle que no hablara con nadie ni se fiara de nadie.

Bueno, Fanny no hablaba con este desconocido, ¿no? Y tampoco se fiaba, así que suponía que de momento, estaba a salvo.

Él no parecía ser mala persona. En ningún momento había hecho la intención de acercarse a ella ni de leer lo que escribía. Y podría hacerlo, porque era más alto. Le bastaba con inclinarse un poco sobre el cuaderno. Sin embargo, Fanny nunca le había sorprendido espiándola. Y eso decía mucho a su favor. Al menos en eso era distinto a sus padres y a otros adultos, y se agradecía.

También se agradecía su presencia. De algún modo extraño y curioso, cuando él llegaba, el silencio sonaba distinto, como más agradable. Como cómplice e íntimo. Fanny no sabía decir lo que era, pero sí sabía que era una sensación buena.

Y esto era lo raro. Fanny no estaba acostumbrada a sentirse cómoda en presencia de otra persona. Mucho menos, si no se hablaba. Se ponía nerviosa. La gente, sobre todo los adultos, eran imprevisibles. En cualquier momento, podían regañarla o pegarle. Era mejor mantenerse alejada de ellos, sola. O si no podía irse, era mejor ser transparente, pasar desapercibida, hacer como si no estuviera. Con este chico no sentía esta necesidad, y esto le daba a él un valor especial.

Un día más, le miró acercarse, caminando lentamente, con las manos en los bolsillos de la cazadora. Él le sonrió, y Fanny sacó también una sonrisita de compromiso. Le caía bien, pero tampoco quería ser demasiado amable. Seguía siendo un desconocido. Y todo esto seguía siendo muy raro.

Siguió sus pasos con el rabillo del ojo, mientras él llegaba a su lado y se dejaba caer en el suelo junto a ella.

–Hola –saludó el chico suavemente.

–Hola –contestó ella.

Lo mismo de estos dos días atrás.

El muchacho indagó en los bolsillos de su chaqueta, sacó su paquete de tabaco y un mechero. Siempre dejaba un olor penetrante en el rincón cuando se iba, después de haber fumado varios de estos. Pero a Fanny no le molestaba. Estaba acostumbrada al olor del tabaco. Su padre también fumaba a todas horas. Además, ella se iba a casa cuando le veía marchar, de todas formas...

–Qué frío hoy, ¿verdad? –dijo él, en tono de conversación, prendiendo el primer cigarro con soltura.

Fanny contestó con un ruidito afirmativo, sin quitarle ojo.

El chico aspiró la primera calada como si hubiera estado esperando este momento durante

años, y luego sopló el humo al cielo con los ojos cerrados.

Era rubio, con el pelo color dorado, muy abundante y largo hasta los hombros. Tenía un rostro agradable, sin manchas ni cicatrices. Ni siquiera se le notaba la sombrita de la barba. Parecía muy suave, como la piel de un niño. Y tenía las pestañas largas y espesas, rubias también, y los ojos oscuros. Curioso. Fanny siempre había creído que la gente rubia tenía los ojos claros...

La niña bajó la vista a su cuaderno. Por cierto que sí que hacía frío hoy. Había amanecido con niebla, y aunque ya hacía muchas horas que se había disipado, el aire se había quedado húmedo y cortante. Fanny suponía que al invierno le costaba irse este año. Era extraño este clima, con la primavera ya tan avanzada.

Ahora el sol estaba alto en el cielo, y había calentado el suelo del rincón durante la mañana, de modo que no se estaba mal aquí. A esta hora, los depósitos les daban sombra y los resguardaban del viento.

Sintió un movimiento a su lado y le miró otra vez. Él había recostado la espalda en la pared y miraba al cielo, con los codos en las rodillas y el cigarro en una mano. Parecía pensativo.

¿Hoy no iba a beber? Bueno, mejor así. A Fanny le daba mucha pena ver a gente joven bebiendo alcohol. Se suponía que no era algo bueno para la salud. O eso decía su padre.

Se volvió hacia su cuaderno. Hoy le habían pasado algunas cosas en el colegio que no quería que se le olvidaran. Y como no tenía a nadie a quien contárselas, era mejor escribirlas. De modo que siguió con lo suyo sin perder más tiempo. No se ocupó más del chico.

Ya casi había llegado a olvidar incluso que estaba allí, como le solía pasar cuando se enfrascaba en sus tardes de escritura, cuando de pronto, le sintió hacer un movimiento y soltar una exclamación, un “¡oh!” en voz suave y bajita.

Intrigada, levantó la cabeza, y lo vio alargando una mano en el aire hacia delante. No hacia ella, sino a algún punto por delante de él. Hacia una pequeña mariposa blanca que revoloteaba bajo los rayos del sol.

—¡Mira! —cuchicheó él, como maravillado—. A ver si viene...

Tomó un palito del suelo y lo alargó hacia la mariposa, pero esta hizo la intención de alejarse. Él pareció consternado.

—Oh, no, no. No te vayas.

Soltó el palito y apagó el cigarro en el suelo. En ese tiempo, la mariposa volvió a acercarse y él alargó suavemente la mano otra vez. Fanny le miraba con sorprendida fascinación. ¿Tan importante era una mariposa? Y todavía si fuera bonita... Pero era de esas blancas normales, pequeñas. Vulgar. A lo mejor, al chico le gustaban los bichos.

La mariposa danzó durante unos instantes alrededor de la mano extendida de él. Fanny se dio cuenta de que tenía unas bonitas manos de hombre, con los dedos largos, delgados, y las uñas

limpias, muy cortas.

El bicho pareció igualmente satisfecho con su inspección del terreno, porque se posó sobre la yema del dedo índice del muchacho, y allí se quedó, quieto, como temblando sobre las puntas de las delicadas patitas.

—¡Ah, ya está! —murmuró el chico, con una amplia sonrisa.

Acercó lentamente la mano.

—Ven aquí, pequeñita. —Le dijo al insecto.

Volvió a apoyar el codo en su rodilla, con la mariposa delante de su nariz. Se volvió ligeramente hacia Fanny para mostrársela.

—¿La ves? ¿A que es bonita? —preguntó, sin dejar de mirar al animalito que tenía en la mano.

A Fanny no le parecía nada de especial, pero hizo otro ruidito de asentimiento. Estaba totalmente hechizada por lo maravillado que parecía el chico con una cosa tan pequeña.

—Mira la forma de las alas, tan redonditas... —Él señaló con un dedo de la mano libre—. Y pensar que esta cosita ha sido una horrible oruga hasta hace... Pues quizás un día o dos, por la fecha que estamos. ¿No es increíble?

Ah, por cierto que sí. Fanny empezó a mirar a la mariposa con nuevos ojos.

—¿Qué se siente? Nunca he tenido una mariposa en la mano —preguntó.

—Nada. Si no pesa...

—¿Y las patitas? ¿No hacen cosquillas?

Él sonrió. Negó.

—No. No se siente nada. Mira qué color blanco tan intenso... Es perfecta.

Fanny miró la mariposa con curiosidad. Sí que tenía un color blanco perfecto, brillante y puro. Y las alas redondas, tan frágiles, que parecía que se iban a partir con la brisa.

—¿Sabes? —continuó hablando él, en voz baja, sin perder de vista al animalito que tenía posado en el dedo—. Dicen que las mariposas no pueden ver sus propias alas.

—¡Oh! —murmuró ella—. ¿En serio? ¿Y por qué no?

—¿Ves? Tiene los ojitos hacia delante.

—Pero si lo más bonito son las alas... ¡Qué pena!

—Pues sí.

Como si supiera que estaban hablando de ella, la mariposa movió las alas y se alejó, revoloteando otra vez en dirección a donde daba el sol.

–Bueno, pues ya se fue –dijo él.

Se quedó mirándola marchar, mientras se recostaba de nuevo en la pared. Luego sacó otro cigarro, lo prendió y sopló el humo al cielo. Miró a Fanny con una sonrisita dulce, enarcando las cejas.

–¡La has dejado ir! –dijo ella, sorprendida–. Pensé que querías cazarla.

–¿Cazarla? ¿Para qué? –Él pareció extrañado.

Fanny se encogió de hombros.

–Para meterla en uno de esos cuadros de cristal, como hacen los coleccionistas.

El chico negó con la cabeza.

–¡Pobrecita! A mí no me sirve para nada en un cristal. Déjala que vuele libre, y que disfrute del sol y las flores.

Fanny parpadeó.

–Por tu modo de hablar, parecía que te gustaban los bichos.

Él sonrió otra vez. Y de nuevo, a Fanny le pareció como si el callejón se llenase de luz. El muchacho hizo un gesto con la cabeza.

–Nah. En realidad, no.

–¿No eres biólogo, entonces? –insistió ella.

Ahora él se rió un poquito, como sorprendido.

–No. Soy músico. O... Bueno, lo seré cuando acabe la carrera. Estoy estudiando piano.

–¡Oh! ¿En serio? –exclamó ella maravillada.

–M-m.

Él tomó otra calada de su cigarro, cerró los ojos.

–Me parece admirable que alguien estudie música –confesó ella, con toda sinceridad.

–¿Por qué lo dices? ¿Te gusta? –preguntó él, sorprendido.

–¡Sí, mucho! La música es mi pasión.

—¿Ah, sí?

—M-m. Y sobre todo el piano. Es mi instrumento preferido.

El chico la miró con curiosidad.

—¡No me digas!

—Sí. Aunque en mi casa no tenemos piano. Yo solo tengo un órgano de juguete.

—Yo sí. Tengo un piano pequeño de pared. Es muy viejo, pero me sirve para practicar.

—¿De verdad? ¡Oh, me encantaría...!

Fanny se interrumpió y se tapó la boca con ambas manos. ¿Qué iba a decir? ¿Que le gustaría ver el piano? Pero, ¿quién era ella para invitarse a casa de un extraño? ¿No estaba hablando demasiado con este perfecto desconocido? Esto no era lo que debía hacer. Debía guardar silencio, pasar desapercibida...

El muchacho la miró con una dulce sonrisa. Sus ojos también parecieron sonreír.

—¿Te gustaría verlo? ¿Es eso?

Fanny asintió, y él se encogió de hombros.

—Bueno, algún día, ¿no?

Fanny asintió otra vez. Pero sabía que no. Desde luego que no debía ir a casa de ningún adulto, a menos que fuera con sus padres. A lo mejor este chico, tan amable en apariencia, era de esos que cazaban, violaban y mataban a las niñas.

Aunque... ¿lo era? Si ni siquiera había cazado a una mariposa...

¿Y no había tenido ocasiones de secuestrarla, en todos estos días atrás que habían estado solos, sin hablar? Si no lo había hecho antes, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

Fanny no tenía idea, pero por si acaso.

—Ah... ¿Vives aquí? —preguntó con cautela.

Él negó.

—Vivo en la barriada de ahí atrás. —Señaló con un pulgar las casas que quedaban a su derecha—. ¿Tú sí vives aquí?

La niña hizo un ruidito afirmativo. El muchacho sonrió otra vez.

—Bueno, entonces somos vecinos. Qué bien.

Fanny se quedó pensativa. Que ella supiera, en las casitas de detrás de los bloques solo vivía gente mayor. Ella las conocía porque pasaba por allí para ir al colegio, que estaba al final de la calle. Pero no dijo nada.

En realidad no hablaron más. Él se quedó mirando al cielo, fumando en silencio, y ella cerró su cuaderno y apoyó la barbilla en sus rodillas. No tenía más ganas de escribir.

De repente, ya no estaba tan cómoda con este desconocido. Pero a la vez, le seguía fascinando. Porque eso de que estuviera estudiando música... ¿La música se podía estudiar? ¿En una clase, igual que en el colegio? ¿Y tendrían deberes, igual que ella? Aunque claro, en su caso, a lo mejor consistían en practicar algunas cosas en el piano, ¿verdad? ¿Y no sería eso maravilloso?

Fanny envidiaba a este chico, que podía estudiar algo tan estupendo. Pero no se atrevió a decir nada. Le daba miedo.

El tiempo continuó pasando. El sol empezó a bajar. Volvió a haber actividad en los bloques. Se oían ruidos en las terrazas, voces, risas, música...

Ya no vieron a ninguna otra mariposa.

Cuando las sombras empezaron a cubrir toda la calle, el muchacho se levantó. Se sacudió un poco el pantalón y se preparó para marcharse.

–Hasta mañana –murmuró, como hizo ayer y antesdeayer.

–Hasta mañana –contestó Fanny.

Sentía alivio y pena de verle marchar, las dos cosas a un tiempo. ¿Por qué?

El chico caminó un par de pasos, con las manos en los bolsillos de la cazadora. La niña miró su espalda. Tenía los hombros rectos y la cabeza erguida. Parecía mayor desde atrás.

De pronto, él se detuvo. Se volvió y la miró con una amplia sonrisa.

–Si quieres, puedo traerte una canción que escribí el otro día –dijo–. No es gran cosa, pero a lo mejor te gusta.

Ella asintió.

–¡Sí! ¡Me encantará verla! –contestó sin pensar.

Él asintió también, saludó con la mano, y se marchó.

Fanny le miró hasta que le hubo perdido de vista. Y comprobó que sí, que recorría la calle entera y que al final doblaba la esquina a la derecha, hacia la calle de atrás, la del colegio. Se sorprendió a sí misma por no haberse dado cuenta antes.

Bueno, por fin había hablado con el desconocido.

Aunque aún no sabía un dato fundamental.

No había caído en preguntarle su nombre.

Capítulo 6

Fanny tenía once años cuando conoció a Ángel. Vivía en uno de los pisos de aquella barriada, en una pequeña vivienda junto con sus padres, Carlos y Blanca, y su hermana María, de siete años.

Su nombre, Fanny, no era la abreviatura de Estefanía ni nada parecido, que era lo que creía todo el mundo. A ella le daba mucha rabia que la gente diera esto por sentado. En realidad, era un nombre extranjero. Lo había elegido su padre. Decía que de este modo, todo el mundo sabría siempre que ella era su hija.

Fanny tenía una única amiga, Andrea. Era una chica de su misma edad, que vivía con sus padres en el piso de su abuela, situado en el mismo pasillo que el de la familia de Fanny. Las dos niñas se conocían desde que eran muy pequeñas. Sus respectivas madres habían estado muy unidas durante unos años, y aunque con el tiempo, la relación entre los adultos se había enfriado bastante, las niñas continuaron siendo amigas, y viéndose todos los días para jugar juntas.

Fanny no sabía por qué le ocurría esto, pero las niñas de su edad que conocía del colegio le hacían el cerco y nunca querían jugar con ella. Andrea era la única con quien podía quedar y que la trataba como a una igual.

Y eso que las dos tenían caracteres muy distintos. Andrea era extrovertida, inconsciente y jovial. A veces, tenía cosas de niña mucho más pequeña, no le veía el peligro a casi nada, era despistada y desastre en los estudios... Fanny en cambio era todo lo contrario: seria, responsable, y, según decían sus profesores, muy madura para su edad. Era la número uno del colegio. Su padre era muy exigente con sus notas, y le regañaba y le pegaba si traía a casa menos de un diez redondo.

A veces, Fanny envidiaba secretamente a Andrea. También agradecía su presencia en su vida. Le daba frescura y vitalidad. La hacía olvidarse de lo difícil que era vivir en su casa. Le ayudaba a ver las cosas de modo diferente. Y sobre todo, le hacía sentir que no estaba totalmente sola con todo lo que la vida quisiera echarle. Andrea no siempre la comprendía, y había cosas de las que era mejor no hablar con ella, pero al menos, existía, estaba ahí.

Cuando Fanny conoció a Ángel, no se podía imaginar que su vida iba a darse la vuelta de modo tan brusco y radical. Y no para bien.

Al día siguiente de haber tenido aquella primera conversación con él, la primera vez que hablaron algo más que un simple saludo, Fanny fue a buscar a su amiga a su regreso del colegio, como hacía todos los días.

Andrea iba a otro colegio, distinto del suyo. Uno de monjas, solo para chicas. Y debía ser privado además, porque Fanny siempre la veía vestida de uniforme. Las dos niñas tenían la costumbre de buscarse mutuamente cuando llegaban a casa, y hablaban de sus cosas hasta que las madres las llamaban para comer.

Pero aquel día, la abuela de Andrea le dijo a Fanny que su amiga no estaba, que se había ido.

–¿Que se ha ido? –repitió Fanny, entre sorprendida, perpleja e incrédula.

–Sí, toda la familia se fue ayer por la tarde –contestó la abuela.

–Pero... Si no me ha dicho nada...

–¿Qué querías que te dijera, a ver?

Fanny se encogió de hombros. ¿No resultaba obvio?

–Somos amigas... Y no se ha despedido –dijo en voz baja.

–¿Qué más da? –La anciana hizo un gesto con una mano. Era una mujer de carácter, con la cara surcada de arrugas y la expresión como de estar enfadada de modo permanente–. Mira, las niñas sois demasiado pequeñas como para entender estas cosas. A su padre le han destinado a San Sebastián, y han tenido que irse. Eso es todo.

Fanny abrió grandes ojos.

–¿Tan lejos? –Se espantó.

–Pues sí.

–¿Y cuándo va a volver?

–A lo mejor viene por Navidad, no lo sé. Depende del dinero que tengan. –La abuela empezaba a parecer impaciente.

–¿Por Navidad? –repitió Fanny, consternada–. ¡Pero si estamos en mayo! ¿Tengo que esperar todos estos meses para verla?

–Igual que tengo que esperar yo. Y es mi nieta, ya te digo.

–Pero...

–Mira, pequeña, esto es todo lo que puedo decirte. Se ha ido. No tiene más que entender. Y ahora déjame, que estoy preparando la comida.

Y sin esperar respuesta ni decir nada más, cerró la puerta.

Fanny se quedó mirando la madera barnizada de la puerta ante sí durante un momento.

¡Andrea no estaba! ¡No podía ser! ¡Acababa de quedarse sin su única amiguita! ¿Con quién iba a hablar ahora de sus cosas? ¿Tendría que estar siempre en silencio y guardárselo todo para sí? ¿Qué iba a ser de ella?

Regresó a casa, caminando lentamente. Sentía un peso enorme en el corazón, y la necesidad

de llorar y gritar que era injusto... Pero no podía hacer nada. No estaba bien.

¿Por qué se había ido Andrea sin avisarla? Seguramente, ella debía haber sabido que se iba con varios días de antelación, eso por lo menos. ¿Por qué se lo había ocultado? ¿Por qué había tenido que enterarse Fanny por la abuela, y no por la propia Andrea? ¿Acaso no eran amigas? ¿Era normal guardarle secretos como estos a la mejor amiga de una, e irse a la otra punta de España sin despedirse?

Acababa de llegar a la puerta de su piso, y ya iba a llamar con los nudillos para que le abriera su madre, cuando se vio venir a su padre subiendo la escalera.

El padre de Fanny era un hombre de unos cuarenta años, no muy alto, delgado, con el pelo negro, con mechones blancos en las sienes, y los ojos grises. Era muy serio y severo, y presumía de no pasar su tiempo libre en el bar.

Fanny sentía que su padre era alguien muy especial. Él leía mucho sobre temas extraños que ella no solía entender. Todo el tiempo que no estaba trabajando, lo pasaba en casa, enfrascado en sus lecturas. Fanny pensaba que su padre era la persona más inteligente del mundo, y se sentía una niña muy afortunada por poder tenerle siempre en casa. Los padres de los niños de su clase no solían estar. O bien pasaban sus ratos libres en los bares, o bien trabajaban fuera, o bien estaban en la cárcel, o en centros de desintoxicación. Su padre decía que ella no sabía la suerte que tenía por tenerle, y ella estaba de acuerdo.

Sí, le regañaba por todo. Especialmente, si venía frustrado del trabajo. Pero ella suponía que el pobre no tenía la culpa. Ya hacía demasiado con trabajar todas las mañanas para mantenerlas. Y si le pegaba a la primera de cambio, Fanny asumía que debía ser por culpa de ella, que no daba una y le ponía nervioso. Ella se esforzaba mucho por ser una buena niña, desde luego. Pero por lo visto, con esforzarse no era suficiente para serlo.

Fanny adoraba a su padre. Para ella, él era una especie de dios en la tierra. La niña no entendía por qué su padre hacía a veces cosas como la de hoy.

—¿Qué haces aquí plantada, Fanny? —dijo él en cuanto la vio.

—Vengo de casa de Andrea. Hola, papá.

—Hola.

El padre sacó sus llaves. Abrió la puerta, la hizo entrar y cerró de nuevo a su espalda.

—¿Y por qué tienes esa cara? ¿Te ha dicho algo? —preguntó, con el ceño fruncido.

Carlos pocas veces sonreía. Fanny suponía que debía estar siempre abrumado por las responsabilidades de gente mayor que ella no comprendía.

—No, papá. Es que no está. Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? —Él frunció el ceño más aún.

–Sí. Su abuela dice que se fueron a San Sebastián ayer por la tarde.

–¿En serio? ¿De repente?

La niña asintió.

–Dice que a su padre le han destinado a trabajar allí.

–Ah. –Y de pronto, la sorprendió por completo diciendo–: Bueno, mejor así. Ya era hora de que te deshicieras de esa niña.

Fanny abrió grandes ojos.

–¡Es mi amiga, papá!

El padre hizo un gesto de hastío, mientras soltaba sus cosas sobre el mueblecito del recibidor. Le dio un beso fugaz y distraído a su esposa, que había salido de la cocina a recibirle, y le dirigió una sonrisa también fugaz a María, que se había abrazado a sus piernas como un monito y le miraba en adoración.

–¡Las niñas sois unas sentimentales! –dijo–. Fanny, se me cae la boca de decirte que no necesitas tener amigas. El mundo es duro, hija. La gente se va, te abandona y te deja tirada cuando menos te lo esperas, ya lo ves. No tienes que querer a nadie. Tienes que ir a tu bola, estudiar mucho, y nada más.

–¿Ha pasado algo? –preguntó la madre.

–Luego te lo contaré. Vuelve a la cocina.

–Pero...

–¿El almuerzo está listo ya?

–No, pero...

–¿Vengo hartos de trabajar y aún no está el almuerzo? ¿Y pretendes ponerte aquí de charla? Yo he cumplido con mi obligación. ¿Así cumples tú con la tuya?

La madre bajó la cabeza, como solía hacer, y se fue de vuelta a la cocina, murmurando:

–Estará listo en seguida, Carlos. No te enfades.

–Más vale, sí. –Carlos la miró un segundo con desaprobación antes de volverse hacia Fanny otra vez–. ¿Por qué sigues con esa cara? ¿Acaso no te he dicho que es mejor que se haya ido? ¿Por qué no te alegras?

–Papá, es mi amiga. La voy a echar de menos.

–¡Bah, tonterías de niña! –dijo él, despectivamente.

–Y no tengo otras amigas. Las demás niñas del barrio no me hablan...

–Ni lo necesitas. Que les den.

–No sé... Yo creo que sí, papá.

–No. Yo soy el adulto aquí, y yo sé lo que necesitas mejor que tú, que para eso te doblo la edad. Las otras niñas no te hablan porque se han dado cuenta de que eres rara, que tienes algo especial.

Fanny se encogió de hombros.

–¿Por qué soy especial?

–Bueno, hija, siento recordártelo, pero no eres muy inteligente que digamos.

–Pero si mis notas son las mejores del colegio.

Él hizo un gesto de desdén.

–Casualidad.

–No, papá. Estudio mucho. De verdad.

–Y eso está bien, porque es lo que tienes que hacer. Que se note que eres mi hija. Pero no has heredado mi inteligencia, eso es un hecho, lo siento.

–¿Entonces...?

–Tendrás que esforzarte más aún, ¿no lo entiendes? ¡Tienes que vivir para estudiar, Fanny! Tener amigos, y eso de salir y entrar... ¡Eso te distraería! Estás en una edad muy difícil. Puede llegar cualquiera y meterte con malas compañías. Tú hazme caso, que yo sé lo que es mejor para ti. Olvídate de esa niña. Quédate en casa y dedícate a estudiar y nada más. Ya me darás las gracias cuando seas mayor.

Y sin más, le preguntó a María qué había hecho hoy en el colegio, y miró sus garabatos como si fueran la cosa más importante del mundo. No se ocupó más de Fanny.

La niña se quedó confusa. ¿Esto era la vida? ¿Estar siempre sola, encerrada en casa, estudiando? ¿Tan torpe era ella, que no debía tener amigas porque tenía que dedicar veinticuatro horas a estudiar?

No comprendía mucho de lo que había dicho su padre. Pero una cosa sí estaba clara: Andrea se había ido sin decir ni adiós, como si Fanny no mereciera ni eso. Como si Fanny no le importara nada.

Y si eso lo había hecho su mejor amiga, ¿qué harían las otras niñas, que era muy obvio que ella no les importaba de verdad?

Tal vez tenía razón su padre. Tal vez no debía encariñarse con nadie. Nunca.

La gente hacía daño.

Pero una pequeña parte de ella preguntó: “¿De verdad? ¿Toda la gente es igual? ¿Toda?”. ¿También el chico que venía al rincón de las ratas? Él parecía diferente...

Mientras Fanny vivía todo esto, Ángel tenía sus propios problemas.

Su padre, Samuel, había llegado contento de la calle. En los últimos años, era algo que se había convertido en costumbre. Ya no bebía solo por las tardes. Ahora en cuanto salía de trabajar, se metía en el primer bar que veía, bebía hasta no poder caminar derecho, y entonces regresaba a casa.

Ángel se preguntaba muchas veces si lo hacía porque su madre y él le resultaban insoportables. A lo mejor necesitaba estar bebido para poder tolerar su presencia. A saber...

De cualquier modo, cuando regresaba así, el almuerzo era imprevisible. Y en consecuencia, tenso. El padre ponía la tele a todo volumen, las noticias, y gritaba criticando a los políticos, hablando con la boca llena, escupiendo comida al hablar sin ningún pudor, y dando puñetazos sobre la mesa que hacían temblar platos y vasos.

Ángel sentía tanto asco y tantos nervios, que solía dejar la mitad de su plato. En cuanto podía, se escurría de vuelta a la cocina y lo echaba a la olla. Y luego se iba a su cuarto, a quitarse de en medio hasta que escuchaba a su padre roncar en el sofá. En ese momento, él se iba al rincón de las ratas, a disfrutar de su propio ratito de paz.

Normalmente, su hora de practicar era más tarde, sobre las siete o las ocho, que su padre se levantaba y se iba de nuevo al bar, hasta la hora de la cena, de nuevo en el mismo plan.

Las horas de las comidas eran tortura en casa de Ángel.

—Otra vez me han preguntado hoy qué demonios estudia mi hijo —dijo Samuel, mirando a Ángel con expresión burlona—. Y yo otra vez he tenido que mentir y decir que es ingeniero. ¿Cómo voy a decir en el bar que mi hijo es un marica y quiere estudiar música?

Ángel tomó esto como la señal de hoy para levantarse y llevar su plato a la cocina. Casi prefería que su padre criticara a los políticos, la verdad, porque su tema de conversación alternativo solía ser criticarle a él, mucho y bien.

O mejor dicho, provocarle. Para que Ángel contestara, y así Samuel tener una excusa para pegarle y para volver a amenazarle con echarle de casa.

A base de ver repetirse este ritual durante mucho tiempo, Ángel había aprendido que era mejor no entrar al trapo, quitarse de en medio, y evitar el enfrentamiento a toda costa. Sí, él ya tenía veintiún años, pero su padre seguía siendo más alto, y el doble de fornido. Y además, el alcohol parecía darle una fuerza extra que evidentemente, Ángel no poseía.

El muchacho se puso en pie sin contestar y se llevó su plato. Desde la cocina, escuchó a su madre murmurar:

–Estudia mucho, Samuel. Y saca muy buenas notas.

–¡Sacaba, porque este año está repitiendo! –El padre soltó un puñetazo sobre la mesa, y Ángel escuchó el tintineo de los platos y vasos–. ¡Es un chico inútil, y una carrera inútil, y no me repliques! ¡Échame más vino!

Hubo un silencio. Ángel se escurrió de prisa en dirección a la escalera para subir a su cuarto, pero el padre debió verle pasar por el salón, porque le increpó:

–¡Y con esas greñas, todavía pareces más marica! ¿Cuándo te vas a cortar el pelo, chico?

–Cuando me dé la gana –murmuró Ángel entre dientes, subiendo los escalones de dos en dos.

–¡No te he oído! –gritó el padre.

–¡No he dicho nada! –contestó él desde arriba.

–¿Seguro? ¡Yo creo que sí!

–Nada que tú debas escuchar, pellejo de vino –murmuró Ángel para sí, ya en la seguridad de su habitación.

Samuel no debió escuchar esto último, pero no obstante, parecía empeñado en continuar la discusión, porque gritó desde abajo:

–¿Y cuándo vas a hacer algo útil y vas a traer dinero a casa? ¿Eh?

Ángel resopló. ¡El dinero! Otra vez el dinero. Ese tío se pasaba la vida pidiendo dinero para tirarlo en bebida. ¡Qué asco, de verdad!

Por suerte para el chico, el sonido del teléfono interrumpió momentáneamente las provocaciones del padre. Ángel acababa de dejarse caer sobre su cama, con un disco en la mano, y un suspiro de alivio, cuando escuchó a su madre llamar por la escalera.

–¡Ángel, es para ti! ¡Es Elena!

¡Ah, demonios! ¡Qué oportuna! Ángel volvió a bajar la escalera a toda prisa, exclamando:

–¡Ya voy!

Su padre volvió al ataque en cuanto lo vio.

–¡Habrás que ver el cromo de chica que se ha buscado, este marica! ¡Seguro que es puta!

–¡Samuel, por favor! –Susurro horrorizado de la madre.

Ángel llegó junto al mueblecito del teléfono, rezando para que Elena no hubiera oído el intercambio. Suponía que no. La tele estaba a un volumen tan alto, que eclipsaba todo lo demás. De hecho, se preguntó cómo lo iba a hacer él para escuchar a su chica. El teléfono estaba en una esquina del salón, justo al lado de la tele y de la mesa redonda donde sus padres estaban comiendo.

—¿Sí? ¿Elena?

—Hola, Ángel —contestó la voz de su chica al otro lado—. ¿Estabas comiendo?

—No, ya he terminado. ¿Qué ocurre?

—Me preguntaba si podríamos vernos esta tarde.

Ángel se sorprendió. Hoy era miércoles. Y normalmente, Elena solo quería verle los viernes, y solo durante un rato... Claro que por su parte, agradecía el cambio, desde luego. Siempre era agradable estar con ella.

—¡Claro que sí, cariño! —dijo, ilusionado. El padre hizo un sonido despectivo y burlón al oírle, pero Ángel no hizo caso—. A la hora que me digas.

—Cuanto antes. ¿Quedamos en la esquina de mi calle dentro de media hora?

—Ah... Sí, claro. —Ángel empezó a extrañarse—. ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Tengo que hablar contigo. Luego te cuento.

—Pero, ¿estás bien?

—Sí, sí. ¿Nos vemos ahora?

—Sí. Hasta ahora, cariño. Un beso.

A él le sorprendió que ella no se lo devolviera.

Colgó y se volvió para prepararse para salir. Su padre debía estar vigilando sus gestos y su expresión, porque dijo, de nuevo provocador:

—¿Y esa cara? ¿Cornudo otra vez? ¿M?

Ángel no contestó.

Cielos, esperaba que no.

Pero tenía un mal presentimiento...

Capítulo 7

Algo le pasaba hoy al muchacho desconocido.

Había llegado mirando al suelo, serio y como disgustado. Había saludado en voz baja y sin mirarla. Y luego se había dejado caer al suelo a su lado, y había empezado a beber.

Hoy no traía una lata de cerveza. Traía un pack de seis.

Fanny le miró, extrañada, pero no dijo nada. Volvió su atención a su cuaderno.

Al parecer, el chico no se había acordado de traerle la canción. Bueno, suponía que tampoco debía ser algo tan importante para él, de todas formas. Y ellos dos tampoco eran amigos ni nada. De hecho, ni siquiera se conocían, ¿verdad?

Los minutos se deslizaron en silencio. Él siguió bebiendo, o eso creía Fanny. Ella continuó escribiendo.

De pronto, escuchó un ruidito. Como si hubieran tomado aire por la nariz, un sonido muy húmedo. Miró al chico. Y vio que había apoyado la cabeza en las rodillas. El pelo le tapaba la cara. No se movía, pero su espalda se sobresaltaba. Y había más ruiditos, como sollozos ahogados a duras penas.

Fanny se mordió los labios. ¿Estaba llorando? ¿Los chicos lloraban?

No se atrevió a decir nada. ¿Qué se le dice a un desconocido que se sienta al lado de una y se pone a llorar? Además, por la postura de él, era muy evidente que prefería que le dejaran en paz. Pero los sollozos cada vez sonaban más fuertes, y todo él estaba temblando. Fanny empezó a estar preocupada. ¿Qué debía hacer?

Al fin, llegó un momento en que ya no pudo soportarlo más, y decidió hablar:

—Ah... Si no quieres, no hace falta que hables —comenzó, en voz bajita—. Pero... ¿Te ha pasado algo?

Él tardó un poco en contestar. Ella ya había empezado a pensar que no diría nada, cuando le escuchó murmurar:

—Elena acaba de dejarme. —Levantó la cabeza y tomó un largo trago, sin mirarla, antes de añadir—: Dice que ya está con otro. No es la primera que me lo hace.

—Oh...

¡Tenía novia! Claro. Si era mayor, un adulto. Y además era amable y dulce. Normal que tuviera una chica.

–Llevamos seis meses juntos –continuaba él, en voz baja y temblorosa, pasándose el revés de la mano por la nariz. Tenía la cara empapada en lágrimas, y seguía sin mirarla mientras hablaba.

–Yo la quería... Es-estaba enamorado... Sé que soy feo y enclenque... Pero he intentado... Hacerla feliz... Yo no merecía esto...

¡Oh, Fanny pensaba que no era feo en absoluto! Todo lo contrario. Si parecía un ángel... Pero esto no lo dijo. Le dio vergüenza. Seguro que a él la opinión de una niña le serviría de bien poco.

–Claro que no. –Se limitó a contestar suavemente.

Ella no le conocía de nada. Pero este chico tan lindo y tan bueno no merecía que lo dejaran tirado como a una alfombra, en eso estaban de acuerdo.

–Soy un idiota –prosiguió él, después de otro trago de cerveza–. Siempre me pasa lo mismo. Y... Y todo por confiar en la gente. –Y más bajito–: La vida es una mierda. –Y bebió otra vez.

Fanny bajó la vista a su cuaderno. No tenía respuesta para esto.

Hubo un silencio. Ella empezó a pensar que él parecía no tener un pañuelo, porque trataba de secarse la cara y la nariz con la mano. Ella tampoco traía, qué rabia. Ni siquiera podía hacer eso por él.

Empezó a sentirse muy pequeña y muy inútil.

–Sé que no debería contarte estas cosas –dijo él, con la misma voz bajita y temblorosa–. No eres más que una niña...

–Pero ya soy mayor. Tengo once años –respondió ella, solícita.

Él la miró al fin. Sacó una sonrisa entre sus lágrimas, como si algo le hubiera dado mucha ternura. Volvió la vista otra vez, pasándose la mano por la mejilla y sorbiendo por la nariz.

–Lo siento. Hoy estoy sensible –murmuró.

–Lo comprendo –dijo ella suavemente.

Ella también había perdido a alguien en el día de hoy. Hombre, era cierto que una amiguita no era lo mismo que un novio o una novia, o eso suponía ella. Pero Fanny se sentía despreciada, abandonada y triste por la partida de Andrea. Comprendía lo que debía estar sintiendo él. Le comprendía demasiado bien.

Él se secó las mejillas otra vez rudamente con una mano, como si le diera rabia sentir la humedad de las lágrimas. Apuró su lata.

Ella guardó un respetuoso silencio. No sabía qué más decir.

De pronto, él pareció recordar algo, porque se sobresaltó levemente y se llevó una mano al

bolsillo de la chaqueta.

–Ah, mira... Te... Te he traído esto... Lo que te dije ayer. La canción. Solo es una tontería, pero... Bueno, aquí está.

Se encogió de hombros. Le entregó un papel doblado.

Fanny lo recogió, maravillada. ¡Oh, se había acordado! ¡Incluso estando tan triste, pobrecito! A lo mejor sí que era algo importante, después de todo... A lo mejor ella sí era importante para él. Aunque solo fuera un poquito...

Desdobló el papel con cuidado. Pero no pudo entender nada de lo que ponía. Era un pentagrama con rayas y puntos.

–Ah... No sé leer música –confesó, avergonzada.

–¿No sabes? Oh, vaya.

Él sorbió por la nariz otra vez. Se inclinó un poco sobre ella para señalarle con un dedo en el papel.

–Mira, empieza aquí. Esto es el ritmo, cuatro por cuatro. Esto es un fa... ¡Rayos, qué cosas tengo! Seguro que no sabes lo que es eso.

Fanny negó. El muchacho pareció pensarlo un segundo antes de chasquear la lengua.

–Tendré que cantártela, entonces. Y hoy no... No tengo la mejor voz del mundo.

–No, claro que no –contestó Fanny.

Ella tampoco estaría como para cantar si estuviera en su circunstancia, la verdad.

–No importa –añadió–. Mañana.

El chico guardó de nuevo cuidadosamente el papel en su bolsillo.

–Sí. Mañana –repitió, pensativo. La miró otra vez y asintió, muy serio, al murmurar–: Gracias.

Ella se encogió de hombros.

–No te preocupes.

Ya no hablaron más. Él no volvió a llorar, ni tampoco a beber. Se quedó mirando al cielo, sumido en sus pensamientos. Ella tampoco volvió a escribir. Cerró su cuaderno y apoyó la barbilla en sus rodillas, sumida en los suyos.

La tarde empezó a caer. Las sombras se alargaron. Volvió a haber actividad en los bloques. El

sol bajó rápidamente hacia el horizonte...

Fanny notó un movimiento a su lado. El chico se estaba poniendo en pie.

–Ah... Perdona si soy indiscreto –dijo, mientras se sacudía un poco el pantalón y recogía las latas de cerveza que le habían sobrado–. Pero ¿tienes nombre?

–Sí. Me llamo Fanny.

–Ah, está bien. Gracias, Fanny. –La miró seriamente otra vez–. Nos vemos mañana.

Ella asintió.

Él se marchó, mirando al suelo, con la espalda encorvada, las latas debajo de un brazo, y las manos en los bolsillos. Fanny le miró marchar con un peso en el corazón. Y de pronto, recordó algo, se puso en pie de prisa y echó a correr tras él.

–¡Espera!

Llegó a su lado, le tiró suavemente de la chaqueta desde atrás. El chico se volvió, como sorprendido.

–¿Sí?

–No... No me has dicho el tuyo.

–Ah...

El muchacho sonrió. Una sonrisa dulce y triste. Hoy no pareció que el sol hubiera iluminado el callejón.

–Ángel –dijo. Apretó fraternalmente un hombro de ella, añadiendo–: Hasta mañana, Fanny.

Y se marchó.

Fanny se quedó mirando su espalda, pensando...

Que en verdad, parecía un ángel.

Un delicado ángel de alas rotas.

Capítulo 8

A Fanny le gustó la canción cuando la escuchó al fin. Dijo que era muy dulce. Ángel no sabía si lo había dicho de verdad, o no, pero le hizo ilusión saberlo. Y sobre todo, agradeció que no se riera de él. La gente solía reírse de las canciones que escribía. Por eso no solía mostrárselas a nadie. Aunque él no le dijo que la había compuesto pensando en ella y en esas horas que disfrutaban juntos por las tardes. Eso le dio vergüenza.

Pasó el tiempo. Los días se convirtieron en semanas...

El rincón de las ratas había pasado a ser ahora su rincón, el lugar privado de ellos dos. Se veían allí todas las tardes. A veces, hablaban todo el tiempo, otras solo un rato. Pero pasaban unas horas a salvo y en paz.

Ángel olvidó a Elena poco a poco. No volvió a tener a ninguna otra. No todavía.

Empezó a enseñarle música a Fanny, pequeñas cosas. La niña tenía muy buen oído, y aprendía rápido. Era un poco cabezota, y tenía sus gustos muy claros en lo que se refería a la música. Por ejemplo, escuchaba música clásica y rock y pop, y hablaba de ello como una erudita. Pero no quería saber nada de otros géneros, algo que a él le hacía mucha gracia. Ángel entendía que era muy joven, y que ya cambiaría con la edad. Él había sido también un pequeño testarudo cuando era niño.

Se enteró de qué era lo que Fanny escribía con tanto afán cada tarde, su diario. Él nunca hizo la más mínima intención de leerlo.

Supo que la niña se quedaría en casa en vacaciones porque sus padres no tenían dinero para ir a ningún sitio. Él tampoco se iba, así que le dio alegría enterarse de esto, aunque se entristeció por ella. Sabía por experiencia que era muy triste para un niño quedarse todo un verano encerrado en casa.

Fanny no parecía tener amiguitos. Nunca hablaba de otros niños, salvo de sus compañeros del colegio, a los que llamaba así: compañeros. No amigos. Eso le sorprendió a él. Hasta que un día ella dejó caer, casi sin querer, que sus padres no querían que se relacionara con la gente. Tan solo había tenido una amiguita siendo pequeña, una niña que sus padres habían visto bien para ella. Y esa niña se había marchado a otra ciudad hacía poco, así que Fanny se había quedado sola.

Todo esto le dio a él que pensar.

Entendía que los padres de ella quisieran protegerla de las posibles malas compañías que pudiera conocer en este barrio. Pero, ¿a costa de aislar a una niña del resto de criaturas de su edad? ¿Qué daño podían hacerle otros niños?

Y si los padres de ella tenían esta actitud, a buen seguro no debían ver con buenos ojos que

Fanny quedara con él todas las tardes en este rincón, ¿verdad? Vaya, que los padres de ella no sabían que Ángel existía. Esto le enterneció.

Ángel también se había criado solo, y se sentía identificado con esta pequeña. Él nunca se lo confesaría a nadie porque le daba vergüenza, pero desde niño había deseado tener una hermanita menor. Una niñita linda que le mirase con grandes ojitos de admiración, como hacía Fanny, y que le siguiese a todas partes como un patito recién nacido. Alguien a quien poder proteger y a quien poder mimar.

Sabía muy bien que Fanny no era su hermana. Pero poco a poco, se estaba encariñando con ella. Y estas tardes a su lado estaban siendo las más maravillosas que había disfrutado en su vida.

A veces se preguntaba si ella sentía lo mismo. Pero nunca llegó a sacar el tema. No le parecía un asunto que debiera comentar con una niña.

Además, él era de la opinión de que esas cosas no se decían. Se demostraban.

Una tarde de mediados de Junio, Ángel llegó al lugar y Fanny no estaba. Esperó y esperó hasta que se puso el sol, pero la pequeña no vino.

Regresó a casa aquel día muy preocupado. En las semanas que hacía que se conocían, era la primera vez que Fanny faltaba a la cita. ¿Le habría pasado algo?

No tenía medio de averiguarlo, porque no sabía exactamente dónde vivía. Además, de haberlo sabido, tampoco podría presentarse en su casa, ¿verdad? No debía. Así que lo único que podía hacer era esperar al día siguiente. Y rezar, pidiendo que su pequeña mariposa estuviera bien.

Y sí, a la tarde siguiente, Fanny volvía a estar allí sentada. Aunque hoy no traía el cuaderno. Solo estaba allí, como esperando, con la cabeza baja.

Ángel sintió una oleada de alivio y de agradecimiento al verla, y apretó el paso para reunirse con ella.

—¡Hola, Fanny! —saludó en cuanto llegó.

—Hola —dijo ella, levantando la vista tímidamente y mirándole desde debajo de su pelo.

Ángel se sentó a su lado, comentando:

—¿Qué te pasó ayer? Te estuve esperando.

Ella se encogió de hombros, con la cabeza baja otra vez.

Aquello no era normal. Ángel sintió una vaga inquietud en el pecho.

—¿Todo bien? —preguntó cautelosamente.

Fanny volvió a mirarle, y entonces él lo vio.

Tenía una herida amoratada debajo de uno de sus ojitos. Contrastaba como una flor carmesí en porcelana blanca.

—¡Cielos! ¿Qué te ha pasado? —exclamó él.

Alargó una mano hacia su carita, pero ella se echó atrás, como asustada. Ángel no llegó a tocarla. Se retuvo y retiró lentamente la mano, mordiéndose los labios.

—Lo siento —murmuró.

La niña bajó la cabeza otra vez.

—¿Te has caído? —insistió él.

Ella negó, sin mirarle.

—¿Me lo quieres contar?

Ella negó de nuevo.

Hubo unos minutos en silencio. Ángel se recostó hacia atrás, sobre la pared a su espalda y miró al cielo, con un suspiro. No se le ocurría qué podría hacer por ella. Y tampoco quería presionarla más. Intuía de qué se trataba, por cosas que le había contado ella otras veces, y empezaba a sentir una sorda rabia en el estómago.

—Ha sido papá —murmuró Fanny al fin, muy bajito y sin levantar la cabeza—. Se enfada por todo. Normalmente, no deja marcas, pero ayer...

No habló más. Tampoco hizo falta.

Ángel apretó los labios. ¡Qué dolor! ¿Qué clase de tío podía hacerle eso a esta criatura tan frágil e inocente? Apretó los puños con disimulo sobre sus rodillas. Se sentía tan impotente...

—Sé lo que se siente —dijo, también en voz baja—. El mío hace lo mismo.

—¿Sí? —Fanny le miró, sorprendida.

Esos ojitos y esa carita herida se le clavaron a él en el alma.

Asintió, muy serio. Se sentía sobrecogido. Él también sabía lo que era tener heridas. Y cuando eran visibles, en los brazos, o en la cara como esta de ella, Ángel se quedaba encerrado en su cuarto hasta que se curaban, y luego le decía a todo el mundo que había estado malo. No podía soportar la vergüenza de que otra gente, gente que no tenía un padre como el suyo, viera las marcas y preguntara.

Normalmente, Ángel no quería tener que hablar de su padre en absoluto.

—Pero tú eres mayor... —dijo ella.

Ángel asintió otra vez.

Fanny era diferente. Fanny estaba aquí, había venido, y había dejado que él la viera. Eso quería decir que confiaba en él, ¿no? Vaya, que Ángel le importaba... Se sentía enternecido, y necesitaba hacer honor a esa confianza, de algún modo. Estar a la altura. Demostrar que él también confiaba en ella.

—Él sigue siendo mayor que yo —explicó—. Y más alto. —Lo pensó un momento antes de añadir, en voz baja—: Y más fuerte.

La niña hizo un gesto de duda. Pareció pensarlo y luego asintió, como si hubiera comprendido. Volvió a bajar la cabeza.

Ángel se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que sentía que él era realmente importante para alguien. También era la primera vez que él se sentía lo bastante cómodo como para hablar de su padre. Curioso que fuera con una niña pequeña...

—¿Te han curado eso? —preguntó.

—Me lo curé ayer.

—¿Tú solita?

Fanny asintió, con un ruidito afirmativo.

—Sé curarme sola desde que era pequeña.

Otra cosa en la que coincidían. Y otra cosa que le dio a él dolor de corazón. Ángel habría preferido no coincidir en esto concreto con esta criatura, la verdad.

Sintió la necesidad de reconfortarla. De mostrarle que no estaba sola en esto. Pero no se le ocurría cómo hacerlo. Las palabras le parecían demasiado huecas y frías en este momento.

Hubo otro largo silencio. Ángel decidió hacer algo para lo que no necesitaba palabras. Poco a poco, se atrevió a pasar un brazo por los hombros de ella. Casi temió que la niña se apartaría, asustada, y que se fuera corriendo. Pero por el contrario, Fanny se movió un poco para sentarse más cerca de su cuerpo y apretarse contra él. Era tan pequeñita, tan delgada y tan frágil, que Ángel casi no sentía el peso de su cuerpecillo, solo su calor y su respiración. Como si tuviera un pajarito apretado contra el costado.

La vida era tan injusta...

—Me esfuerzo mucho para que mi padre esté contento, pero parece que no hago nada bien —murmuró ella—. ¿Por qué son así?

Ángel se había hecho la misma pregunta miles de veces a lo largo de su vida. Y seguía sin tener respuesta.

–No lo sé. –Fue todo lo que pudo decir.

–Yo quiero a mi papá –añadió Fanny.

–Claro que sí –dijo él suavemente.

–Él dice que yo le hago enfadar, que soy una niña mala. Dice que todo lo hace pensando en lo mejor para mí, y que algún día le daré las gracias. Pero a mí me duele. Y me da miedo.

–Sí. A mí también, cariño.

–¿Tu papá te dice lo mismo?

–No, mi padre... –Se interrumpió.

Titubeó un segundo. Un viejo reflejo. Algo en él le pedía que no hablara, que nadie comprendía, que era mejor callar...

Tuvo que tomar aire profundamente para darse valor, antes de añadir:

–Mi padre no dice nada. Es que... Le sienta mal la bebida.

Fanny estaba aquí hoy, con ese morado en la carita y acurrucada contra él. Fanny sí comprendería.

–¿Le sienta mal?

–Sí. Se... Se enfada y dice tonterías.

Tonterías como que Ángel era un inútil, un desgraciado que solo quería vivir a costa suya, un parásito, y un marica, por gustarle la música. Tonterías como burlarse de él, decirle que no era hombre, interrumpirle en medio de un ensayo para romperle las partituras, amenazar con regalar el piano, con romperlo, con que un buen día cuando él llegara, ya no estaría...

Si Ángel se defendía, el padre se enfurecía, le gritaba barbaridades, le pegaba, le tiraba del pelo hasta arrancárselo a manojos, le decía que no era más que una niña...

Ese tipo de tonterías.

Pero él prefirió no dar detalles. No le parecía bien contarle todo esto a una criatura.

–¿Y te pega? ¿Sí? –insistió Fanny, como si no pudiera creerlo-. ¿Aunque ya seas mayor?

Ángel parpadeó. La vocecita de ella le había sacado de sus oscuras cavilaciones. Se dio cuenta de que la niña volvía a mirarle con grandes ojos. Parecía un gatito, desamparado y triste.

Le acarició el pelo con cuidado con una mano. Era suave, y los rizos rojos se enredaron entre sus dedos como si buscaran su contacto.

–Sí. –Se limitó a contestar.

–Mi papá no bebe, así que no puede ser por la bebida. Él dice que es por culpa mía, que yo le hago enfadar.

–Yo no creo que lo sea.

–¿No?

Ángel negó, muy seguro.

–Él es el adulto, él es el fuerte. El más fuerte es el que tiene que aprender a controlarse cuando se enfada, digo yo. Los adultos tienen la obligación de proteger a los niños. No deberían hacerles daño. Nunca.

La niña asintió con la cabeza baja, pensativa. Se acurrucó contra él, con las manitas debajo de su barbilla. Él la apretó un poquito con ternura. Era la cosita más adorable del mundo.

–Me gustaría dejar de ser un desastre –murmuró ella–. Que se sintiera orgulloso de mí.

Ángel sentía lo mismo con su propio padre. Pero no se le ocurría cómo hacerlo. A base de intentos fallidos, a lo largo de los años, había llegado a tirar la toalla con ese asunto. Ahora ya solo se ocupaba de sobrellevarlo como podía. Y de sobrevivir.

Pero de nuevo, no le pareció bien decirle todo esto a una niña. Tampoco creía que fuera a servirle a ella de mucha ayuda. Además, ella quería a su padre, aún tenía esperanzas. Él ya era un adulto y podía permitirse tirar la toalla con el suyo. Pero la historia de ella sería diferente. Tenía que serlo.

–No eres un desastre, pequeñita –contestó–. Eres linda y buena... Algún día tu padre se dará cuenta y te dirá lo orgulloso que está de ti.

–¿Tú crees?

–Sí, cariño.

Fanny cerró los ojos. Suspiró.

–Gracias –dijo.

Ángel sintió un inesperado escozor en los párpados y que le temblaba la barbilla. Apretó los labios. Cerró los ojos.

–Yo estoy aquí, Fanny –dijo, con voz extraña, densa–. Hasta que llegue ese día, puedes contar conmigo.

Aunque él no tenía muy claro en qué podía ayudarla, pero bueno. Al menos, la escucharía y le daría calor y comprensión. Al menos eso.

Ella tardó en contestar. Y cuando lo hizo, fue para cuchichear:

–Yo también estoy aquí para ti, Ángel.

Él apoyó su barbilla en la cabecita de ella, enternecido. No dijo nada. No se fiaba de su voz.

Ya no hablaron más. Y tampoco se movieron hasta que llegó la hora de marcharse.

Capítulo 9

Pasaron algunas semanas más. Eran ya primeros de agosto.

Ángel regresaba a casa una tarde, mientras el sol empezaba a ponerse en el horizonte, como hacía todos los días. Desde que no tenía clase y las tardes eran más largas, había empezado a practicar por las mañanas durante varias horas, para poder pasar más tiempo con Fanny. Las tardes se les pasaban volando.

Además, todo hay que decirlo, era mejor para él practicar por la mañana, porque su padre no solía estar en casa. Su destreza con la mano izquierda había mejorado mucho en el último mes. Ángel suponía que nunca es lo mismo poder tocar el piano cómodo y relajado, que hacerlo en tensión, esperando el grito o la paliza de turno. Esperaba poder seguir así durante todo el verano. Quería arrancar con buen pie el curso que viene, a ver si conseguía mejorar sus notas. Tuvo que repetir el curso pasado, y no quería que volviera a ocurrir.

Tenía prisa por acabar la carrera e irse de casa. Solo le faltaban dos años y sería pianista profesional. Sería maravilloso poder firmar su primer contrato, y poder mandar al infierno a su padre. Siempre estaba amenazándole con echarle de casa. A ver qué cara ponía cuando fuera Ángel quien se marchara y lo dejara tirado a él.

Además, a Fanny le hacía muchísima ilusión saber que pronto tendría un amigo músico. ¿No sería hermoso poder mostrarle su título el día de la graduación? Ángel no podía esperar para ver los ojitos de la niña brillar de alegría cuando lo viera. Su madre estaba mayor, y cansada, y hacía años que no se entusiasmaba con sus notas, como le pasaba al principio. En este momento, Fanny era la única persona a quien le hacía ilusión su carrera. Por Fanny, Ángel se sentía capaz de mover montañas.

Aquel día, Ángel venía pensando en Fanny precisamente, y en el piano. Le gustaría mucho poder enseñárselo a la niña. Tal vez hasta podría enseñarle a tocar algunas cosillas en él. Se preguntaba si a ella la dejarían sus padres salir a la calle algún día por la mañana. Según tenía entendido, su madre la ponía a limpiar y a hacer recados... Y las tardes eran complicadas para él por su propio problema. No quería que la niña viera a su padre borracho.

Debía haber alguna manera de que se pudieran coordinar. ¿Tal vez el sábado por la mañana...?

Estaba en este punto de sus reflexiones, cuando entró en la casa. Ya en el recibidor, empezó a escuchar los gritos y los porrazos sobre la mesa. Se tomó un instante en suspirar. Otra vez estaba ese hombre formando jaleo. ¿Tan difícil era convivir?

Puso rostro inexpresivo, y se dirigió al salón con la idea de pasar deprisa, decir hola, y subir corriendo a refugiarse en su habitación, como solía hacer cuando llegaba y había bronca. Pero aquel día su padre no le dejó.

En cuanto Ángel entró en el salón, Samuel exclamó:

—¡Ah, aquí estás! ¡Por fin, maldito desgraciado!

Se movió para darle un rodeo a la mesa y acercarse a él. La madre se interpuso, al borde de las lágrimas.

—¡Samuel, no por favor!... ¡Es tu hijo! ¡No lo hagas!

El padre se deshizo de ella, apartándola a un lado con una mano. No la empujó, pero tampoco fue amable.

Ángel supo que aquel día se preparaba una bronca especialmente intensa. Se puso tenso, preparado para cualquier cosa.

—¿Dónde te vas todas las tardes? ¿Eh? —gritó el padre, mirando al chico desde su elevada estatura, con los ojos echando rayos.

Otra vez tenía la cara roja y le sobresalían las venas del cuello. Le ocurría siempre que bebía, Ángel lo sabía desde que podía recordar. Para él, que tenía la mitad de su envergadura, seguía siendo tan intimidante como cuando era un niño.

—¿Te vas a buscar trabajo? —continuó el padre—. ¿Vas a ganar dinero por ahí? Porque si es eso, quiero mi parte. —Alargó una de sus manazas, como pidiendo dinero.

Ángel negó.

—No tengo trabajo. Estoy estudiando, yo...

El padre lo agarró bruscamente por la camiseta.

—Si no tienes trabajo, ¿a dónde vas? ¿A ventilarte mi dinero en droga, m? ¿Crees que te lo voy a estar permitiendo eternamente?

—¡No gasto ni un duro! —Se defendió Ángel.

—Ya. ¡Y yo no te creo! ¿Te crees que no te huelo? Vienes apestando a cerveza y a tabaco. ¿Qué más fumas? ¿Eh? ¿O te lo pinchas directamente? Me han dicho que te han visto venir del barrio de ahí atrás. ¿Tienes allí el camello, o qué?

Mientras hablaba, le sacudía por la camiseta. Ángel intentó soltarse.

—¡No hay ningún camello! —exclamó.

—¡Mentira, desgraciado! —El padre le soltó de un violento empujón—. ¡No te atrevas a mentirme en toda mi cara!

—¡Es la verdad!

La madre intentó intervenir otra vez.

–¡Samuel, es de verdad! El chico estudia mucho, incluso en verano. Se pasa las mañanas practicando...

–¡Me importa una mierda! –gritó el hombre–. ¡No trae dinero a casa! ¡Se va por ahí a gastar el mío! –Miró al muchacho otra vez–. Si no es droga, ¿qué es? ¿Te vas de putas? Aunque en tu caso, serás más bien tú quien se abra de piernas ahí...

–¡Samuel! –exclamó la madre, horrorizada.

Ángel miró a su padre con los puños apretados. Solía provocarle así, para que él se defendiera. Lo usaba como excusa para empezar a pegarle. “Por replicarle a tu padre”, decía. Pero hoy se iba a quedar con las ganas. Que le insultara todo lo que quisiera. Ángel no iba a decir ni una palabra.

Apretó los labios, se le escapó un pequeño gesto de rabia que no pudo contener, y volvió la cara para irse a su habitación, tal como había sido su primera idea.

El padre le agarró la camiseta otra vez.

–¿A dónde te crees que vas? No hemos terminado de hablar.

La madre se retorció las manos.

–Samuel, no... –murmuró.

Ángel se preguntó por qué parecía más asustada de lo normal, pero no quiso averiguarlo. Se soltó de un empujón.

–No tengo nada que decir –contestó.

Volvió a intentar caminar hacia la escalera, pero de nuevo su padre le retuvo por un hombro.

–¡No te vas a ninguna parte hasta que yo haya terminado!

–¿Por qué, si ya sé lo que me vas a decir?

–¡Te crees muy listo, mocoso, pero no tienes ni idea! –El padre le agarró por el pelo para levantarle la cara–. ¡Escúchame bien!

Ángel hizo una mueca de asco al darle de frente el olor a alcohol. El padre no pareció verlo. Le dio golpecitos con un índice en el pecho.

–¡Me he cansado de mantenerte! ¿Te enteras? ¡O traes dinero a casa, o...!

El chico empezó a ponerse nervioso.

–¿Dinero? ¿Para qué? ¿Para que te lo gastes en cerveza, como te gastas todo lo que gana

mamá? –replicó.

–Pero, ¿cómo te atreves...?

–¿Te crees que no lo veo? ¡La pobre está harta de trabajar, limpiando por ahí y cuidando viejos! ¡Y tal como trae el dinero, desaparece! ¡El dinero de mi beca también desapareció! ¡Contigo todo lo que se gane es poco! ¡Eres tú quien tira el dinero, no yo!

Ángel se dio cuenta de que su madre le hacía señas con la cara, desde detrás de su padre, negando con la cabeza, como pidiéndole que se callara. Y a lo mejor era lo más prudente. Pero por esta vez, le dio igual. O eso pensó durante ese momento de acaloramiento.

El padre le dio un violento empujón hacia atrás.

–¿Quién te crees para hablarme así? ¿Encima de que te mantengo, y te pago la carrera esa ridícula que me estudias?

–¡No es ridícula!

–¡Sí lo es, y no me repliques! ¡Una carrera absurda! ¿Qué clase de hombre estudia esa mierda? ¡Mi hijo, mire usted, que es retrasado! ¡Me da vergüenza hablar de ti con mis amigos! ¡Todo el mundo me mira raro porque mi hijo es músico! ¡Como si no hubiera más profesiones en el mundo!

–¡Los músicos ganan mucho dinero! ¡Salen en la tele, por si no te has dado cuenta!

–¡Eso será la gente famosa, no tú! ¡Tú no vales para nada! ¿Cómo vas a salir en la tele, si no sabes ni dónde estás de pie?

Ángel hizo otra intención de acercarse a la escalera, pero el padre le agarró de nuevo por la camiseta de mala manera.

–¡Escúchame bien, desgraciado! ¡Ya te he estado manteniendo durante demasiado tiempo! ¡Si no traes dinero a casa, tú, la droga, y tu puñetera carrera os vais a la calle! ¿He hablado claro?

El chico sacudió el brazo tratando de soltarse, protestando:

–¡Te digo que no me drogo!

El padre le sacudió a él otra vez.

–¡Y yo te digo que me importa una mierda! ¡Dinero, chico! ¡O traes dinero, o a la puta calle contigo! ¿Me oyes?

–¡Siempre estás igual! ¡Siempre amenazando! ¿Y sabes qué? ¡Me he cansado de ti! ¡No te tengo miedo!

–¿Eso qué significa? ¿Que no piensas trabajar en tu vida? ¿Que no piensas traer dinero a casa? ¿Es eso? ¿Me estás amenazando tú a mí, so desgraciado? ¡A mí no me amenaza nadie! ¡Y

menos un mocoso como tú! ¡Con estos pelos! ¡Si pareces una niña, joder! –Le dio un cachete en la cabeza, como si la vista de su pelo le diera rabia.

Ángel se llevó una mano a la nuca, le había dolido. Estaba temblando de rabia y de impotencia. Y el padre seguía hablando, empujándole y escupiéndole a la cara con cada palabra que soltaba.

–¡Mírate! ¿Qué clase de tío eres? ¡Enclenque, canijo, cobarde...! ¿Y tú te atreves a amenazarme a mí? ¿Me dices que no me tienes miedo? ¡Oh, yo haré que me lo tengas, inútil! ¡Yo te voy a poner en tu sitio aquí!

La madre trató de sujetar un brazo de aquel demonio de cara roja, murmurando:

–Samuel, solo es un niño...

–¡Déjame, joder! ¡Siempre te pones de su parte! ¡Tú sigue así, y verás dónde vas a acabar tú también!

Le dio un empujón, ahora de verdad, que la mandó contra la mesa redonda del salón. Ángel empujó a su padre a su vez.

–¡No te atrevas a pegarle a mi madre!

El padre le dio una bofetada.

–¿Prefieres que te pegue a ti, entonces?

–¡Ángel, no te metas! –gritó la madre.

–¡No te metas tú! –contestó el padre–. ¡Esto es un asunto entre el mocoso y yo! ¡Ya basta de defenderlo! ¡Estoy harto de vosotros! ¡Yo soy el que manda aquí, a ver si os enteráis!

Se volvió hacia su hijo, amenazándole con un índice.

–¿Me vas a dar dinero, sí o no?

Ángel le miró con resentimiento desde debajo de su pelo, desordenado por el golpe. Le ardía la cara.

–No tengo dinero –repuso simplemente.

Mentira. Tenía algunas miles de pesetas escondidas en un lío de calcetines viejos, en el fondo de su mochila.

La relación con su padre siempre había sido nefasta. Pero desde que Ángel cumplió los dieciocho, este tipo de broncas cada vez se habían ido haciendo más y más frecuentes. El padre exigía dinero, y como no lo tenía, le amenazaba con echarlo. Y Ángel había aprendido a ser precavido y a ahorrar. Y a tener lo que ahorra siempre bien escondido.

Claro que nunca pensó que su padre le fuera a echar realmente. Ahorraba simplemente por si acaso.

Aquel día se alegró de haberlo hecho.

El padre le agarró otra vez por la ropa y tiró de él físicamente hacia el recibidor.

—¡Si no tienes dinero, a la calle contigo, joder!

Ángel opuso toda la resistencia que pudo.

—¡No voy a irme a la calle! ¡No puedes echarme así!

—¡Oh, claro que puedo! ¡Esta es mi casa, mocoso aprovechado! ¡Fuera!

—¡Samuel, por favor! —imploraba la madre, llorando y haciendo gestos, como si no supiera cómo meterse en medio—. ¡Es nuestro hijo! ¡No tiene dónde ir! ¿Qué va a ser de él?

—¡Que le den debajo de un puente, mujer! ¡Así aprenderá lo que es la vida! ¡Verás cómo entonces se busca un trabajo! ¡Verás cómo así sí que está dispuesto a trabajar! ¡Yo no mantengo vagos!

—¡Pero si trabaja muchísimo! ¡Estudia a todas horas! Pero si él... ¡Samuel, no lo hagas! ¡No, por favor! ¡Déjalo hoy! ¡Solo hoy! ¡Mañana mismo irá a buscar trabajo de verdad! ¿A que sí, Ángel? ¡Hijo, dile que sí! ¡Por favor, Samuel, solo esta noche!

—¡No! ¡Si no hay dinero, el mocoso va fuera!

Mientras discutían, el padre seguía empujando al chico hacia la puerta, y él se debatía y pugnaba por soltarse. ¡No podía irse sin su mochila!

Al fin, de alguna manera, cuando estaba ya justo ante el umbral y el padre trataba de abrir la puerta, se zafó, se escurrió por debajo de uno de sus brazos, y echó a correr hacia su habitación.

—¡Eh! ¿Dónde vas? ¡Ven aquí! —gritó el padre.

Ángel corrió escaleras arriba. Escuchó jaleo abajo, como de apartar muebles a empujones, pero no prestó atención. Hubo sonido de cristales. Ángel supuso que algún jarrón o figurita acababa de pasar a mejor vida. Pero él tenía algo mucho más importante en su cabeza.

¡Su mochila! En cuanto la tuvo en las manos, buscó dentro. Encontró el lío de calcetines, al parecer intacto. Lo echó al fondo, abrió su armario, y empezó a echar ropa en la mochila, pensando a toda velocidad. Otra camiseta, unos tejanos, ropa interior... La chaqueta de cuero no cabía, tendría que llevarla en la mano. ¡La mochila era demasiado pequeña, rayos! ¡Ya estaba llena! Y había pasos subiendo por la escalera, y gritos e insultos. ¡Se le acababa el tiempo!

Sacó sus tres discos más favoritos de debajo de la cama. Siempre los tenía ahí, también por si acaso. Nunca pensó que llegaría el día en que tendría que hacer esto.

O tal vez sí. En realidad, siempre lo había sabido, por eso lo tenía todo preparado. Lo único que nunca pudo imaginar era que sería tan pronto, ni...

Bueno, ni así.

—¿Te crees que te vas a librar, o qué? ¡Si digo que vas fuera, vas fuera, chico! —gritaba el padre.

Entró en la habitación, abriendo la puerta de un empujón.

—¡No te burles de mí! ¡Soy capaz de tirarte por la ventana!

—¡No me estoy burlando! ¡Estoy recogiendo mis cosas!

—¡No tienes nada que recoger! ¡Fuera!

Ángel tuvo el tiempo justo de colgarse la mochila al hombro, apretar contra sí los discos y la chaqueta como si fueran tesoros, escurrirse por un lateral, y salir corriendo de su habitación. Aún así, se llevó un pescozón en la cabeza al salir.

El padre le siguió. El chico bajó a toda la velocidad que le permitían sus pies. Si a ese demonio le daba por quitarle la mochila, sería el fin.

Pasó corriendo por el salón. Había un aparador volcado en el suelo, con el jarrón de flores roto y las flores desperdigadas. Tuvo que darle un rodeo al estropicio a toda prisa. Su madre estaba arrodillada junto a las flores, llorando con toda su alma. Ángel casi no la vio. No tuvo tiempo de decirle nada. Y si ella habló, tampoco la escuchó.

Salió corriendo. A la calle. No se entretuvo en cerrar la puerta, ni en mirar atrás. Siguió corriendo calle arriba. A su espalda, escuchó el vozarrón de su padre gritar:

—¡A tomar por culo, desgraciado! ¡Aquí no vuelvas! ¡Como te dé por volver, te mato! ¿Me oyes? ¡Te mataré con mis propias manos!

Ángel no se detuvo. Esperaba que a ese loco no le diera por seguirle. Nunca le había montado el número en la calle. Pero hoy todo era diferente y no quería arriesgarse. Tampoco se volvió.

Se estaba poniendo el sol. El cielo se teñía rápidamente de rosa y morado, y empezaba a oscurecer. El muchacho dobló la esquina que llevaba al barrio de los bloques. Empezaba a faltarle el aire, y sentía una punzada en el costado. La mochila le pesaba un montón. Pero aún así, no se detuvo hasta que se vio bajo la sombra del primero de los pisos.

Se paró un momento para respirar. Se volvió. Parecía que no le seguía nadie. Pero no estaba tranquilo. En cuanto pudo coger aire otra vez, continuó caminando deprisa en dirección a la parada del autobús.

Su mente funcionaba a toda velocidad. Lo primero, desde luego, era poner tierra por medio.

Irse a Sevilla. Allí sí que no podría seguirle. Pero a Sevilla, ¿dónde?

A casa de Santi, ¿dónde si no?

Santi y Ángel eran amigos desde los quince años. Se conocían del conservatorio. Santi estudiaba contrabajo, y Ángel piano, por lo que llegó un punto en que dejaron de coincidir en las clases, pero seguían viéndose con toda la frecuencia que podían. Santi era su colega, la única persona en quien podía confiar.

Llegó a la parada del autobús y se sentó en una esquina del banco, tratando de volver a respirar normal. Le dolía la cara, seguramente del golpe. Y el pelo. Seguía sintiendo una punzada en el costado, como si se le clavara algo con cada respiración. Apretaba sus cosas contra sí con las dos manos como un tesoro. Eran todo lo que le quedaba.

Las personas que había esperando en la parada le miraron raro al verle llegar y sentarse allí, pero él no quiso prestarles atención. Suponía que debía tener mal aspecto, con el pelo revuelto, la expresión descompuesta, y los ojos grandes de miedo y ansiedad.

Además, a juzgar por el dolor que tenía en la cara, a saber si no llevaba la mano de su padre marcada en una mejilla. Se negó a palparse para comprobarlo. Se negó también a mirar a la gente. Y nadie le dijo nada. Se le ocurrió pensar que a lo mejor en este barrio debía ser algo habitual ver a jóvenes huir de sus casas.

En los escasos minutos que se llevó allí sentado, temblando y tratando de calmar su respiración poco a poco, con la cara ardiendo y la cabeza hecha un caos, Ángel se hizo consciente por primera vez de lo que acababa de vivir. Y de lo que implicaba, de la realidad de su situación.

Sintió un instante de pánico. Los bloques de allí enfrente, la parada del autobús... Todo lo que hasta hacía una hora le había parecido familiar y cotidiano, de pronto le resultaba ajeno, extraño. El mundo se había vuelto muy grande y muy amenazador. Y él se sentía pequeño y desamparado, y no tenía ni idea de cómo iba a salir de esta. Si Santi no podía recogerle, o si por mala suerte no estaba, o se había ido de vacaciones... ¿Dónde dormiría esta noche? ¿Qué iba a ser de él?

No quería ni pensarlo.

¡Le había echado, por Dios! ¡El demonio rojo aquel le había echado de su casa!

Ángel estaba seguro de que no quería volver a verle. No quería volver allí. En su vida. Ese tío había cumplido lo que llevaba años amenazando con hacer y le había echado de verdad. Si Ángel se atrevía a aparecer por allí, ¡era muy capaz de cumplir la otra amenaza y matarle! No podía correr el riesgo.

Lo sentía por su madre, que se había quedado atrás. Pero, ¿qué podía hacer él? Si a duras penas había podido salvarse a sí mismo y sus cuatro cosas...

Le echó una ojeada a los discos que llevaba en los brazos. Sí, eran los que él pensaba que eran. Sacudió un poco la manga de la chaqueta de cuero. Le gustaba mucho, no imaginaba un

invierno sin ella. Ahora hacía demasiado calor, pero en cuanto llegara el otoño...

Cuando llegara el otoño, se la pondría, pero ya no estaría aquí. No iba a volver a casa. Nunca más.

Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Sí, su padre era un demonio, pero aquella era su casa. Dejaba atrás a su madre y su barrio. Había crecido allí. Y saber que ya nunca...

El autobús llegó en ese momento, y el chico apretó los labios con fuerza y tragó saliva para no derrumbarse. No ahora. No todavía.

En cuanto pudo, se dejó caer en uno de los asientos libres, junto a una ventana. Suspiró. Se sentía mejor. Al menos, ya podía respirar. Y la rutina de pagar el autobús, el color azul de los asientos, oscurecido por el paso de mucha gente, el vago olor a gasoil... Todo esto era familiar, lo vivía todos los días desde hacía años. Resultaba extrañamente reconfortante.

Fuera estaba casi totalmente oscuro. El sol ya hacía rato que había desaparecido del todo.

Se puso a pensar. Había traído consigo lo que había podido. El tabaco se había quedado en casa, pero no era importante. Sus libros y partituras sí, y también habían quedado atrás. Igual que las botas militares, algo que le dio mucha rabia.

Y el piano.

A saber lo que iba a hacer ese loco con el piano. Seguramente, lo vendería, o se desharía de él de algún modo. ¡Qué dolor!

Su pobre piano estaba ya muy viejito. Tenía una mancha de agua en la madera, en la parte de arriba. Las teclas estaban amarillentas por el tiempo, y la última se atascaba. Pero Ángel le tenía cariño. Había pasado tantas y tantas horas sentado ante él... Había sido su único confidente durante tantos años...

Volvió a sentir la vista nublada por las lágrimas, y trató de pensar en otra cosa. Tenía la vaga sensación de que le había quedado algo por hacer. De que se iba para siempre, y que dejaba algo atrás. Algo importante.

¿Qué podía ser, aparte de su vida entera, su casa, su madre y su piano?

De pronto, cayó en la cuenta de lo que era con un sobresalto. Se volvió para mirar atrás por la ventanilla, y solo reparó en lo absurdo del gesto cuando vio que estaban saliendo del pueblo.

Pero para entonces ya se le había escapado una pequeña exclamación, en voz baja.

—¡Fanny!

Capítulo 10

—¡Tío, qué mala cara traes! —dijo Santi en cuanto lo vio—. Pareces la muerte en vida.

Ángel pensó que seguramente debía parecerlo. En contraste, Santi tenía un aspecto de lo más relajado y cómodo, vestido solo con unos vaqueros, descalzo, y con un cigarro en la mano.

No supo qué responder. Suerte que su amigo no parecía esperar un discurso por su parte, porque abrió la puerta un poco más, y dijo:

—Anda, ven. ¿Qué te ha pasado? ¿Vienes a las...? ¿Once de la noche de visita? Raro en ti. Y tampoco hace frío como para cargar con la chaqueta de cuero.

Ángel entró con la cabeza baja, agradeciendo la perspicacia de su colega. Santi no dijo nada más. Solo le dio una palmadita en un hombro y repitió:

—Anda, ven. Ven a mi cuarto. ¡Fiesta de pijamas improvisada, hombre! Vamos.

Ángel le siguió.

El piso de la familia de Santi era un desastre. Era pequeño, y estaba lleno de muebles viejos y cachivaches. La madre estaba mala con depresión o algo de eso, y estaba siempre drogada por las pastillas que tomaba. No limpiaba ni cocinaba. Lo más que hacía durante el día era caminar del sofá a la cama y viceversa.

Santi tenía tres hermanos mayores, que hacía tiempo que ya no vivían allí. Su padre tampoco, aunque Ángel nunca había querido preguntar por qué. Santi solo decía que su viejo había salido a comprar tabaco hacía quince años y que se había perdido buscando el camino de vuelta.

En realidad, Ángel había venido aquí pocas veces. Solo una o dos, en todos los años que hacía que se conocían. Los dos preferían estar lejos de sus respectivos viejos, si podían, y lo pasaban mejor en el conservatorio, o tomando algo en un bar, o simplemente, sentados en una placita con una cerveza.

—Ponte cómodo —dijo Santi, en cuanto llegó a su habitación, con el cigarro en la boca.

Hizo a un lado una pila de ropa que había sobre una silla, la tiró sobre la cama sin ninguna ceremonia, y apartó la silla, dejando un espacio libre en el centro del cuarto.

—Ahora vengo —añadió, dándole otra palmadita en el hombro y saliendo sin más.

Ángel miró alrededor. Era una estancia rectangular, con una cama a la izquierda y un escritorio a la derecha. Todo estaba lleno de cosas: ropa, discos, bolsas de plástico, papeles... Incluso había latas vacías y ceniceros llenos de colillas. Reconoció el contrabajo de su amigo junto al armario y sintió una oleada de agradecimiento.

Había sido una suerte que Santi estuviera en casa hoy. Una maravillosa suerte.

Escuchó ruido por el pasillo, como de arrastrar algo, y gruñidos de esfuerzo. Se volvió. Y se vio venir un colchón avanzando con dificultad hacia el cuarto, con los pies descalzos de Santi asomando por debajo. Ángel se sacudió, soltó sus cosas sobre la cama, y fue a ayudarlo.

Entre los dos, dispusieron el colchón en el suelo, en el espacio vacío que había quedado entre la cama y el escritorio. Santi no dijo de dónde lo había sacado, pero Ángel dedujo que debía ser de la cama de alguno de sus hermanos.

Luego Santi abrió su armario, todavía con el cigarro en la boca. No dijo nada. Le arrojó una tela a las manos. Le echó una ojeada, y al fin, se quitó el cigarro para decir:

—¿Has cenado? Algo me dice que no.

De nuevo, no esperó respuesta. Volvió a hurgar en el armario, sacó otra tela y se la dio diciendo:

—Para que te laves esa cara, chico. Voy a por un bocata. Te gusta la mortadela, ¿verdad?

Y antes de que Ángel pudiera decir nada, se había ido de nuevo.

Ángel miró las dos telas que tenía en las manos. Una era una sábana. La otra, una toalla.

Y sí, le gustaba la mortadela. Pero le gustó aún más el litro de cerveza que trajo Santi para tomarlo entre los dos.

Minutos más tarde, estaban acomodados en el cuartito, Santi en su cama, y Ángel en el colchón, en el suelo. El bocadillo ya era historia, y los dos se relajaban fumando un cigarro y compartiendo la cerveza, mientras Ángel le contaba a su amigo su aventura.

—Era cuestión de tiempo que te echara, hermano. Llevo años diciéndotelo —dijo Santi, con su voz profunda. Sus ojos negros estaban serios y preocupados—. Pero ¿de este modo? ¡Joder, ha sido muy fuerte!

Sacudió la cabeza.

Ángel tomó una calada de su cigarro. Se dio cuenta de que todavía le temblaban los dedos, y bajó la mano de prisa para reposarla sobre su barriga.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —continuó Santi—. Porque seguro que algo has pensado...

—Me gustaría alquilar un piso. No tengo dinero para pagarlo yo solo, tendría que compartir con alguien, pero...

—¿Con alguien? —dijo Santi, con una risita—. ¡Conmigo, chico! ¿A ver con quién?

Ángel le miró muy serio.

–¿Sí? ¿Te vendrías a vivir conmigo?

Santi soltó otra risita.

–¿Te sorprende? ¡No jodas! ¿Cuánto tiempo llevo diciéndote que teníamos que independizarnos de nuestros viejos, m? ¡Dos años, por lo menos!

–Ya, pero una cosa es decirlo...

–¡Bah! Yo estaba esperando a que tú te decidieras. ¿O qué? ¿Crees que me gusta esto?

Tomó un largo trago de la botella. Ángel seguía mirándole.

–Pero tú tienes novia.

–M-m. Y si nos va bien, también podría independizarse con nosotros, y así ya seríamos tres a compartir gastos –Santi enarcó las cejas, sonrió.

Y de pronto pareció caer en la cuenta de algo, porque frunció el ceño, y añadió:

–Aunque tendríamos que organizarnos bien, hermano. Desde que te dejó esa tía, Elena, te has vuelto un Don Juan. Y yo no tengo problema con eso. Pero no me gustaría que las tías con las que te lías ahora me vieran en cueros por mi casa, ya te digo.

Ángel soltó una risita sorprendida.

–¡Nadie va a verte en cueros!

–Ah, menos mal.

–No, si te molestas en vestirte. ¿Crees que estas pintas son para recibir a las visitas?

Santi se miró a sí mismo.

–¿Qué? ¡Es agosto, colega! –Se defendió.

Ángel se rió. Pidió la botella y tomó él también un largo trago.

No por primera vez, se encontraba a sí mismo envidiando a su amigo, por ser alto, fornido, moreno y de mucho pelo en pecho. Y por si todo eso fuera poco, también era extrovertido, bromista, y aguantaba la cerveza mejor que él. Vaya, Santi era un tío perfecto, exactamente su contrario. A veces, Ángel no comprendía cómo era posible que este tío siguiera siendo su amigo, después de tantos años. ¿Por qué no se había aburrido ya de él?

Claro que con la música era diferente...

–¿Y qué va a pasar con la carrera? –dijo Santi de pronto.

Rayos, le había leído la mente.

Ángel se quedó ahora muy serio. La carrera. Justo el asunto en el que no había querido pensar.

–No lo sé –murmuró, sin mirarle. Tomó otro trago.

–Es que, haciendo cuentas... Si gastamos los ahorros en pagar un alquiler... A la altura del mes que estamos... Mientras encontramos trabajo y no... –prosiguió Santi, como pensando en voz alta–. No nos llega, tío. Incluso suponiendo que encontremos trabajo en seguida, que lo veo difícil. Pero no cobraríamos hasta primeros de septiembre. Y ya sería tarde para echar la matrícula del año que viene.

Ángel no contestó. Ya lo sabía.

–Además, tú no tienes piano... –continuó Santi.

Ángel prefirió que no le hubiera recordado eso, la verdad.

–Vaya, que la carrera se va a la mierda –concluyó su amigo–. Al menos, de momento.

–Sí –murmuró Ángel–. A la mierda. Igual que nosotros...

–Hombre, mientras hay vida, hay esperanza. Siempre estamos a tiempo de retomarla.

Ángel negó.

–¿Esperanza? ¿De qué sirve, Santi? Si tenemos que trabajar para pagar piso y facturas, ¿a qué hora nos vamos a poner a ensayar? ¿De noche? –Negó otra vez–. No, chico. La carrera se va a la mierda. Ahora lo único que importa es sobrevivir.

Santi no contestó.

Ángel volvió a sentir los ojos húmedos. Bebió otra vez.

–¡Trae eso, hombre! ¡No te la tomes tú solo! –dijo Santi, quitándole la botella suavemente de la mano.

Miró el contenido con una mueca de desaprobación.

–Santi, no tienes por qué hacer esto –dijo Ángel–. Ya encontraré a alguien para compartir. Tú puedes seguir la carrera. Yo estoy jodido, pero no tienes por qué joderte tú también.

Santi hizo un gesto de desdén.

–Si tú no vas al conservatorio, estaré jodido de todas formas. ¡Me moriré de aburrimiento!

–Pero...

–¡Que no! O nos vamos juntos, o aquí no se va nadie. ¡Somos jóvenes, tío! ¡Ya habrá tiempo de carrera! ¡A la mierda!

Y tomó lo que quedaba de cerveza de un solo trago.

Ángel le miró con una sonrisita tierna. Menos mal que tenía a este loco. Puede que aquella tarde lo hubiera perdido todo, pero teniendo a Santi, estaría bien.

Lo vio borroso entre sus lágrimas, y por esta vez, no le importó.

—¿Y qué? ¿Has pensado en algún sitio para irnos? —dijo su amigo, lamiéndose los labios de la cerveza—. Tiene que ser bonito y barato, ¿eh? Con una terracita o algo. Y dos habitaciones, por lo menos.

La sonrisa de Ángel se hizo más amplia.

—¿Y un jacuzzi también, señor?

Santi le dio un empujón en un hombro desde arriba. Ángel se rió. Las lágrimas se le escaparon, pero le dio igual. Se pasó la mano por la cara. Su amigo no dio muestras de haberlas visto.

—En realidad, sí que he pensado un sitio —dijo—. Allí mismo, en mi pueblo. Un barrio que conozco. Creo que tendrán alquileres baratos.

—¿Y por qué íbamos a volver al pueblo de tus viejos, pudiendo quedarte en la capital, a ver? —dijo Santi.

—Porque en un pueblo siempre es más barato.

—Pues nos vamos a otro.

—Me gusta ese.

—¿Por qué?

Ángel se encogió de hombros. No iba a decir la verdad. Santi iba a estar riéndose de él todo el resto de sus vidas.

—¡Venga ya! —protestó su amigo—. ¡Dímelo, hombre! ¿Qué es? ¿Una chica?

—Sí... Pero no.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que tengo motivos para volver, Santi. Y para quedarme allí. Por lo menos, durante unos años.

—¿Sí? ¿Y por qué no se viene ella con nosotros?

—No puede. —Ángel tomó la última calada de su cigarro y lo apagó en el cenicero que tenía a su lado, sobre el colchón.

Se volvió para dejarlo con cuidado sobre la mesita que tenía a su espalda. No era plan de volcar las cenizas con algún movimiento brusco o algo.

–¿Por qué no puede? ¿Está casada?

–Es... Otro tipo de problema.

–Ya –dijo Santi, mirándole con una sonrisita sabihonda.

Ángel frunció el ceño.

–¡No hay nada entre ella y yo, Santi! ¡No es lo que piensas!

–Ya. –La sonrisita de su amigo se hizo más amplia.

Ángel sintió náuseas.

–¡No podría, tío!

–M-m. Mi colega el ligón se me ha enamorado.

–¡Que no, tío!

–¡Oooh, sí!

–¡Santi, por favor! ¡Es espantoso! ¡Tengo ganas de matarte solo por pensarlo!

Ahora su amigo le miró con cara rara.

–¡Madre mía! ¿Qué es? ¿Una abuela, o algo?

–¡No! ¡Y no voy a seguir hablando de esto!

–Vale, chico, ya está. Tampoco es para ponerse así. Tienes buenas razones para volver, de acuerdo. He comprendido. Si quieres, podríamos ir mañana a mirar piso, ¿m?

Ángel asintió. Se sentía un poco mal por haberle respondido así a su colega, con todo lo que estaba haciendo por él. Pero había sido superior a sus fuerzas.

Hubo un silencio. Santi le miraba con una sonrisita entre bromista y traviesa. Por su parte, Ángel le miraba a él con desconfianza, aguardando. Le conocía y sabía que Santi insistiría. Desde luego que sí.

Al fin, sí, la curiosidad le pudo, y preguntó:

–¿Me vas a decir cómo se llama tu “motivo importante”, o me vas a dejar con la duda? Acabaré por sacártelo, chico, lo sabes...

Ángel resopló, mirando al techo.

-No debería haber dicho nada.

-Vengaaaa... -insistió Santi-. Si lo estás deseando...

-No.

-Venga, hombre...

-Santi...

-¡Solo el nombre, venga! Solo saber cómo se llama.

Ángel resopló otra vez.

-Cht, me estoy poniendo nervioso.

-Pues dímelo de una vez, y asunto resuelto, ¿eh?

Ángel se rió un poquito. Suspiró.

-Se...

¿De verdad debía decirlo?

Nah, pero si era verdad que Santi se lo iba a sacar tarde o temprano, de todas formas...

Resignado, murmuró:

-Se llama Fanny.

Capítulo 11

Ángel decía que él estaría siempre, pero ayer faltó.

Fanny había llevado su merienda al rincón de las ratas, dos magdalenas, para que pudieran comerlas juntos. Le estuvo esperando toda la tarde, pero él no vino.

Ella regresó a casa con las dos magdalenas, y las devolvió a su bolsa sin que su madre la viera. Había perdido el hambre.

Quería ser una niña mayor y no disgustarse por esto. Sabía que Ángel era un adulto, y que seguramente debía de haberle surgido algún problema. Algún imprevisto, que le había impedido venir a avisarla. Lo que fuera debía haber sido realmente grave, porque Ángel no había faltado nunca antes desde que se conocían.

Todo esto se decía a sí misma. Y se añadía que ella confiaba en él, que Ángel era su amigo. Que mañana volvería.

Pero otra parte de sí misma le decía en voz bajita que eso eran ilusiones suyas. Ángel era un adulto, sí. Y seguramente debía haberse echado otra novia, y ahora estaría feliz con ella, y ya no se acordaría de Fanny. Esta vocecita malvada le decía que no volvería a verlo. Y Fanny sentía ganas de llorar.

Ángel era la única persona a quien podía considerar su amigo desde que Andrea se fue. Además, era la persona más dulce y buena que Fanny había conocido en su vida. Ella no tenía idea de que un chico pudiera ser así. Los chicos y los hombres que había conocido hasta ahora eran más bien brutos e insensibles, y se sentía fascinada por esta nueva forma de masculinidad. Y por otra parte...

Bueno, algo dentro de ella le decía que ella le importaba a Ángel. Tal vez su intuición. Él no lo había dicho, desde luego. Pero ella lo notaba. Más que eso. Lo sentía.

Y tenía un sueño...

Sí, era una niña tonta. Pero desde hacía ya un tiempo, tenía el sueño de que algún día, cuando ella creciera y fuera adulta como él, Ángel y ella podrían ser novios. Le gustaba pensar que él podría ser su ángel de la guarda mientras ella crecía, que estaría a su lado, cuidándola y protegiéndola, y que la esperaría a que ella fuera mayor.

¿Se había equivocado en este presentimiento? ¿Estaba formando una tempestad en un vaso de agua con este asunto? ¿O realmente, hoy era el principio del fin, y tenía que empezar a hacerse a la idea de que nunca más le volvería a ver?

Fanny era un mar de dudas.

Lo pasó muy mal anoche. Y se sentía mal consigo misma por ello.

Cuando pasó lo de Andrea, se prometió a sí misma que nunca más iba a dejar que nadie le importara tanto. Y no lo había cumplido. ¿Qué le pasaba, que no podía dejar de encariñarse con la gente? ¿Por qué no podía pasar de ellos y ya está? Total, era muy obvio que la gente pasaba de ella.

Pero Ángel era tan especial... Tan diferente...

Se había infiltrado poquito a poco en ella, casi sin que ella se diera cuenta. Y ahora no concebía vivir sin él. Durante la tarde de ayer, el callejón le había parecido vacío y triste, y el sol de agosto, apagado y seco.

¡Pero por fuera no podía notarse nada de esto! Sus padres no debían verla triste, porque preguntarían, y ella no quería explicarles nada. Ellos no sabían que Ángel existía, ni ella quería que lo supieran. Él era su ángel, su dorado sueño, su secreto. Si sus padres se enteraban de que ella se veía por las tardes con un adulto a solas, le prohibirían salir. ¡La encerrarían para siempre! Y Fanny no podía permitirlo. Ángel era lo único que le daba luz y color a su mundo.

A la tarde siguiente, todo empezó igual. El rincón estaba desierto cuando ella llegó.

Fanny abrió su cuaderno y empezó a escribir.

—¡Eh! ¡Este sitio es tremendamente cutre! —dijo Santi, en cuanto se vio fuera del autobús, mirando a los bloques de pisos de ladrillos vistos que tenían ante sí.

Prendió un cigarro, y añadió, entre una nube de humo:

—Me recuerda al barrio donde nací. —Miró a Ángel y sonrió—. ¡Me gusta! Creo que me sentiré como en casa.

Ángel también sonrió.

Era la primera vez que venían a ver el barrio y a buscar piso. Todavía no sabían si tendrían suerte o no. Claro que Santi tenía que sacarle el lado bueno a todo. El carácter de este tío era una bendición.

La parada del autobús estaba frente al barrio, al otro lado de una avenida. Tan solo tenían que cruzar un semáforo, y ya estaban ante el primer bloque. En las escaleras de acceso al portal, había sentados una pandilla de tíos, con malas caras, que se les quedaron mirando al pasar.

—No creo que la maría sea muy difícil de conseguir por aquí —observó Santi, en cuanto estuvieron lo bastante lejos. Tomó una calada de su cigarro—. Es bueno saberlo. Sabes que me gusta fumarme un porrino de vez en cuando.

Le sonrió otra vez. Ángel arrugó la nariz, bromista.

—Creo que a esos tíos ya les ha quedado claro que eres un hippie, hermano.

–¿Hippie yo? –repitió Santi, como si le hubieran dicho un insulto–. ¿Por qué? ¡Pero si vengo de incógnito!

–¡Mira qué camisa de flores! ¿La has sacado del baúl de tu padre, o qué?

Santi hizo un mohín, como si estuviera muy ofendido.

–¡Ya habló el que viste de cuero hasta en agosto! Si yo soy hippie, ¿tú qué eres, am?

–Hoy no traigo la chaqueta.

–¡Menos mal!

Ángel reparó en que había dos comadres hablando en una esquina, vestidas con batas de andar por casa y babuchas, con las bolsas de la compra en las manos. Les miraban también sin ningún reparo.

Santi inclinó la cabeza respetuosamente al pasar ante ellas y saludó:

–Buenas tardes, señoras.

Las dos mujeres contestaron distraídamente, y siguieron mirándoles hasta que ellos las hubieron perdido de vista.

Ángel chasqueó la lengua.

–¿Quieres dejar de llamar la atención?

–¿Qué pasa? ¡Estoy haciéndome al sitio!

–¡Más bien parece que quieres que el sitio se haga a ti! Y ni siquiera sabemos si se alquila algún piso o no.

–¡Seguro que sí! –Santi levantó la vista hacia las terrazas–. Mira qué agradable. Como en casa, tío.

Ángel también miró arriba con curiosidad, preguntándose qué vería Santi de agradable en estos pisos.

Las terrazas eran pequeñas, con ropa tendida por fuera de los barrotes en la mayoría de ellas. En algunas había bicicletas apoyadas apretujadamente contra la pared. En otras, había tiestos de flores, o jaulas de pájaros, o ambos. Vieron a algunas viejas vestidas de negro, hablando unas con otras de terraza a terraza. Olía a guiso.

Había algunas tiendas, pero la mayoría de los locales estaban cerrados, con graffitis en las persianas de hierro. Pasaron por delante de dos bares, que sí estaban abiertos, y con parroquianos dentro.

Esto pareció recordarle algo a Santi, porque preguntó:

—¿Dices que tus viejos viven por aquí cerca?

—Sí. En la calle de ahí atrás.

—¿Y no te da miedo encontrarte con ellos?

Ángel negó.

—No les gusta este barrio. Dicen que aquí solo hay gentuza.

—Eso me hace sentir insultado. ¡Crecí en uno como este, colega! ¿Y yo soy gentuza, eh?

Ángel prefirió no entrar en polémica.

—Mira, ahí hay un cartel. —Se limitó a decir.

Y no era el único. Encontraron tres pisos que se alquilaban, y eso sin buscar mucho. Santi dijo que estaba seguro de que estarían bien de precio. Tomaron nota de los teléfonos para llamar mañana y hablar con los dueños.

Al fin, después de un paseo por la zona, Santi hizo la temida pregunta:

—¿Y qué? ¿Vas a presentarme a Fanny o no?

La realidad era que Ángel había venido todo el tiempo dándole vueltas al mismo dilema.

Algo en él era reacio a que Santi conociera a la niña. Y era absurdo, porque era su colega. ¿Qué tenía que temer? Además, si de verdad acababan viviendo aquí, ¿no acabaría por conocerla en algún momento, de todas formas? ¿Y no era mejor pasar por eso cuanto antes, y no tener secretos? ¿Por qué no quería que Santi viera a Fanny? ¿Acaso le daba vergüenza de ella?

No. Quería protegerla.

¿Protegerla de qué? Santi no le haría nada a la niña.

Desde luego que no. Pero no era por Santi.

Era que Fanny era para Ángel su pequeño secreto, su mariposa. Ella formaba parte de la mágica burbuja de intimidad que creaban entre los dos, en aquel callejón, apartado del mundo. Meter a Santi en el callejón era quebrar la magia. O eso pensaba él.

Claro que esto jamás se lo confesaría a su amigo. Ángel se daba cuenta de que estas ideas eran cosas de crío soñador, y le daba vergüenza.

Pero quitando todas estas cuestiones, él quería ver a la niña. Estaba preocupado. Era media tarde, y sabía que Fanny debía estar en el rincón, esperándole.

Ayer no se vieron. Santi y él pasaron la víspera haciendo planes hasta tarde. En

consecuencia, también se levantaron tarde ayer, y pasaron el día tirados viendo la tele.

A Ángel le pesaba no haber podido venir. Echaba de menos el ratito de tranquilidad, y la compañía de la niña. Y suponía que Fanny debía estar preocupada por él, pobrecita. No quería que tuviera que esperarle en vano hoy una segunda vez, sin saber dónde estaba él, ni lo que había pasado.

–Prométeme que no te reirás de mí –dijo.

Santi sacó una sonrisita torcida.

–¿Tengo motivos para reírme?

–No lo sé. Pero eres capaz. Solo lo digo por si acaso.

Su amigo hizo un gesto con las manos.

–Está bien. Si no quieres que me ría, no lo haré. Me quedaré callado. No diré ni pío. –Hizo seña de sellarse los labios con cremallera.

Ángel le miró, no muy convencido. Sus pasos ya les estaban llevando hacia el rincón. En verdad, se moría de ganas de ver a la niña y de comprobar que estaba bien.

–Es por aquí. Quedo con ella al final de este callejón. No tiene salida.

–¡Oh, qué lugar tan romántico!

–Santi...

–Cht. Ya está. Ni pío. Ya está. –Santi se selló los labios otra vez.

Ángel suspiró. Esperaba que Fanny no se asustara al ver a este hombretón acompañándole...

¡Ah, allí estaba! Sí, había una figura familiar sentada al final del callejón. El muchacho sintió una oleada de ternura en el pecho al verla. Apretó el paso y llamó suavemente:

–¡Fanny!

La niña levantó la cabeza. Se sobresaltó, soltó el cuaderno en el suelo, y echó a correr hacia él. Ángel se adelantó un poco para salir a su encuentro. Y en cuanto la tuvo delante, se arrodilló en el suelo para recibirla entre sus brazos.

Ella no se detuvo. Rodeó su cuello con sus bracitos, y se apretó contra él. Ángel cerró los ojos. La abrazó con ternura a su vez. Su cabello rojizo era suave en su mejilla, y su cuerpecito pequeño y frágil temblaba entre sus brazos. Olía a colonia de niño.

–Fanny... –Suspiró–. Me alegro tanto de verte, pequeñita...

La niña le apretó un poco más, haciéndole un mimito.

–Yo también me alegro de verte –dijo.

Titubeó un instante, antes de añadir, muy bajito:

–Te estuve esperando ayer... Y no viniste... Pensé que te había salido un problema de gente mayor, pero... Tenía miedo. A... A lo mejor te habías cansado de mí...

Ángel sintió que se derretía.

–No podría cansarme de ti –contestó, tranquilizador.

Ella no contestó. Pero a él le pareció sentir que suspiraba.

Se apartó para mirarla. Le acarició la carita con cuidado.

–¿Cómo estás? ¿Bien?

La niña asintió, mirándole a los ojos, muy seria.

–Preocupada por ti. ¿Qué te pasó? –Alargó la manita a su vez para rozarle una mejilla. Le tocó con tanto cuidado, que Ángel casi no sintió sus dedos en su piel.

–Tienes barbita. ¿Estás bien? –preguntó ella.

–Sí, es que... No me he acordado de afeitarme. –Ángel se puso en pie, tomó una mano de ella en la suya–. Ven, Fanny. Quiero presentarte a un amigo.

Se volvió hacia Santi. Casi esperaba verle a su colega una sonrisa bromista de oreja a oreja, o una ceja levantada, o alguna expresión de burla. Pero por el contrario, Santi estaba respetuosamente de pie a su lado, mirándole con un algo extraño en sus ojos.

¿Era admiración? ¿Ternura? ¿Qué estaba pensando?

Ángel no podía saberlo. Carraspeó y le dijo a la niña:

–Mira, cariño. Este es Santi. Es mi mejor amigo.

–Y él es como un hermano para mí –dijo Santi. Alargó la mano hacia la pequeña–. Encantado, Fanny. Ángel me ha hablado de ti.

Ella estrechó su mano con un poco de aprensión. Seguro que estaba intimidada por el aspecto del hombretón. Su manita blanca se perdía en la manaza morena de Santi.

–Encantada, Santi –dijo.

Se volvió hacia Ángel y se agarró a su mano con las dos suyas.

–¿Ha pasado algo?

–Ah... ¿Por qué no nos sentamos los tres en nuestro rincón y hablamos un ratito, pequeña?
–contestó Ángel–. Quiero contarte algunas cosas.

Fanny asintió, muy seria. No soltó su mano mientras caminaban de vuelta hacia el final del callejón.

¡Ángel estaba aquí, por fin, sentado a su lado! Con sus vaqueros rotos en las rodillas y una camiseta con las mangas arremangadas sobre los hombros. Con el flequillo sobre los ojos, barbita rubia y los ojos serios y tristes, como si le hubiera pasado algo terrible.

Con un amigo que Fanny no tenía idea de que existiera. Un hombretón alto y fornido, de esos a los que la ropa siempre parece quedarles estrecha en el pecho y los brazos. Un hippie con el pelo rizado, muy negro, con una camisa de flores de grandes cuellos, muy abierta, y con un collar de cuentas bajo la camisa. Un tipo raro que tenía una voz potente y miraba de un modo penetrante, pero que sin embargo no parecía intimidante en absoluto.

¿Este chico era el mejor amigo de Ángel? ¿Si no se parecían en nada!

Fanny estaba sentada en el suelo al lado de su amigo y le escuchaba atentamente, mientras el hombretón, sentado al otro lado de Ángel, miraba al cielo y a los bloques como si no los hubiera visto nunca, guardando un respetuoso silencio.

Ángel decía que su padre le había echado de casa. ¡Por las buenas! ¡A la tremenda! Después de saber esto, Fanny entendió que en verdad a su amigo le había ocurrido algo terrible.

–Y entonces... ¿El piano tuvo que quedarse en tu casa? –preguntó ella, sobrecogida.

El otro chico, el llamado Santi, bajó la vista hacia ella al oírla hablar, como sorprendido. No dijo nada. Ángel asintió.

–Claro. No podía llevármelo.

–Oh... ¡Ya no podrás tocarlo! Con lo que te gusta...

Santi miró ahora a Ángel con una leve sonrisita. Él no pareció darse cuenta.

–Bueno, no te preocupes –dijo–. En cuanto consiga ahorrar algo, me compraré una guitarra.

–Pero a ti lo que te gusta es el piano...

–Sí. Pero vale más caro, Fanny. Una guitarra de segunda mano es más fácil de conseguir.

–Ya...

–Cariño, ahora mismo lo único que importa es sobrevivir. Salir adelante. Lo comprendes, ¿verdad?

Ella asintió. Comprendía demasiado bien.

Santi le dio un codazo a su amigo en un brazo.

–Cuéntale ya la buena noticia, anda –dijo suavemente.

–¿Buena noticia? –repitió ella.

Se sentía de pronto ansiosa. ¿Iban a anunciarle que Ángel se había echado una novia nueva? ¿Era eso? Tenía que estar preparada para que no se le notara la decepción. Sí, le rompería el corazón, porque ella soñaba con que él la esperaría. Pero pensar esto era ser una niña muy egoísta. Si Ángel tenía novia, no debía pensar en ella, ni en cuando fuera mayor. Debía alegrarse por él. Era su amigo.

Ángel hizo un gesto de duda.

–Bueno, en realidad, aún no lo sabemos...

–¡Oh, sí lo sabemos!

–Pero...

–¡Venga, díselo! –Santi le dio otro codazo a su amigo.

Ángel hizo un gesto de desesperación.

–¡Está bien! Fanny, la buena noticia es que hemos pensado en independizarnos juntos. Vamos a alquilar un piso, ¿sabes?

–¡Eso no es la buena noticia! –protestó Santi–. Quiero decir, lo es. Pero...

–¿Quieres dejarme hablar?

Ahora fue Santi quien hizo un gesto de desesperación, como diciendo: “No sé qué voy a hacer contigo”. De nuevo se puso a mirar el cielo. Fanny no entendía nada de nada.

–Pues hemos pensado... –dijo Ángel.

–Tú has pensado, que quede claro. Y yo estoy de acuerdo y te sigo a donde tú digas. Pero la idea ha sido tuya. –Volvíó a interrumpir Santi.

Ángel le miró de modo penetrante desde debajo del flequillo, y Santi hizo señal de sellarse los labios con cremallera. Fanny se mordió los suyos para retener una risita. Empezaba a hacerle mucha gracia este hippie.

–Bueno, pues yo he pensado que podríamos venir a vivir aquí. A tu barrio –concluyó Ángel–. ¿Te gustaría?

Fanny abrió grandes ojos, maravillada. ¿Esa era la buena noticia? ¿De verdad?

–¡Oh! ¿En serio? –exclamó–. ¡Claro que me gustaría! ¡Sería maravilloso! ¡Podrías seguir

viniendo todas las tardes a nuestro rincón!

–Y no solo eso, pequeña –dijo Santi–. Tú también podrás venir a nuestra casa siempre que quieras.

–¿De verdad? Nunca he podido ir a casa de nadie... –Lo pensó mejor y añadió–: Solo a casa de la abuela de Andrea. Pero era un ratito pequeño, y no todos los días...

–Pues a la nuestra podrás venir todo el rato que quieras, y todos los días, si quieres. Será nuestra casa, para nosotros tres. ¿A que estaría bien? –dijo Santi.

Ángel miró a su amigo con cara extrañada, como si no se esperase esto. Fanny no supo cómo interpretarlo.

–¿De verdad no molestaré? –preguntó.

–¡Oh, seguro que no, cariño! –dijo Ángel, sin pensar–. Al contrario. Siempre será mejor estar sentados en un sofá que aquí, en el suelo, ¿verdad?

Por primera vez, ella sonrió. Sí, eso sería muy agradable.

–¿Y cuándo os vendréis a vivir?

–Todavía no lo sabemos. Hoy hemos conseguido algunos números de gente que alquila. Tenemos que llamar, y quedar para ver los pisos...

Ángel siguió hablando, contándole sus planes, y ella le escuchó solo a medias.

La idea de que este chico maravilloso se iba a venir a vivir a su mismo barrio le daba vueltas la cabeza. Era como un sueño. ¿Y decía que había sido idea suya? ¿Por qué?

Fanny no quería pensar que hubiera sido por su causa. Seguramente, no debía serlo. Ángel hablaba de que en los pueblos los pisos eran más baratos que en Sevilla. Ah, tal vez fuera por eso. Y también decía que a Santi le había gustado su barrio. Sería por esto otro también. ¿Lo ves? Nada que ver con Fanny. Pero bueno, no importaba. Ella era feliz de todas formas.

Unas horas más tarde, los dos muchachos se despedían de la niña y se dirigían a la parada del autobús.

Ángel estuvo todo el camino en silencio. Y de modo sorprendente, Santi tampoco dijo nada. Esto último era algo tan extraño, que en cuanto se dio cuenta, Ángel interrumpió sus cavilaciones y empezó a echarle miradas de reojo, por ver qué cara tenía y por tratar de adivinar qué estaría pensando. Pero le fue imposible sacar nada en claro de su expresión.

El autobús llegó y se montaron en él. Ángel sentía que empezaba a picarle la curiosidad. Santi no era hombre de llevarse tanto rato en silencio. Y le estaba poniendo nervioso. ¿A qué estaba esperando su amigo para reírse de él y llamarle sentimental por lo de la niña? ¿Se iba a reír, o no?

Y si no iba a reírse... ¿Por qué no?

Al fin, viendo que Santi seguía sin hablar, se dijo que iba a tocarle a él romper el hielo y preguntó:

–¿No dices nada?

Santi le miró. Se encogió de hombros.

–¿Qué quieres que diga?

Ángel también se encogió de hombros.

–Yo qué sé. Es muy raro que estés callado.

–No tengo nada que decir.

Ángel suspiró. No sabía si sentirse aliviado o decepcionado por esto.

–Solo una cosa –añadió de pronto Santi, alzando un índice.

–Ah, ya me parecía a mí...

–Tú has preguntado, chico. Si no quieres saberlo, no te lo digo.

–No, no, por favor. Ilumíname.

Santi le sonrió ampliamente.

–Pues me gusta tu “motivo importante”.

Ángel también sonrió con ternura.

–¿Verdad que es muy linda?

–¡Mucho! –Asintió su amigo.

–¡Pobrecita! Y sus padres le pegan, ¿puedes creerlo?

–Me he dado cuenta.

–¿Sí?

Santi asintió otra vez.

–Se nota –dijo simplemente.

Ángel no tenía idea de en qué se notaba, pero agradeció no tener que dar detalles. Consideraba las cosas de Fanny como un secreto que ella le había contado en confianza, y no

quería quebrar eso. Además, tampoco quería tener que hablar de palizas ni de padres...

–Me da pena –dijo–. Seguro que la he decepcionado porque ya no puede tener un amigo músico.

–¡Oh, no te preocupes por eso! –dijo Santi despreocupadamente, arrellanándose en su asiento–. Yo creo que a ella le da igual.

–¿Sí?

Santi volvió a asentir, muy seguro.

–¿Y por qué lo crees? –preguntó Ángel con curiosidad.

–Tío, se ve a kilómetros. Esa niña te adora. Le da lo mismo que seas músico, astronauta o cowboy. Te va a querer de todas formas.

Ángel parpadeó, sorprendido. Se preguntó cómo podía estar su amigo tan seguro. Pero no quiso decir nada.

Miró por la ventanilla. Fuera estaba oscureciendo rápidamente.

–Una vez que tengamos el piso, deberíamos ir a casa de tus viejos –dijo Santi, como pensando en voz alta–. Un día por la mañana, para no tropezarnos con tu padre. No creo que podamos llevarnos el piano entre los dos. Pero el resto de tu ropa, tus discos... Y tu equipo de música, tío, que es de los buenos. Eso no puede quedarse allí.

Ángel lo pensó un momento.

–No tengo ninguna gana de volver a mi casa, la verdad.

–Pues si no quieres, ya voy yo con el hermano de Gina. Pero vamos, lo ideal sería que vinieras, porque tú eres el que sabe dónde está todo.

–Sí, es verdad –murmuró Ángel, y volvió a mirar por la ventanilla, contrariado.

No le agradaba la idea. Pero a la vez entendía que era necesario. No tenía dinero para comprarse un guardarropa nuevo. Y lo del equipo de música dolía.

Durante unos minutos, ninguno de los dos dijo nada. Continuaron sumido cada uno en sus pensamientos.

De pronto, Santi le dio un golpecito en un hombro con el dorso de la mano.

–¿En qué piensas?

Ángel se encogió de hombros.

Santi le miró muy serio antes de decir, en tono confidencial:

–Dime la verdad. Te encantaría que tuviera veinte años. ¿A que sí?

Ángel le miró sin comprender.

–¿Quién?

–Tu motivo importante, hermano. ¿Quién va a ser?

–¡Oh! –Ángel volvió la vista, incómodo–. Tal vez. Pero no los tiene, así que...

Santi continuó mirándole, impasible.

–Eh, esa niña también crecerá.

Ángel se encogió de hombros.

–¿Y qué?

–Pues que se hará una mujercita. Entonces podrá ser mi cuñadita.

–Ya. Pero olvidas que el tiempo pasará para mí también. Cuando ella tenga veinte años, yo tendré treinta.

Ahora fue Santi quien preguntó:

–¿Y qué?

Ángel se encogió de hombros otra vez.

–Pues que sería muy feo, tío.

–¡Nah, feo! ¡Anda ya!

–¡En serio!

–¡Venga, hombre! ¿Tú, acomplejado por la edad? ¡Pero si eres un Don Juan! ¡Te llevas a todas las tías de calle, joder!

–Eso no es del todo...

–Te las llevas. –Santi le dio un toquecito con un índice en el hombro, como para dar énfasis –. Sin discusión. –Otro toquecito–. Y si te las llevas con veinte años, te las llevarás también con treinta. Y esa niña te adora, chico, no hay más que verlo.

–No. Es imposible, Santi.

Ahora su amigo le miró muy serio y casi preocupado.

–¿Por qué?

Ángel volvió a encogerse de hombros y se volvió definitivamente hacia la ventanilla.

No quería hablar sobre eso.

Pero Santi no se iba a conformar con esta respuesta. Aguardó durante unos instantes, y viendo que Ángel no decía nada más, insistió:

—Y si es imposible... ¿Por qué te quedas? ¿Por qué tanto interés por volver a este barrio, a dos pasos de tus viejos? Es por ella, tío, no lo niegues.

—Sí, es por ella. Pero no es lo que crees.

—¿Entonces...?

—Solo tiene once añitos, Santi. Y está solita en el mundo. Si yo me voy también... ¿Qué va a ser de ella? Yo tuve un piano, pero ella... Ella no tiene nada.

Santi se le quedó mirando. Poco a poco, sacó una sonrisa tierna.

—Eres tonto de remate —dijo—. Algún día te va a perder el corazón tan grande que tienes. Lo sabes, ¿verdad?

Ángel volvió la cara. Claro que lo sabía. Mierda.

Sintió que su amigo se cruzaba de brazos.

—Pues está muy bien, sí —dijo, en tono de conversación—. Me gustan tus motivos, me gusta el barrio, y me necesitas para que el corazón no se te desborde por las orejas de vez en cuando. —Le sonrió ampliamente—. ¿Llamamos mañana a los dueños de los pisos, o qué?

Capítulo 12

Seis meses más tarde, en febrero de 1985, Fanny llamaba una tarde a la puerta del piso de Ángel.

—¡Ah, hola, Fanny! Ven, pasa —exclamó Ángel en cuanto le abrió—. Te estaba esperando —añadió, cerrando de nuevo a su espalda con una amplia sonrisa.

La niña también sonrió. Le gustaba mucho venir a casa de su amigo. Se escapaba a verle todas las tardes. En casa decía que se iba a la calle a jugar, y de momento, que ella supiera, sus padres no sospechaban nada. En su opinión, a sus padres lo único que les interesaba era que ella no estuviera en casa a la hora de la siesta, y que tampoco entrara en casa de ninguna vecina. Y como Fanny no hacía ninguna de estas dos cosas, ella suponía que su secreto estaba a salvo.

Ángel y Santi habían elegido un piso en el bloque que estaba frente al suyo, un primero con dos habitaciones. Era pequeñito, pero parecía suficiente. Y sí, era cierto que era mucho mejor que tener que verse en el rincón de las ratas.

—Santi no está. Hoy ha empezado a trabajar en otra obra —explicó Ángel, caminando hacia el salón mientras ella le seguía—. ¿Has merendado ya? Esta mañana compré pan blanco. Está blandito y riquísimo. ¿Quieres un bocadillo? ¿Te preparo una tostada?

—No, no, gracias. He tomado galletas antes de venir.

—Como quieras. ¿A lo mejor más tarde?

—Vale.

Fanny se preguntó cómo lo haría Ángel para tener siempre alguna cosa rica en casa. Hoy era pan blanco. Otros días era algún pastelito, o palomitas, o refrescos... Parecía empeñado en darle caprichitos. Él decía que no tenía importancia, que compraba esas cosas porque le apetecía, y que cuando ella venía, se acordaba de que las tenía y se le ocurría compartirlas con ella. Pero ella no podía dejar de preguntarse a veces si no habría algún otro motivo. Le parecía mucha casualidad que siempre tuviera cosas que sabía que a ella le gustaban.

—Así que Santi está en otra obra... —comentó, con curiosidad.

—Sí. Empezó esta mañana. A ver qué nos cuenta cuando llegue. —Ángel se metió en su cuarto—. Ven, Fanny. Estoy deseando mostrártela. Mira lo que me he comprado.

Ella le siguió.

Desde el principio, los dos chicos habían insistido mucho en que podía andar por el piso como si fuera su casa, y eso incluía entrar en las habitaciones, si ella quería. Decían que ellos no tenían secretos, y que la consideraban de la familia. Entre ellos se llamaban “hermano” el uno al

otro, y parecían considerarla a ella la hermanita menor. Fanny se sentía muy agradecida. Este lugar era el único sitio en el mundo donde se sentía realmente a salvo.

El piso tenía una cocina junto a la entrada, un pasillito, y un salón cuadrado muy acogedor al que se abrían las dos habitaciones y el baño. Santi había reclamado para sí el cuarto más grande, alegando que para eso era el más alto, y Ángel tenía el otro, el de la derecha.

Era una habitación recogida y agradable. Tenía una camita pequeña a la izquierda, con una colcha de color verde claro, y una cómoda con el equipo de música y los discos a la derecha. Fanny se quedó impresionada la primera vez que vio esto último. Ángel tenía un equipo de música bastante bueno, sonaba maravillosamente. Y su colección de discos era espectacular. Tenía de todo, de todos los estilos y artistas.

Ángel le había contado a Fanny que lo pasó muy mal el día que fue a su casa a recoger sus cosas. Decía que se lo encontró todo revuelto, como de haberle registrado. Y que le faltaban la cámara de fotos y las botas militares. Él creía que su padre las había vendido. Y Santi añadía que era una suerte que ellos dos hubieran ido tan pronto a recoger el resto, porque si no, lo habría vendido también.

Fanny suponía que el padre de Ángel debía ser un tipo muy malo. ¿Qué padre vendía las cosas de su hijo? Agradecía que Ángel no le hubiera vuelto a ver, y que ya no tuviera que vivir con él nunca más. Y también que su amigo tuviera sus cosas, su ropa, sus discos, y el equipo de música. Ella disfrutaba muchísimo por las tardes escuchando un disco tras otro.

—Mira, la estaba terminando de afinar cuando tú has llegado. ¿Qué te parece? —preguntó Ángel, tomando una guitarra que había sobre su cama.

Era bastante normalita, una guitarra flamenca de color marrón claro, sin dibujos ni adornos. La niña la miró sin comprender.

—¿Una guitarra? —preguntó.

—¡Sí! —Ángel parecía muy ilusionado. Sonreía, e hizo intención de tocar, así de broma—. ¡Me la he comprado, por fin! Es de segunda mano, pero está muy bien, ¿ves? —Le mostró las cuerdas, el cuello...—. Parece nueva. Creo que me servirá.

—¿Para qué?

—Para tocarla en la calle, ¿no te acuerdas?

—Oh... Pensé que habías cambiado de idea. Como empezaste a trabajar de repartidor...

—Pero aquello fue solo un contrato pequeño de tres meses, Fanny. Se acabó, y ya no me han llamado más.

—Ah.

—Además, yo soy músico. No quiero trabajar de ninguna otra cosa.

–Pero en la calle...

–¿Qué? ¿No te gusta?

–No sé... Me da miedo. Con lluvia, con viento, con frío... ¿Y si te resfrías?

–Estoy canijo, Fanny, pero no soy tan enclenque. Estaré bien.

Sin más, se sentó en la cama, con la guitarra sobre su regazo, y empezó a pulsar cuerdas y a girar manijas.

–¿Y dónde tocarás? ¿Lo has pensado ya?

–Tendría que ir a Sevilla, claro, alguna calle del centro. Es por donde pasan los turistas, que son los que más dinero dejan. Ya he estado mirando y preguntando a otros músicos que tocan por allí. Un colega que es violinista me ha dicho que me deja su sitio por las tardes, en la calle Sierpes. He tenido mucha suerte. Normalmente, hay que competir por los sitios, no todo el mundo es tan generoso.

Fanny vino a sentarse también a los pies de la cama, mirando a su amigo, preocupada. No se lo imaginaba tocando la guitarra en la calle, la verdad. ¿Eso no lo hacía solo la gente pobre y miserable? Al menos, eso decía su padre cada vez que veía a un músico callejero. Pero Ángel no era tan pobre. Y desde luego, no era un miserable. ¿Por qué se empeñaba en esto?

–Pero... Tú eres pianista –objetó.

–Ya –dijo Ángel, encogiéndose de hombros, abstraído con lo suyo.

–¿Por qué has comprado una guitarra? Si quieres practicar, ¿no sería mejor un piano?

El muchacho se rió.

–Los pianos valen muy caros, Fanny.

–Bueno, pues un teclado. Yo tengo uno pequeño, de juguete. Pero uno de esos grandes... ¿Eso también vale caro?

Él se encogió de hombros otra vez.

–Depende. Del tamaño, la marca, si es nuevo o no, las prestaciones que tenga... Es complicado.

–Pero si los hay baratos, ¿no te habría venido mejor uno de esos?

–No. Para tocar en la calle no viene bien. Primero porque tienes que enchufarlo a algún sitio. Y luego porque parecería que iba a hacer el número de la cabra. –Se rió de su propia broma–. Y sería muy engorroso. ¿Te imaginas, tener que montar en el autobús todos los días el órgano, la cabra y la escalera? ¿Y dónde consigo yo una cabra, a ver?

Se rió suavemente su propia broma, sacudiendo la cabeza, como si le hubiera parecido una idea disparatada, y volvió a dar punteos a las cuerdas de la guitarra.

Fanny en cambio no se reía. Sentía una pena inmensa. Su amigo sabía muchísimo de música. Si hubiera podido continuar la carrera, pronto sería pianista profesional, y a saber después dónde le contratarían. En una orquesta filarmónica, por lo menos. Ahora en cambio, se las iba a ver como músico callejero. Era tremendamente injusto.

—No sé, Ángel. Me da mucha pena. Con lo que tú vales...

—A la gente no le importa lo que uno valga, pequeñita —contestó él, ya serio, sin mirarla.

—Sí que importa, pero para eso tienen que verlo. Y para que la gente pueda ver lo que vales, tienes que mostrárselo.

Ángel sacudió la cabeza otra vez.

—Es imposible, cariño. No tengo modo de ponerme a tocar el piano en la calle.

Ella le miró tristemente.

—Claro que para poder mostrarlo, primero tienes que ver tú mismo cuánto vales. Y no puedes.

Ahora él sí levantó la cabeza. La miró sin comprender.

—¿De qué estás hablando?

—¿No te acuerdas? La mariposa. Me dijiste que no podía ver sus propias alas. A ti te pasa lo mismo.

Él se quedó mirándola, parpadeando con toda la cara de no tener ni idea de qué iba la cosa. Al fin, contestó:

—Fanny, esto no tiene nada que ver conmigo. No tengo piano. Y si quiero seguir viviendo de la música, necesito un instrumento que sea fácil de transportar. Esto es lo más barato que he encontrado.

—¿Y por qué no has ahorrado durante un poco más de tiempo? A lo mejor, con otros trabajos así, como estos que has tenido de repartidor y demás, consigues comprar un piano.

—¿Y qué? Aunque lo consiguiera, no puedo...

—A lo mejor, poquito a poco, consigues acabar la carrera.

Él negó con la cabeza.

—Cariño, a veces hay que aprender a renunciar a los sueños. Yo... Entiendo que es difícil. Para mí también lo es. Pero la vida no te deja otra elección.

–¿La vida lo hace para que renuncies? ¿O para que pelees más?

–La vida no es una persona. La vida no entiende...

–Es que yo creo que lo hace para que pelees más, Ángel. Es lo que me digo a mí misma. Si no, nada de esto tiene sentido. ¿Y para qué seguir aquí?

Ángel pareció sorprendido por esta pregunta. Lo pensó un momento, mirándola muy serio ahora, una de sus miradas penetrantes que parecían que podía leerle la mente.

–Seguimos aquí porque hay que seguir –dijo, en voz baja, pero decidida.

–¿Por qué hay que seguir? –preguntó la niña, angustiada e impotente.

Para ella el mundo era un sitio muy oscuro y aterrador. Sus padres no la querían, y lo demostraban. No tenía amigos, porque su padre no lo permitía. Decía que ella no los necesitaba. Los otros niños parecían olerlo y le hacían el cerco. Y en el colegio, los profesores parecían creer que era retrasada.

Fanny no tenía presente ni futuro. Solo sabía que había que sobrevivir. Pero muchas veces se preguntaba por qué. ¿Por qué y para qué?

–Porque... –El muchacho sacudió la cabeza otra vez–. No lo sé, Fanny. Supongo que... Por las personas que queremos.

Ella se le quedó mirando, pensativa. En eso tenía razón. Ella le adoraba. Tener a Ángel era la única ilusión que había en su vida. Por él sí merecía la pena estar aquí. De hecho, muchas veces deseaba poder crecer rápido, para poder hacerse mayor en seguida y ser su novia. Si hubiera una fórmula mágica para hacerla amanecer mañana hecha una mujer, Fanny la tomaría encantada. Por Ángel haría cualquier cosa.

Asintió y murmuró:

–Sí. Es verdad. Perdona.

Se dio cuenta de que él había bajado la cabeza y que parecía abstraído, y se arrepintió de haber sido tan sincera. El pobre le había mostrado su guitarra con toda la ilusión, y la reacción de ella le había decepcionado. Había sido una egoísta.

–Lo siento, Ángel. No quería ponerte triste. Tu guitarra es preciosa.

No lo era. Era vulgar. A Ángel le pegaba una guitarra bonita, nueva, brillante y con adornos. Y con una correa de cuero con flecos. Y le pegaba tener un piano blanco en un salón grande y luminoso, y no...

Y no nada de esto.

Fanny deseó poder hacer magia y poder darle todo esto a su amigo. Se sentía muy pequeña y muy impotente. Pero bueno, ya que no podía, al menos, podría darle apoyo. Al menos eso.

Él la miró desde debajo del flequillo, esperanzado.

—¿De verdad te gusta?

Ella asintió.

—¿Tocarás alguna canción para que yo te escuche? No hace falta que sea hoy.

—¡Oh, pues claro que tocaré para ti, pequeñita! A ver...

Él empezó a buscar el tono de una canción que sabía que a ella le gustaba mucho. En un momento, estaba tocando con entusiasmo, tarareando en voz baja, mirándola y sonriendo. La conversación de antes parecía ser ya cosa del pasado.

Ella sentía ganas de llorar. Aunque por supuesto, se las guardó dentro. No quería volver a disgustarle. Pobrecito, con lo bueno que era...

Horas más tarde, en cuanto se quedó sola en su cuarto durante un instante, sacó su cuaderno de donde lo tenía escondido, tomó un bolígrafo, y escribió a toda prisa: “Seguiré viva por ti, Ángel. Porque te quiero. Para que al menos, una persona pueda seguir viendo tus doradas alas de luz. No te haces una idea de lo preciosas que son. A lo mejor, si te quiero lo suficiente, algún día consigo que las veas tú también”.

Sintió la vista nublada de lágrimas. No podía seguir. Y tampoco podía arriesgarse a que su hermana entrara en el cuarto y la descubriera. Se lo diría a sus padres. Descubrirían que escribía. Le quitarían el cuaderno...

De modo que lo guardó todo y se pasó las manos por los ojos.

Desde aquel día, nunca más volvió a escribir ningún diario. Empezó a dedicar el tiempo que estaba con Ángel a disfrutar de su compañía y nada más. Le parecía más importante que nada. Porque para ella, Ángel era más importante que nada.

Por su parte, Ángel se fue a dormir aquella noche sintiéndose vagamente inquieto. La conversación con Fanny le había dado que pensar.

Santi decía que esa niña le quería con locura, y ella lo demostraba constantemente. Ángel sería un iluso si se negara a aceptar esto. Esta tarde, por ejemplo, lo que dijo Fanny sobre las alas y la mariposa, a él le había parecido adorable y casi tierno.

Pero no había sido eso lo que le había preocupado.

Habían sido dos cosas. En primer lugar, la insistencia de ella con el piano y la carrera.

A ver, Ángel sabía que a Fanny le hacía mucha ilusión tener un amigo pianista, pero... ¿Tanta?

A él no le había parecido que ella lo dijera por su propio interés. Fanny había parecido

preocupada de veras por su salud y su futuro. Vaya, Fanny quería que Ángel estudiara por él, no por ella. Porque sabía lo importante que era su carrera para él, y quería verle feliz.

Y Ángel también quería seguir estudiando, ¡pero no podía! El dinero no le alcanzaba. ¿Tan difícil era esto de entender para Fanny?

Ella decía que se comprara un piano de esos electrónicos. Y sí, tal vez con el tiempo, Ángel podría llegar a comprar uno. Pero a saber cuándo sería, y a saber si para entonces todavía se acordaba de cómo tocarlo...

Parte de él se dijo que a lo mejor trabajando de día y estudiando por las noches, con esfuerzo y con ganas, podría acabar la carrera. Aunque fuera a asignatura por año. Pero en ese plan, ¡podría llevarle años terminarla!

Además, no podía ser. Si Ángel terminaba la carrera, tendría que buscar trabajo como pianista. Y a lo mejor eso conllevaba tener que mudarse a otra ciudad, e incluso otro país... ¿Y qué sería de Fanny?

Esto era lo segundo que a él le había preocupado. Solo había sido una impresión suya, desde luego. Pero, ¿por qué había preguntado Fanny aquello de “para qué seguir aquí”?

Cielos, Ángel había sentido escalofríos.

Fanny solo tenía once años. Era demasiado joven como para pensar en esto, ¿verdad? ¿A qué edad podía uno empezar a plantearse esas cosas? Y ¿por qué iba a pensarlo ella, si tenía toda la vida por delante?

Ángel no tenía idea. Pero le había dado miedo.

Él la quería muchísimo. No iba a consentir que su pequeña mariposa tuviera ese tipo de pensamientos. Él estaría aquí para ella, la vería crecer, hacerse mayor, casarse...

Para Ángel en este momento, sus prioridades estaban claras. La primera y la más importante, era encontrar él el modo de sobrevivir. La segunda era ver a Fanny crecer hasta que pudiera salir por sí misma de la tiranía que era la casa de sus padres. Todo lo demás para él era secundario.

Santi decía que Ángel tenía el corazón demasiado grande, pero en su opinión, no se trataba de eso. Era simplemente, que sabía que Fanny no tenía a nadie. Y él sabía lo que se sentía. Lo había vivido.

Y además, su carrera no era más que un sueño. A lo mejor, había llegado la hora de que Ángel creciera y dejara sus sueños donde debían estar. Atrás, en la casa de sus padres. En el lugar donde había quedado su piano. Su vida.

Ahora tenía otra vida. No quería volver a pensar en la anterior. Nunca más.

Capítulo 13

Una tarde de viernes de primeros del año 1993, Ángel recogía su guitarra y la metía cuidadosamente en su funda para volver a casa, cuando escuchó una voz a su espalda.

—¡Ángel, qué bonito!

Se volvió. Se vio venir a Tony el Mimo, muy sonriente, con la cara limpia de maquillaje y el disfraz de payaso convenientemente disimulado bajo una chaqueta vaquera.

—¿Qué es bonito? —preguntó Ángel, colgándose su guitarra a la espalda.

—¿Qué va a ser? La versión que has hecho de “Asturias”, de Albéniz —contestó Tony, reuniéndose con él.

Traía una pequeña caja de madera debajo del brazo y una bolsa de plástico en la otra mano, que seguramente debía contener los zapatos, el pantalón del disfraz y la peluca.

Tony y Ángel trabajaban en la misma calle. Todos los días regresaban juntos a la estación, donde cada uno tomaba el autobús hacia sus respectivos pueblos.

—¿La has oído? ¿Sí? —preguntó Ángel, sorprendido.

—Se te oye en media calle, chico. Nos alegras las tardes, ¿lo sabías?

Los primeros años habían sido muy difíciles para Ángel. Su idea de tocar en la calle para vivir había parecido más factible en su mente que en la realidad, y había tardado en cuajar. Se llevó meses que apenas ganaba lo justo para pagar los autobuses. Y cuando menos lo esperaba, otros músicos le usurpaban el sitio y tenía que irse de donde fuera a buscar otro. Había pasado años vagando por las distintas calles del centro, probando en distintos sitios, alternando esto con pequeños contratos como repartidor y mozo de almacén. Hasta que un día, justo cuando ya iba a tirar la toalla, conoció a Tony.

Tony fue quien le sugirió la idea de tocar lo que más le gustaba, no lo que él pensaba que podría gustarle a la gente, que era lo que Ángel había estado haciendo hasta ese momento. El problema era que la música que le gustaba a Ángel era la clásica. Y él pensaba que no tenía el suficiente dominio de la guitarra como para atreverse con esa clase de obras. Hizo falta todo el poder de convicción de Santi, de su novia Gina, y el de Fanny juntos para que Ángel se decidiera a intentarlo.

Eso y la confianza que Tony depositó en él, al adjudicarle un sitio fijo, justo en el centro de la calle.

Fue muy duro, desde luego. Ángel pasó muchas horas ensayando, buscando partituras y mejorando su destreza con las cuerdas. Le salieron callos en los dedos de tanto practicar. Pero el

esfuerzo había merecido la pena.

Desde que empezó a hacer caso a Tony, hacía dos años, su suerte había cambiado radicalmente. Ahora se consideraba a sí mismo un músico callejero consagrado. Tenía un repertorio bastante extenso, y lo más importante: lo ganaba muy bien.

–Te estás atreviendo con obras cada vez más difíciles. Lo he notado –observó Tony, mientras ambos se dirigían caminando hacia la estación.

Las tiendas iban cerrando una tras otra y la gente se apresuraba por las calles, como si a todo el mundo le urgiera regresar a casa.

–Me alegro de verdad –continuó el mimo–. Eres un buen músico, Ángel.

–Sabes que nunca habría dado el paso de no ser por ti.

Tony hizo un gesto bromista, como de quitarle importancia a esto, y murmuró un “bah” despreocupado.

–¿De dónde sacas las partituras? –preguntó con interés.

–Algunas las tenía ya. Otras me las consigue Felipe.

–Ah, es un buen chico. –Tony asintió–. Pero no le ilusiones, pobrecillo. Sospecho que está enamorado de ti.

Ángel se rió.

–¡Venga ya!

Había seis chicos trabajando en la misma calle, en distintos puntos. Todos rondaban entre los veinte y los veinticinco años, salvo ellos dos, que tenían treinta.

Ángel se había dado cuenta desde el principio que los cuatro más jóvenes tenían una deferencia especial con Tony, como si fuera el jefe de todos ellos. Él suponía que podía deberse al hecho de que Tony tenía la carrera de arte dramático terminada desde hacía años. Además, era maduro y responsable, lo cual debía infundir algún respeto en el resto de los chicos.

Por su parte, Ángel le admiraba mucho. Y no solo porque se sentía en cierta medida en deuda con él, sino también porque su trabajo le parecía realmente difícil. Ángel opinaba que hacía falta tener mucha paciencia y mucha disciplina para poder hacer lo que hacía Tony.

El trabajo del mimo consistía en disfrazarse de distintas cosas. A veces, de estatua, otras de payaso como hoy, o de muñeco de esos de las cajas de música... Venía vestido de calle, se cambiaba en uno de los bares del lugar, y luego se ponía en una esquina, con la caja de madera delante de él.

Se quedaba allí de una sola postura, sin moverse ni apenas parpadear, hasta que alguien dejaba una moneda en la caja. Entonces hacía una pequeña danza, saludaba a la persona que había

puesto el dinero, y se quedaba inmóvil otra vez hasta que volvían a dejar otra moneda, que hacía otra danza distinta. A veces podían pasar muchos minutos entre moneda y moneda.

Ángel se sentía incapaz de hacer algo como esto, por mucho dinero que ganara. Tal vez porque lo suyo era la música.

Otros de los chicos de aquella calle también eran músicos. Roberto y Julio tocaban la flauta, y Felipe el violín. Elías en cambio, hacía malabarismos con mazas de madera y pelotas de goma.

A veces Ángel pensaba que eran un conjunto de tíos extraños. Artistas, bohemios, sin pasado ni futuro. Pero todos se sentían felices por poder ganarse la vida haciendo lo que les gustaba. Además, parecía haber un algo intangible entre ellos, un compañerismo y una lealtad que Ángel no había conocido antes, ni siquiera en sus tiempos de estudiante.

En verdad, él se sentía agradecido de haber podido conocerles. Sentía que había encontrado su sitio.

—¿En serio! —decía Tony—. Felipe es gay, ¿lo sabías?

—No —contestó Ángel, con toda sinceridad.

—Pues sí. Claro que él lo disimula muy bien. Quiero decir, que no es afeminado, ¿verdad?

—No. Pero, ¿está en el armario, o...?

—¡Qué va! Yo lo sé porque me lo dijo él. Poco después de incorporarte tú a la pandilla, por cierto. El pobre acababa de romper con su chico y estaba hecho una pena.

—Vaya.

—Pero curiosamente, desde que te conoció a ti, empecé a verlo mejor...

—¡Oh, vamos!

—¿De verdad! ¿No te ha dicho nada? ¿En serio? ¿Después de dos años?

—Pues no. Se habrá dado cuenta de que me gustan las mujeres.

—Ah, será por eso. —Tony le dio una palmada en la espalda—. ¿Nos vemos mañana?

Habían llegado ya a la estación, al lugar donde se separaban todos los días, frente a las taquillas. Ángel asintió y le devolvió la palmadita en un hombro.

—Hasta mañana, Tony.

Al día siguiente era sábado, pero los chicos trabajaban. Nadie les había puesto un horario ni unas normas, pero de forma tácita, todos seguían el ejemplo de Tony, que para algo era el más experimentado. Y él tenía “horario comercial”, como él decía. Trabajaba de lunes a sábado, durante las mismas horas que estaban abiertas las tiendas y los bares del centro. En verdad, era la

forma más segura de tener ingresos, porque a esas horas siempre había gente por la calle.

Una vez solo, Ángel fue a la taquilla para sacar su billete y bajó al andén. Aún faltaban algunos minutos para que saliera el autobús. Se preguntó si vería alguna cara conocida.

Santi y él no tardaron nada en hacerse a su nuevo piso y a su barrio. Y la gente a ellos. Les llamaban “los hippies” de modo casi cariñoso, algo que a Ángel le hacía mucha gracia, porque él no se consideraba a sí mismo hippie en absoluto. Pero imaginaba que tal vez se debía a la presencia de Gina, la novia de Santi. Algunas vecinas le habían dado a entender, en conversaciones de descansillo, que creían que los tres vivían en plan comuna o algo así.

Gina llevaba seis años viviendo con ellos. Era una chica amable y callada, que usaba vestidos de flores y collares de cuentas. Una de esas que parecía tener el símbolo de “paz y amor” escrito en la frente. Pintaba cuadros y fabricaba abalorios y cositas de cerámica, que cocía en un horno de alfarero que conocía, y que luego vendía por las casas.

Podría parecer que lo que ella hacía era poca cosa, pero sin embargo, lo ganaba muy bien. A veces, mejor que ellos dos. Sus ingresos le daban un empujón considerable a la economía del piso, y eso era muy de agradecer. Y además, desde que estaba ella, Santi estaba más pendiente del orden y de la limpieza. Y nunca faltaban flores sobre la mesa, ni pequeñas macetas de cactus encima de la tele.

—¡Vaya! ¡Mira quién viene por aquí! —exclamó una voz potente en cuanto Ángel llegó al andén.

Sonrió. Reconocería esa voz en medio de cualquier multitud.

—¿Qué tal, hermano? —contestó, mientras Santi le daba un abrazo de los suyos.

Su amigo estaba más fornido, más moreno, un poco más gordo también, y tenía entradas en las sienes. Pero seguía siendo el mismo de siempre en todo lo demás.

Santi le palmeó las espaldas con ambas manos, y Ángel se sonrió un poco más. Le estaba llenando la chaqueta de cuero de polvo de la obra. Pero Santi nunca reparaba en esas cosas.

—De recogida por fin, tío. —Santi le alborotó afectuosamente el pelo, y Ángel se apartó, ahora con una risita.

—¿Quieres dejar de despeinarme?

—Si no lo hago yo, ¿quién lo hará, m? —Fue la razonable respuesta de su amigo.

Ángel se rió otra vez.

—¿Qué tal el día? —preguntó—. ¿Todo bien?

—Hecho polvo, tío. ¿No se nota? —bromeó Santi, golpeándose la ropa con ambas manos, y creando una nube de polvo blanco a su alrededor.

Ángel volvió la cara y tosió, medio en broma.

–¿Muy cansado? ¿Sí? –dijo.

–Pues sí. Deseando darme una ducha y acurrucarme con mi mujercita en el sofá. ¿Y tú qué? ¿Bien?

–Muy bien.

Santi sacó un paquete de tabaco y le ofreció un cigarro. Cada uno tomó uno, los prendieron, y tomaron un par de caladas en silencio. Fue Ángel quien preguntó:

–¿Trabajas mañana?

–No. El lunes.

–¿Y cómo ves el tema?

–Bastante bien. Esta obra puede durar por lo menos, una semana.

–Ah, buena noticia, ¿no?

–M-m.

Santi llevaba ya nueve años trabajando como aprendiz con albañiles, pintores y fontaneros. No eran trabajos largos, y nunca tenía contrato, porque lo que hacían eran pequeñas obras y chapuzas. Pero ganaba lo suficiente.

Con el paso de los años, se había hecho con una extensa red de conocidos. Aunque no era del oficio, sus jefes le apreciaban por su carácter alegre, sociable y trabajador. Le llamaban con cierta frecuencia, así que no solían faltarle los ingresos.

–¿Crees que Fanny vendrá esta tarde a casa? –preguntó Santi.

Ángel hizo un gesto de duda.

–No lo sé. No siempre puede escaparse los viernes. ¿Por qué?

–Estaba pensando en invitarla para que venga el domingo. Podríamos alquilar una película, tú sabes.

El pasatiempo favorito de Santi y Gina los domingos era alquilar una película o varias y pasar la tarde ante la televisión, tomando palomitas. A veces Ángel les acompañaba. Y excepcionalmente, también Fanny. Pero no todas las veces que a ellos les gustaría.

–No sé si podrá, Santi –dijo Ángel, ya serio–. Su viejo la tiene muy vigilada. Sabe que no tiene amigas. No se me ocurre qué excusa podría decirle para que la deje salir el domingo.

–Seguro que a ella sí se le ocurre algo.

Ángel hizo otro gesto de duda.

–No sé –repitió.

La relación entre Fanny y su padre, Carlos, seguía siendo nefasta. El padre seguía pegándole a la primera de cambio. La había obligado a estudiar algo que ella no quería hacer, y seguía siendo muy exigente con sus notas, aunque Fanny ya no estudiaba tanto como cuando era niña. En el último año, ella había hecho varios intentos de empezar a trabajar, pero hasta ahora su padre no lo había consentido.

También seguía sin consentir que tuviera amigas, por lo que Fanny no salía con gente de su edad. Y nunca había tenido novio, por lo menos, que Ángel supiera.

–Yo confío en ella –dijo Santi, muy seguro–. Eh, lleva nueve años viniendo a casa casi todos los días. ¡Nueve años, tío! ¡Y sus viejos no lo saben! ¡Eso es arte, joder!

–O buena suerte –dijo Ángel, soplando el humo al cielo–. Pero ni el arte ni la buena suerte duran para siempre, chico.

Fanny no lo decía. Pero él sabía que ella seguía adorándole a él tanto como cuando era niña. Y por su parte, Ángel había conseguido convertirse con los años en lo que él siempre quiso ser: su confidente. Su refugio.

Ángel sabía que Fanny solo le tenía a él, y al pequeño remanso de paz que eran su cuarto y su piso. Si bien notaba que ella apreciaba a Santi y a Gina, y ellos a ella a su vez, también se daba cuenta de que no había llegado a tener con ellos la misma confianza que tenía con él. Y Ángel lo comprendía, porque Fanny y él tenían un carácter muy parecido.

Para él Fanny seguía siendo su pequeña mariposa, su princesa. La quería más que a nada. Y no le daba vergüenza demostrarlo. Sabía que ella lo tomaba como lo que era: un amor puro, limpio y sincero, y nada más.

El mismo que él imaginaba que ella debía sentir por él.

–¡Vaya por Dios! Hablando del rey de Roma –murmuró Santi de pronto.

Le dio un golpecito en un brazo a su amigo con el dorso de la mano, añadiendo:

–¿Ese es quien yo creo que es? ¿El Suegro?

Ángel se volvió. Miró con disimulo en la dirección en la que miraba su colega.

Sí. El padre de Fanny acababa de llegar a la cola de personas que esperaban en el andén. Ángel frunció el ceño. Volvió la cara.

–Sí –contestó en voz baja, arrojando la colilla al suelo y pisándola con un pie.

–¡Qué cara tiene, chico! Parece un perro rabioso –dijo Santi en voz baja, tirando su propia colilla.

Ángel miró a Carlos otra vez con el rabillo del ojo.

Le conocía de vista desde hacía años, de cruzárselo por el barrio y en el autobús. Pero nunca había tenido la ocasión de hablar con él.

El tiempo parecía no pasar por Carlos. Seguía teniendo el mismo aspecto, año tras años, con los mismos mechones blancos en las sienes, y los mismos ojos grises, agudos y penetrantes, bajo un ceño fruncido de modo casi permanente.

—Sí —contestó, distraído—. No sé cómo puede soportarlo Fanny. Es un tirano.

Personalmente, no le caía bien ese tío. Le parecía que era un cobarde, por abusar de su fuerza y pegarle a una chica frágil e indefensa. No veía el momento de que Fanny pudiera independizarse al fin y perderle de vista, igual que él había perdido de vista a sus propios viejos cuando su padre le echó.

—Desde luego, no se parecen en nada. Cuesta pensar que son familia, ¿verdad? Con lo linda que es ella... —dijo Santi.

—Shh... Puede oírte —interrumpió Ángel.

Empezaba a sentirse ansioso. Le ocurría siempre que se topaba con Carlos. Además, Santi tenía un vozarrón. Y el otro hombre estaba solo cuatro personas por detrás de ellos en la cola.

Su amigo pareció comprender, porque apretó los labios con fuerza un instante, antes de preguntar, en tono de conversación:

—¿Y qué? ¿Vas a salir esta noche?

—M-m —contestó Ángel—. En cuanto Fanny se marche. Si viene, claro. ¿Por qué?

Santi se encogió de hombros.

—¿Cuándo vas a hablar con ella sobre eso?

—¿Sobre qué?

—Sobre tu vida sentimental. —Santi soltó una risita—. O como quieras llamarlo.

—Nah, no tengo de eso.

—Dijo mi amigo, el ligón. —Ahora Santi enarcó una ceja.

Ángel hizo una mueca.

—Solo son rollos de una noche, y las chicas lo saben. Eso no es tener una vida sentimental.

—¿Entonces qué es?

Ángel se encogió de hombros.

—¿Pasarlo bien?

Su amigo se echó a reír.

El autobús estaba abriendo sus puertas. La gente empezó a subir, y la conversación entre los dos amigos se interrumpió hasta que estuvieron sentados y el vehículo se puso en marcha.

Ángel se fijó en que Carlos se instaló bastante por detrás de ellos, en un sitio junto a la puerta trasera. Estaba solo.

—Estoy deseando perderlo de vista —murmuró.

—¿A quién? ¿Al Suegro? —Santi se volvió también para echarle una ojeada fugaz por encima de su hombro—. Pero si está lejos, hombre. No puede oírnos.

—Por si acaso.

—Si ni siquiera nos conoce.

—Ni yo quiero que lo haga.

—Pues alguna vez tendrá que ser, ¿no?

—¿Por qué?

—No sé. Ya sabes lo que opino yo de todo esto.

Ángel resopló.

Santi tenía la descabellada idea de que Ángel estaba prendado de Fanny desde que la conoció, y de que por eso nunca había vuelto a echarse novia. Decía que se estaba limitando a entretenerse con unas y con otras, mientras dejaba pasar el tiempo hasta que Fanny creciera. De hecho, por le había asignado a Carlos el apodo de “el Suegro”. Decía que era para que Ángel se fuera acostumbrando.

A él le daba una rabia tremenda oírle decir eso.

—Tío, se me cae la boca de decirte... —comenzó.

—Ya, ya. Que no eres un pervertido ni un inmoral. Pero cada fin de semana te lías con una tía distinta.

—¡Es diferente! Esas chicas tienen nuestra edad, y ellas se lían conmigo porque quieren. No...

—Fanny también estaría encantada de liarse contigo si pudiera.

Ángel sintió una oleada de pánico. Echó un vistazo atrás.

–¿Quieres callarte? ¡Te va a oír! –exclamó, en voz baja, horrorizado.

–¡Te digo que está muy lejos! –cuchicheó Santi.

–¡Fanny no puede querer liarse conmigo, tío!

–¿Y por qué no? ¿Acaso no es mujer?

–¿Y qué? Nuestra relación sigue siendo la misma.

–¿Sí? –Santi volvió a levantar una ceja, incrédulo.

–¡Sí! –afirmó Ángel, muy seguro–. Es un cariño platónico y nada más, Santi. ¡Como debe ser!

–Ya. Por eso viene a verte con esa ropita tan apretada y esos escotes.

–Fanny siempre viste así. No lo hace por mí.

–Viste así desde los quince años. Y sí. Lo hace por ti.

Ángel resopló otra vez. Este tío era imposible.

Fanny había cumplido unos preciosos veinte años hacía pocas semanas. Y había crecido, desde luego. Aunque seguía siendo más bajita que Ángel, y también seguía siendo delgada y de aspecto delicado. Tenía una larga cabellera rizada y rojiza, que Ángel pensaba que le iba muy bien a su carita de muñeca. Claro que, como era natural, ya tenía rasgos de adulta, era una mujercita. Y también había cambiado en cuanto a gustos y carácter. Se había vuelto menos tímida en general, y más rebelde y decidida.

Como decía Santi, a los quince años, Fanny empezó a vestir de negro. Al principio, solo eran tejanos y alguna camiseta de vez en cuando. Ahora en cambio ese era su aspecto habitual: pantalones ajustados negros, botas de tacón también negras, y camisetas muy ceñidas del mismo color. El conjunto le marcaba las curvas y le hacía un tipo precioso. Aunque también le hacía mucho contraste con su piel tan blanca, y le hacía parecer aún más delgada y frágil.

Pero vamos, Ángel sabía que nada en el aspecto de Fanny era por su causa. La chica estaba en la edad de querer ser rebelde y de llamar la atención. Y con el padre que tenía, él opinaba que tenía buenos motivos para ambas cosas.

–No voy a discutir otra vez sobre eso –dijo.

–Como quieras. Sigue en la inopia. Si eso te hace feliz... –Santi se encogió de hombros–. Lo que no entiendo es por qué no le cuentas nada de... ¿Cómo has dicho que quieres llamar a tu vida sentimental?

–He dicho que no tengo de eso.

–¿Entonces qué tienes?

–Libertad.

–Y sexo todos los fines de semana.

–¿Qué quieres? ¿Acaso debo hacer voto de castidad por el hecho de no tener novia?

–¡Oh, qué tonto! ¡Claro que no!

–Pues en paz.

–Sí. Si por mí no hay problema. Pero, ¿por qué no hablas de ello con Fanny?

–¿Qué quieres que hable, a ver?

–¡Yo qué sé! Que le cuentes a qué dedicas el tiempo libre, ¿no? ¿O acaso ella lo sabe?

–No. –Ángel lo pensó un momento–. Bueno, yo no he dicho nada. Pero supongo que se lo imagina.

–¡Exacto! Volvemos al principio. ¿Por qué no quieres que ella lo sepa?

–¡Porque a ella no le importa!

–¡Oh, yo creo que sí!

–Santi, por favor, no seas así. ¿Para qué le va a interesar a una niña de veinte años la vida sexual de un tío de treinta?

–Mujer de veinte y tío de treinta, hermano. Hablemos con propiedad.

–No sé a dónde quieres ir a parar.

–¿No? Yo creo que sí. –Santi le miró con una sonrisita sabihonda.

Ángel volvió la cara hacia la ventanilla. Ya no hablaron más hasta que llegaron al barrio.

Buscó a Carlos en cuanto se bajaron del autobús. Reparó en que debía haberse bajado antes que ellos, y por la puerta trasera, porque cuando le vio, ya estaba cruzando la avenida en dirección a los pisos.

Siguió su espalda con la vista mientras el otro hombre cruzaba caminando muy erguido y empezaba a subir la cuestecita hacia su calle. Carlos no parecía haberles visto ni haber oído nada de su conversación, y era mejor así. Ángel no quería tener que hablar con él en su vida. No sabía muy bien qué tipo de conversación podrían llegar a tener los dos.

Capítulo 14

Aquella misma tarde, en la habitación de Ángel, Fanny levantaba la cabeza del aburrido libro de contabilidad que tenía en las manos.

Estaba sentada como un indio a los pies de la cama, y Ángel estaba en postura similar frente a ella, ocupado con su guitarra. Decía que esta tarde una de las cuerdas había sonado diferente, y que le había dado problemas. Y quería solucionarlo porque quería tenerla perfecta para mañana.

Era muy cuidadoso con su instrumento. Él decía que era su modo de vida, así que tenía que durarle muchos años. Siempre estaba limpiándola y afinándola, y solía ensayar melodías nuevas mientras estaba con Fanny, por ir renovando su repertorio.

Ella adoraba verle tocar, por el modo tan delicado que tenía de manejar las cuerdas en los punteos, y lo vigoroso que podía llegar a ser en los ritmos más enérgicos. La muchacha sentía fascinación por aquellas preciosas manos, y no podía dejar de fantasear sobre qué se sentiría si pudiera tenerlas en su piel.

La guitarra emitía suaves sonidos, sin orden ni concierto. Fanny se dijo que ella también haría todo tipo de ruidos si estuvieran tocándola esas manos.

Sacudió la cabeza. Pensar esto no ayudaba.

–Oye, Ángel –dijo al fin.

–¿M? –preguntó él, sin levantar la cabeza.

Ahora Fanny se encontró a sí misma deseando poder enterrar los dedos en esa seda dorada que tenía su amigo por cabellera. La tenía más larga, casi hasta los hombros, de aspecto suave y brillante, con el flequillo tan largo que casi le tapaba los ojos.

–¿Puedo preguntarte algo?

–Claro, pequeñita.

Ah, esto era una de esas cosas curiosas, adorables e incomprensibles de este hombre. Ángel seguía llamándola “pequeñita”, “cariño”, “tesoro” como cuando era pequeña. Decía que lo hacía porque ella era su niña, y nada más. No daba explicaciones.

Fanny opinaba que este detalle era la cosa más tierna del mundo. Ángel era la única persona que se refería a ella en esos términos, y a ella le parecía muy propio de él, lo veía algo natural. De hecho, se ofendería si otra persona que no fuera él lo hiciera, pero cuando oía esas palabras bonitas en la voz de Ángel, sentía que se derretía.

–Estoy buscando trabajo –dijo ella a bocajarro.

Ahora Ángel sí levantó la cabeza para mirarla, escuchándola muy serio y atento.

Su pelo no era lo único que había cambiado. La forma de su cara se había ido haciendo un poco más angulosa con los años. No le afeaba, y seguía sin representar su edad. A los veintidós, había representado quince, y ahora a los treinta, aparentaba veinte, o eso pensaba ella. Pero le daba un algo de interesante, de madurez. Eso sí, sus ojos castaños seguían siendo cálidos y dulces. Y su sonrisa seguía teniendo el don de iluminar la habitación.

—Quiero independizarme de mis padres lo antes posible —continuó explicando Fanny, con un poco más de decisión—. Estoy deseando perderlos de vista.

Sí. Y en eso envidiaba a Ángel y Santi, que no habían vuelto a ver a sus respectivos viejos desde que se mudaron aquí.

Él pareció pensativo. Al fin, asintió. Volvió a ocuparse de dar punteos en su guitarra.

—¿Y de qué quieres trabajar? —preguntó.

Fanny se encogió de hombros.

—De lo único que puedo hacer, limpiadora.

Él la miró de nuevo, sin interrumpirse esta vez, con el ceño ligeramente fruncido.

—Me da pena, cariño. Eres muy joven, y es un trabajo muy duro...

—Ya. Pero a ver qué puedo hacer.

—¿No puedes esperar a terminar tu FP? Estás en el último año.

Fanny resopló.

—¿Para ser secretaria? No, gracias.

—O administrativa.

—No.

—Fanny...

—¡Ángel, no me gusta esta mierda! Mi padre quiere que lo estudie porque él es administrativo y no conoce otra cosa. Pero estoy hasta el... —Se interrumpió.

Iba lanzada a soltar una palabrota, y no le gustaba decirlas delante de él si podía evitarlo. Buscó un sustituto en su mente.

—¡Hasta el pelo de esto! —escupió al fin.

Él hizo una mueca de duda.

–Reconoce que es un trabajo más relajado que el de limpiadora. Y a lo mejor, es más fácil encontrar ofertas.

–¡Ángel, por favor, no quiero! Odio... –Hizo un gesto de frustración–. ¡No quiero parecerme a mi padre! Lo comprendes, ¿verdad?

Él suspiró. Bajó la cabeza otra vez.

–Sí, tesoro. Eso sí lo puedo entender.

Su voz seguía siendo la misma. Y su modo agradable de explicar las cosas. Tenía un tic en la pierna izquierda cuando tocaba música, que parecía que le cobraba vida propia y salía marcando el ritmo por su cuenta, algo que a ella le resultaba adorable. Seguía usando vaqueros rotos en las rodillas, y chaqueta de cuero siempre que podía. Ahora además usaba pulseras de cuero y de hilo y un collar de hilos trenzados de color celeste que le sentaba maravillosamente.

Seguramente, para la gente que lo veía cada tarde tocar en la calle, Ángel debía parecer un hippie más, otro músico callejero, sin nombre y sin futuro. Pero para Fanny era el hombre más precioso, único y especial del mundo.

–¿Me ayudarás, por favor? –preguntó.

–¿Cómo puedo ayudarte? –dijo él.

–Si ves alguna oferta de empleo, ¿me avisarás?

Ángel la miró otra vez.

–Claro. Y si quieres que vaya contigo o...

–No, no. Eso no hace falta. De eso ya me ocupo yo.

–Desde luego, cariño. Pero por acompañarte...

–No, de verdad. –Fanny negó con la cabeza.

–Fanny, a mí no me importa.

–Ya, pero no quiero...

–Eres muy jovencita, tesoro. Solo es por darte apoyo moral.

–Es que... No quiero... –Suspiró. Le dolía tener que decir esto–. No eres mi padre, Ángel.

Él se puso muy serio.

–Desde luego que no.

–Quiero decir que... No quiero que lo parezcas. No quiero... Tú eres...

Alargó una mano y acarició con cuidado la mano de él. Suspiró otra vez. No sabía explicarse mejor.

–No quiero. Por favor. –Se limitó a decir.

–Shh, ya está. –Ángel tomó su mano en la suya y la besó, conciliador–. Te ayudaré en lo que pueda, cielo. Cuenta conmigo, ¿vale? Si me entero de algo o veo algo, te lo diré.

Dejó ir su mano suavemente, y ella la arrastró de vuelta hacia sí sobre la colcha verde, a desgana. Le habría encantado haber podido seguir sintiendo esos labios en su piel, aunque fuera en el dorso de la mano, o en las puntas de los dedos. Donde fuera y como fuera. Pero no podía ser.

–Ah... Gracias. Me daba un poco de vergüenza pedirte...

–Oh, de nada. –Él sonrió, y su carita se llenó de luz–. Para esto estamos los amigos, ¿no?

Hizo un gesto con la cabeza, sacudiendo el pelo como para quitarle importancia, y siguió con lo suyo como si tal cosa.

Fanny soltó los libros a un lado, abrazó sus propias rodillas con las dos manos. Se quedó mirándole tocar, impregnándose de su presencia, de su aroma familiar y tranquilizador, del color de su pelo, la forma de sus manos, su sonrisa...

Ojalá pudiera decirle cuánto le quería y lo especial que era para ella.

Pero no podía.

Ojalá algún día, cuando ella fuera mayor...

Algún día, sí. Algún día.

Una hora más tarde, una vez que Fanny regresó a su casa para la cena, Ángel empezó a arreglarse para salir, pensando en ella y en lo que habían hablado esta tarde.

Parecía que Fanny quería darle otro asalto al tema de buscar trabajo. Y él lo comprendía. Él haría lo mismo, de estar en su situación.

Claro que como limpiadora... Joder, con lo buena estudiante que era Fanny y las notas que era capaz de sacar, sería una lástima.

¿Y no sería un trabajo muy duro para el físico de ella? Él no había querido decirlo así para no ofenderla, pero se preguntaba si de verdad querrían contratarla para limpiar. Y si alguna vez la contrataban, a saber el tiempo que era capaz de durar Fanny en ese trabajo. No porque ella fuera perezosa, sino por puro agotamiento.

Pero había algo que le había dejado intrigado.

¿Por qué no quería Fanny que él le acompañara a las entrevistas? ¿Por qué prefería ir sola,

con lo desagradable que era eso? ¿Qué había dicho? Que Ángel era... ¿Qué?

–Mayor, tío, es obvio. –Se murmuró a sí mismo.

Le frunció el ceño al hombre del espejo. Seguramente, Fanny le había dicho que no porque le daba vergüenza que un posible jefe la viera con él. Normal.

A veces, Ángel estaba tan cómodo con ella, que olvidaba que él ya no tenía veinte años. Pero Fanny le veía la cara. Ella sí que debía tener siempre muy presente su edad.

Se hizo una mueca a sí mismo. ¿Por qué le había dolido pensar esto?

Ni idea.

Se apartó del espejo, se puso la chaqueta. No quería salir demasiado tarde, porque mañana quería levantarse a buena hora para ir a trabajar.

En el momento de apagar la luz de su habitación, se dijo que de todas formas, desde luego que pensaba ayudar a su niña a encontrar trabajo. Él también estaba deseando verla fuera de las garras de su padre.

“¿Y luego qué, Ángel?”, se preguntó a sí mismo, mientras salía de casa, con las manos en los bolsillos de su cazadora, y enfilaba en dirección al pueblo.

“Luego nada”, se respondió.

“¿Qué será de ti cuando Fanny se case y ya no te necesite?”

Ángel sacudió la cabeza.

No quería pensar en eso.

Capítulo 15

—¿Se puede saber de dónde vienes, un viernes, a esta hora de la noche? —preguntó Carlos.

Fanny apenas había cerrado la puerta de su casa a su espalda, y ya estaba su padre indagando y presionando a voces desde el salón. Tuvo ganas de suspirar. ¡Qué agobio!

—No es tan tarde —contestó, tratando de parecer despreocupada—. Es la hora de la cena.

Caminó recelosamente por el pasillo hacia el salón, apretando su cuaderno y su libro de contabilidad entre sus brazos. A ver cómo se las iba a componer para que su padre se tragara la mentira de hoy.

La cantidad de mentiras que Fanny había inventado a lo largo de los años para poder seguir viendo a Ángel era incontable. Y las que seguiría inventando, porque ella pensaba seguir yendo a verle hasta que él se echara novia. O hasta que se cansara de ella y le dijera que no fuera más, lo cual era más o menos lo mismo.

Pero de momento, Ángel parecía seguir sin compromiso, y también parecía seguir disfrutando de su compañía. Y esas dos cosas eran lo único que le importaba a Fanny.

En verdad, ella no entendía muy bien por qué Ángel seguía en su vida, después de tantos años. Ella seguía adorándole más que a nada, por supuesto. Pero, ¿qué sentía él? ¿No se aburría de tenerla en su casa todos los días?

Fanny no tenía ni idea. Y le daba miedo saber, así que no preguntaba.

—No me has contestado a lo que te he dicho —dijo su padre, levantando la cabeza de su libro con el ceño fruncido, en cuanto la escuchó entrar en la habitación—. He llegado a casa y ya no estabas. ¿Dónde has ido?

Ella se encogió de hombros.

—Donde siempre. A casa de Alicia, ya te lo he dicho.

—Ya. La niña esa que dices que también estudia secretaría.

—Ya te he contado que sus padres trabajan hasta tarde, y que la pobre pasa mucho tiempo sola.

—Y yo te digo que me cuesta creerte. ¿En este barrio hay alguien estudiando algo? ¿En serio?

Fanny se encogió de hombros otra vez.

—¿Por qué no? ¿Acaso no estoy estudiando yo?

–La gente de este barrio no es como nosotros, Fanny.

–Papá, hay gente de todo tipo.

–Sí. Y lo que más hay son delincuentes, putas y drogadictos. ¿Por eso está siempre sola, esa tal Alicia? Su madre es puta y su padre está en la cárcel. ¿Es eso?

–No sé a qué se dedican sus padres.

–¿Y te parece bien meterte en casa de alguien sin saber si son gente respetable o no?

–¡Oh, claro que son gente respetable!

–¿Lo son? ¿Y por qué no sabes nada de ellos? Aquí hay gato encerrado, Fanny.

La muchacha empezaba a ponerse nerviosa. No quería inventar más cosas sobre la presunta Alicia, porque temía que a su padre le diera por hacer investigaciones por el barrio, y podría averiguar que en realidad no existía. Pero tampoco se le ocurría cómo podría escaparse de este interrogatorio.

Y su padre la miraba con ojos penetrantes otra vez, cielos. Fanny odiaba esa mirada. Le hacía sentir intimidada, como si él pudiera leerle la mente y saber por telepatía que estaba mintiendo.

A lo largo de los años, ella había aprendido a controlar muy bien sus gestos y su modo de hablar. Vaya, a fingir maravillosamente. Pero aún era muy consciente de que su padre seguía siendo mayor que ella y, usando un dicho que él mismo repetía, “el diablo sabía más por viejo que por diablo”.

Para tratar de disipar la desagradable sensación de estar siendo analizada y lo que era peor, descubierta, le mostró el libro y el cuaderno que traía en las manos.

–¿Ves? El libro de contabilidad. ¿A dónde iba a ir yo con esto, si no es a estudiar a casa de una compañera?

Era su argumento favorito, porque le parecía el más convincente. Pero el padre frunció el ceño más aún.

–Puedes llevártelo como excusa –contestó.

Mierda. ¿Eso significaba que se había dado cuenta de su tapadera?

–No es una excusa. Voy a estudiar de verdad, papá –dijo, hablando tranquila y segura, en un esfuerzo de que no se le notara la ansiedad en su voz.

El padre la miró durante unos instantes más, como estudiando su aspecto y su expresión, y al fin, repuso:

–No te creo. Y algún día descubriré que mientes. Solo te digo una cosa. No quiero una

barriga en casa. ¿Está claro?

Fanny tuvo que reprimir las ganas de alzar los ojos al techo en un gesto de hastío. ¿Otra vez? ¿Por qué a su padre lo único que parecía importarle era que ella pudiera quedarse preñada? No entendía nada. Y él tampoco daba motivos. Pero hoy no era buen momento para intentar discutir esto, de modo que asintió.

—Sí, papá. No pasará nada.

El padre la miró con desconfianza, como si no hubiera creído una palabra. Por suerte para ella, en ese momento intervino su madre, llamando desde la cocina.

—Carlos, ¿has terminado? ¿Puedo pedirle a Fanny que me ayude a poner la mesa?

—¡Sí! Ve, Fanny. Y... —Carlos alzó un índice.

Fanny ya iba a salir agradecidamente, pero se detuvo y se volvió otra vez para mirarle. El padre añadió, en tono de advertencia, y con una mirada muy elocuente:

—Que sepas que te estoy vigilando.

Fanny asintió otra vez y fue a su cuarto a llevar sus cosas. Una vez allí, sí se permitió hacer el gesto de hastío. Odiaba las amenazas de su padre.

Si él supiera que pasaba las tardes con un tío mayor, en la habitación de él, estudiando, hablando y escuchando música, a saber lo que era capaz de hacer. La paliza que podía caerle a Fanny sería descomunal.

Por favor, esperaba no tener que verse nunca en esas.

Se lavó las manos y fue a la cocina a ayudar a su madre.

Para Fanny era inconcebible la idea de dejar de ver a Ángel. Ni siquiera para no tener problemas con su padre. Ángel seguía siendo la persona más importante para ella, mucho más que cuando era niña. Era su hermano mayor, su mejor amigo, su... Todo. Y eso que ella sabía que él tenía un estilo de vida digamos poco corriente...

Por ejemplo, eso de ser músico callejero no era un trabajo muy convencional, ¿verdad?

Y por ejemplo, ella sabía, por comentarios dichos al azar de vez en cuando por parte de Santi, que Ángel era una especie de Don Juan con las chicas.

Ángel nunca hablaba de eso. Y a ella le daba vergüenza preguntar, porque entendía que debía respetar su intimidad, y que si él no se lo contaba, sería por algo. Ella nunca había visto a ninguna mujer en aquel piso, salvo a Gina. Y la relación entre Gina y Ángel era la propia de cuñados o hermanos que se aprecian y respetan, nada más.

A Fanny le dolía cada vez que Santi hacía alguna alusión a la vida privada un tanto tormentosa de Ángel. Ella pensaba que su amigo merecía una chica que le quisiera y le cuidara, y

poder vivir una relación bonita, como la de Santi y Gina. Le daba pena que Ángel no hubiera conocido todavía a una chica buena para él.

Y secretamente envidiaba con toda su alma a esas tías con las que supuestamente se liaba su amigo. El chico era guapísimo, bueno y dulce. Fanny daría cualquier cosa por poder tener un novio como él. Pero a ella Ángel le estaba prohibido.

Sí, Fanny había crecido. Pero no del todo, por lo que se ve, porque Ángel todavía no había dado muestras de querer ser su novio. A lo mejor, el sueño aquel que tenía siendo niña de que Ángel estaba esperándola a que ella fuera mayor, no había sido más que eso, después de todo. Un sueño.

Ahora bien, esas chicas que tenían la misma edad que él y que tenían la suerte de tenerlo a mano... ¿Por qué ninguna había hecho nunca el intento de cazarlo para siempre? Fanny se alegraba de que no lo hubieran hecho, desde luego. Pero, ¿acaso esas mujeres no tenían ojos en la cara?

Ella sí. Y opinaba que el mundo era un lugar muy injusto.

Capítulo 16

Era viernes por la noche, y el bar estaba muy concurrido.

Ángel apoyó los codos en la barra y tomó un largo trago de su gintonic. Se permitió a sí mismo un instante para saborearlo, antes de ponerse a mirar alrededor.

Santi decía que por qué no le hablaba a Fanny de su relación con las mujeres. Y el motivo era muy simple. Ángel ya se sentía bastante miserable por el hecho de tener que buscarlas. No podría soportar la vergüenza de que Fanny lo supiera.

Ángel quería que Fanny lo viera como un buen tío, como el buen tipo que él quería ser. No se sentía nada orgulloso de sus escauceos nocturnos, no alardeaba de ellos y no le gustaba hablar del tema. En realidad, a veces casi le daba vergüenza tener un pene al que contentar, para empezar.

Normalmente, sobrellevaba este asunto con resignación. Cuando empezaba a ponerse irritable y quisquilloso, elegía una noche cualquiera, con frecuencia viernes o sábado, salía de caza, se desfogaba, y en cuanto la chica se marchaba, lo olvidaba todo deliberadamente hasta la siguiente ocasión.

Conocía la vida nocturna desde sus tiempos de estudiante, y sabía dónde y cómo buscar. También disponía de una agenda de teléfonos aceptablemente bien surtida, producto de años de cacería. Pero no solía recurrir a ella. No le gustaba repetir.

En primer lugar, porque llamar a una chica conllevaba reconocer de forma implícita que uno era un salido necesitado. Y Ángel era bastante reacio a esto. Demonios, si hasta le costaba reconocérselo a sí mismo...

En segundo lugar, porque llamar él a una chica con la que ya se hubiera liado, implicaba que ella podría hacerse ilusiones. Y no, por favor.

Además, ¿sería por mujeres? Si uno entraba en cualquier bar y había más chicas que tíos. Sí, muchas de ellas estaban cogidas. Pero aún así, seguía habiendo donde elegir.

—Hola —dijo una voz femenina justo a su lado.

Ángel se volvió. Había una chica rubia, con los ojos muy maquillados y grandes pendientes, sonriéndole agradablemente.

La primera de la noche. Y Ángel todavía no se había tomado ni medio vaso. Cada vez venían antes.

—Hola —contestó.

—Llevo un rato mirándote. ¿Estás solito? —dijo ella—. ¿No vienes con colegas ni nada?

“Ni nada” quería decir “ni novia”. Ángel entendía el argot.

Hizo un gesto con la cabeza, con una sonrisita.

–Hoy vengo solo. ¿Y tú?

–Yo vengo con una amiga, pero ella ha encontrado compañía. ¿Te importa si me siento a tu lado?

–Claro que no. ¿Te invito a una copa?

La chica asintió graciosamente, y se instaló en una banqueta junto a él. Hala, Ángel ya tenía compañía para esta noche. Tan fácil.

Él no tenía la menor idea de qué era lo que encontraban las mujeres de atractivo en él. Personalmente, se consideraba a sí mismo un saco de huesos, pálido y poco simpático. En alguna ocasión, Gina le había dicho que las chicas le buscaban porque su aspecto no era en absoluto amenazador, sino que por el contrario, parecía casi frágil. Ella estimaba que esto era un poderoso imán para las mujeres. Ángel seguía sin entenderlo.

Pero bueno, en estas cosas no había nada que entender. Tenía suerte, eso era innegable. Las mujeres se le acercaban ellas solas, sin que él tuviera que hacer mucho esfuerzo. Así que a caballo regalado...

Hablando de caballo, la chica de hoy tenía la cara alargada y los dientes un poco hacia fuera. Pero no era fea. Y de tipo era más bien normalita, pero sabía vestir. Mientras hablaban de cosillas sin importancia, Ángel pudo sacarle medidas, también sin esforzarse mucho. El escote y la falda dejaban poco a la imaginación.

Se le ocurrió pensar que hacía unos diez o veinte años, a esta chica la habrían tomado por puta, solo por su aspecto. En cambio, aquella noche, no se diferenciaba mucho de otras chicas similares que había en el local. Curioso. Parecía que a las mujeres cada vez les gustaba más mostrar su mercancía. Y él estaba encantado con ello.

En cualquier caso, esta chica concreta, si bien no era Miss Universo, tampoco estaba mal del todo. Además, Ángel no se sentía inclinado a ponerse exigente. Él solo quería un polvo, de todas formas.

Ah, importante. Muy importante para él: decirlo.

Para otros tíos, podría parecer un detalle absurdo. Pero para Ángel era fundamental. Las dos partes tenían que estar informadas. Si no, no había trato. Vale que uno fuera un necesitado y un inmoral. Pero al menos, hacerlo con clase.

–Entonces, ¿no tienes novia? –decía la chica, mirándole por encima del borde de su vaso con cara de estar pensando: “¡Pobre cachorrito abandonado!”

–No. Soy muy independiente. No quiero compromisos.

Esta frase solía marcar un punto de inflexión. Si la chica quería algo más, normalmente en este punto ponía cara rara, y empezaba a ponerse nerviosa y a buscar excusas para marcharse. En algunas ocasiones, se habían levantado y se habían ido sin más. Ángel suponía que era un modo como otro cualquiera de mostrar su punto de vista. Aunque él siempre agradecía un poquito de educación, si era posible.

Ahora bien, si la chica de turno buscaba lo mismo que él, al oír esta frase solía quedarse.

¿Qué haría la rubia de hoy?

En un principio, parpadeó, como si le hubiera sorprendido su respuesta. Pero en seguida se rehizo y sonrió otra vez.

–Ah, qué bien –dijo–. Yo tampoco. –Y tomó un sorbo de su vaso, mirándole de modo significativo.

Ah, era del segundo grupo. Ángel ya lo había imaginado, por intuición. A base de mucho cazar, había aprendido a conocer a las presas.

–Voy a ser muy sincero contigo, am... –comenzó.

–Ana –dijo ella, solícita.

Él asintió.

–Ana –repitió.

A ver si conseguía memorizarlo. Por lo menos, durante el tiempo que estuviera con ella. Era horrible estar con una persona y no recordar su nombre.

Sí, le ocurría. Sobre todo con nombres que eran muy frecuentes. Ángel suponía que a lo mejor, en cuanto pasaban a ciertos temas, su cuerpo se ocupaba de lo importante y se olvidaba de todo lo demás.

Abrió la boca para continuar, pero ella interrumpió, mirándole ahora de modo sugerente.

–No me has dicho el tuyo.

–Ángel.

Ella asintió, como complacida.

–Te va muy bien.

Sí, eso habían dicho otras antes que ella. Pero a él no le gustaba el comentario. Le recordaba demasiado para su gusto a las bromas que hacían a su costa los niños de su clase cuando era pequeño. Que si cuándo le iban a salir las alas, que si usaba las orejas para volar... Tonterías de críos, sí. Pero dolían, vaya.

–¿Qué me ibas a decir? –dijo ella, acercándose más.

Ángel tomó un sorbo de su vaso.

–No estoy buscando novia.

–M-m. Eso he entendido.

–Busco un polvo. –La miró muy fijamente a los ojos–. Solo uno. Solo hoy.

Ella pareció sorprendida otra vez, y luego soltó una risita.

–¿Tan tajante? ¿Por qué solo uno?

–Porque no necesito más.

–¿Y si yo sí?

–Entonces podría hacerte un favor. Pero no creo que haga falta.

–¿Tan bueno eres en el tema?

–No lo sé.

–Entonces, ¿por qué dices que no crees que haga falta?

–Porque no suele hacer falta.

–Vaya, que dejas satisfechas a tus chicas a la primera.

–M-m.

–¿Y eso no es ser bueno?

Él se encogió de hombros. No tenía ni idea, la verdad. Ni tampoco le preocupaba.

–Así que solo un polvo, ¿eh? –dijo Ana, pensativa, pasándose el borde del vaso por los labios. Le miró con curiosidad–. Eres un tío raro, Ángel.

Él sacó una sonrisita sin alegría.

–Lo sé.

–No, en serio. Normalmente, los tíos no son tan claros, al contrario. Empiezan a decir cosas bonitas, parece que quieren algo serio... Y cuando te das cuenta, solo querían un polvo. Tú eres diferente.

–Me han dicho esto antes. –Él se encogió de hombros otra vez–. Me gusta ser diferente.

Ana sonrió.

—Y a mí me gustas tú.

Ah, ¿eso qué quería decir? ¿Que sí?

Ángel lo esperaba de corazón, porque estaba empezando a ponerse a tono con tanto coqueteo, y sería jodido tener que buscar a otra a estas alturas de la noche.

—¿Eso quiere decir que hay trato? —preguntó.

Ella asintió.

—M-m. Me has picado la curiosidad. Quiero ver si es verdad que eres tan bueno como dices.

Lo mismo que decían todas. Muy bien. Ángel no iba a decepcionarla.

—¿Dónde? —preguntó ella, tomando otro sorbo, como quien está tratando un tema serio de negocios.

—En mi piso.

—¿Por...?

—Tengo de todo: preservativos, el baño limpio, y cigarrillos para después.

Ana se rió.

—Estás en todo. ¿Vives solo, o qué?

—No. Vivo con dos amigos. Pero con ellos no hay problema.

—¿Por qué no?

Ángel se inclinó sobre ella para hablarle al oído. La chica se quedó muy quieta, con una sonrisita divertida, mientras él explicaba:

—Porque son pareja. Y seguramente estarán follando cuando nosotros lleguemos.

Ana se rió otra vez, ahora más fuerte.

—Entiendo —dijo. Soltó su vaso sobre la barra—. Bueno, pues, ¿vamos?

Perfecto.

Ángel se puso en pie y se preparó para pagar las copas.

No había mentido. Santi, Gina y él tenían esto hablado desde hacía muchos años. Los tres tenían una única regla: no follar en las zonas comunes, salón, cocina y baño. Santi decía que ni él

tenía por qué verle el culo a Ángel, ni por supuesto, Ángel tenía necesidad de verle el suyo.

Quitando esto, gozaban de libertad absoluta. De hecho, Ángel se había cruzado más de una vez por el pasillo con Gina, y la había visto tal como vino al mundo, mientras ella iba a la cocina a por un zumo para recuperar fuerzas. La primera vez le sorprendió, desde luego. Pero ya estaba acostumbrado. Gina tampoco era chica de taparse mucho cuando estaba en casa...

Y tampoco era infrecuente que él estuviera en su cuarto con alguna chica, y sus amigos en la habitación de al lado, formando el doble de jaleo y con el doble de entusiasmo.

Otra de las normas que los tres habían aceptado, aunque por motivos distintos, era mantener a Fanny totalmente al margen de sus actividades sexuales. Ni Santi ni Gina querían liarse delante de ella, ni Ángel quería llevar a casa a una chica a una hora que él supiera que Fanny iba a estar. Los tres sentían la necesidad de protegerla, al tiempo que preservaban también su propia intimidad.

Sí, ellos tres vivían juntos, pero no eran una comuna, como decía la gente. Tenían muy presente que eran una pareja y un amigo. O, en palabras de Santi, “una pareja y un hermano y cuñado”. Del mismo modo que Ángel respetaba a Gina, Santi y ella también respetaban a las chicas que él llevaba a casa, y nunca hacían la intención de conocerlas. Y por supuesto, respetaban a Fanny.

Ángel se consideraba a sí mismo muy afortunado por todo ello. El clima de respeto y de buen rollo que tenía con sus amigos no lo había vivido nunca antes. Y sabía, por cosas que ellos decían, que ellos tampoco.

El pequeño hogar que habían formado entre los tres no debía ser algo muy frecuente.

Oh, desde luego que a Santi de vez en cuando se le iba la lengua, y decía cosas de sus chicas delante de Fanny. Pero Ángel sabía que no lo hacía con mala intención. Y Fanny sabía estar en su sitio y nunca preguntaba.

Mejor así.

Para Ángel, Fanny era sinónimo de pureza y bondad. No quería mezclarla con temas de sexo, aunque ella ya fuera una adulta. Ni siquiera en su imaginación. Fanny era para él demasiado especial. ¿Y si algún día se enteraba de la realidad de sus ligoteos nocturnos? ¿Se decepcionaría! ¿Dejaría de venir a buscarle! ¿Dejarían de ser amigos! ¿Y qué sería de ella, toda solita con su padre?

Y casi igual de importante.

¿Qué sería de Ángel sin ella?

Maldición. Era la segunda vez en esta noche que se hacía esta pregunta. ¿Por qué sería?

Capítulo 17

Unos días más tarde, Fanny caminaba por su calle a mediodía, con su carpeta debajo del brazo.

Acababa de llegar del instituto, y venía cansada y sin muchas ganas de entrar en casa. Caminaba lentamente, buscando en su mente alguna excusa creíble que decirle a su padre por haberse retrasado. Pero no la encontraba. Y estaba ya subiendo la cuesta que llevaba a su bloque, sumida en sus pensamientos, cuando de pronto una voz exclamó:

—¡Fanny, tía!

Apenas tuvo tiempo de levantar la cabeza, y ya tenía a una persona abrazada a ella, con el ímpetu propio de alguien que llevara años sin verla.

Fanny se quedó rígida por la sorpresa, preguntándose quién podría ser. Parecía mujer, por el pelo y la ropa. Aunque olía a tabaco. Claro que Fanny no podía ser exigente en este sentido, porque ella misma también fumaba cuando podía.

¿Quién sería? Quien fuera debía haberla confundido con otra, porque ella no conocía a nadie que pudiera darle un recibimiento como este. Pero a la vez... La había llamado por su nombre. Y que ella supiera, ella era la única Fanny que había en su barrio. ¿Qué misterio era este?

La otra pareció captar su confusión, porque preguntó:

—¿Qué pasa? ¿No te acuerdas de mí?

Se apartó, la tomó por los hombros y la miró con una amplia sonrisa.

Era un poco más alta que Fanny, y más delgada.

—¡Soy Andrea! —exclamó, antes de que ella pudiera decir nada.

Fanny se sobresaltó y exclamó a su vez:

—¡Andrea! —Mirándola con grandes ojos.

La mujer de pelo corto, liso y teñido de negro que tenía delante no tenía nada que ver con la niña rubia, de cabello largo y ensortijado que Fanny conoció, hacía tantos años. Lo único que quedaba de aquella niña en su aspecto eran su cara redondeada y su voz, con una leve ronquera.

—¡Sí! —dijo Andrea—. ¡Tía, qué alegría! Llevo tres días en el barrio. Y no paraba de preguntarme si todavía estarías por aquí, o si te habrías mudado. ¡Qué nervios, chica! ¿Te puedes creer que no me he atrevido a ir a tu casa? ¡Me daba miedo! —Se rió y la abrazó otra vez—. ¡Cuánto me alegro de verte!

–Y... Y yo a ti –contestó Fanny, apabullada todavía, abrazándola a su vez.

Aunque la realidad era que no sabía muy bien lo que sentía en este momento. Había dado a Andrea totalmente por perdida. Hacía años que se había olvidado de ella. De hecho, cuando se fue, Fanny estuvo totalmente segura de que nunca más la volvería a ver. Y ahora regresaba desde el pasado y se comportaba como si... Bueno, como si nunca se hubiera ido. Como si nunca hubiera dejado plantada para siempre a Fanny. ¿Qué quería decir esto? ¿Era algo bueno, o algo malo?

–De modo que tus padres se han divorciado –dijo Fanny, mirando a su amiga con curiosidad.

Estaban sentadas en uno de los bancos del parque, fumando un cigarro y poniéndose al día.

–Pues sí. Ya hace unos años.

–¿Y te ves con tu padre?

–¡Qué va! Se fue y no volvió nunca más. Ni ha llamado, ni ha escrito. Como si no tuviera hija, ya te digo. –Andrea tomó una calada con desenvoltura, sopló el humo al cielo–. ¿Y tú qué? Sigues estudiando, ¿no? Ya te veo con la carpeta.

–Sí, pero no por mi gusto. –Fanny dobló las rodillas y apoyó los dos talones sobre el banco. Sacudió la ceniza de su cigarro con un dedo–. Mi padre lo dice y yo obedezco. No me queda otra.

–¿Y qué estudias?

Fanny se encogió de hombros.

–Una tontería de secretaría. Contabilidad, administración... Ese tipo de cosas.

–¡Joder, qué aburrido!

–Tú lo has dicho.

–Pero te irá bien, ¿no? Tú siempre has sido muy inteligente.

–Y una mierda. Me va como el culo. No me gusta y no estudio, así que...

–¿Y tu padre qué dice?

–Lo de siempre. Se enfada, me pega, me grita... Nada nuevo, tía.

–Joder.

–Sí. Pero ahora por lo menos, puedo decirle que si suspendo, es por culpa suya, porque él me obligó a estudiar esta mierda. –Fanny tomó una calada de su cigarro a su vez–. ¡Bah! En cuanto pueda, lo dejo y me pongo a trabajar.

–Yo también quiero trabajar, pero mi madre dice que quiere que tenga una carrera, que no

quiere que sea como ella.

–¿Y qué estudias? –preguntó Fanny.

–Derecho.

–¿Y te va bien?

–Fatal. Estoy repitiendo dos asignaturas. Mi madre me ha apuntado a clases particulares por las tardes. Pero vamos, para nada, porque no estudio...

–¿Y tu madre qué dice?

–Nada. Casi no la veo. De día trabaja, y de noche está ocupada con los tíos, así que...

Se encogió de hombros.

La madre de Andrea se las había dado siempre de muy feminista y muy liberal. Decía que una mujer no tenía por qué estar atada a un tío de por vida, y en sus últimos años en el barrio, discutió mucho con la madre de Fanny por este motivo. En realidad, pensando en ello, lo extraño era que no se hubiera divorciado del marido mucho antes.

–¿Sale con tíos? ¿Sí? –preguntó Fanny.

–Sí. Y me llama puta a mí porque hago lo mismo.

–¡No jodas!

–Pues sí. Se cree que le voy a quitar los novios o algo. Dice que como soy más joven, lo tengo fácil para pillar a los tíos. Y cada vez que trae alguno a casa, me echa a la calle. Como si eso fuera a cambiar algo... Si un tío quiere tocarte, lo consigue.

Fanny miró ahora a su amiga muy seria.

–¿Y te han tocado? ¿Sus novios? ¿Sí?

Andrea se encogió de hombros.

–Les gusto yo más que mi madre –fue todo lo que dijo–. La culpa es de ella, que se busca tíos de mi edad.

–Joder, está mal, ¿no? ¿Se cree que así va a ser joven para siempre, o qué?

–No tengo ni idea, tía.

–Qué marrón... –Fanny tomó otra calada–. Total, que paras poco en tu casa.

–Normalmente, sí. Procuro pasar todo el tiempo que puedo con los chicos de mi grupo.

-¿Estás en un grupo de música? ¿En serio?

-Sí. Un grupo de rock.

-¿Y tú tocas algún instrumento?

-¡Qué va! Yo canto.

-¡Qué suerte, Andrea! A mí también me encantaría estar en un grupo. ¿Cómo les has conocido?

-De la Facultad.

-Ah. ¿Y son de Sevilla?

-No, viven aquí, en el pueblo.

-¡Vaya! ¡Más suerte todavía! ¿No?

-Desde luego. Imagina lo contenta que me puse cuando mi madre me dijo que íbamos a volver al barrio. Cuando nos vinimos de San Sebastián, nos fuimos a un piso en Sevilla, y tenía que coger autobuses para poder ensayar con los chicos. Ahora no.

Sonrió, enarcando las cejas, y Fanny también sacó una sonrisita sin alegría. Envidiaba a Andrea. Le encantaría poder tener su libertad de movimientos, y poder cantar en un grupo. Ángel era músico. ¿A lo mejor así podría impresionarle?

Bueno, ¿para qué iba a pensar en ello, si nunca iba a ocurrir? Tomó la última calada de su cigarro, preguntando:

-Entonces, ¿dónde vives ahora? ¿En el piso de tu abuela?

Fanny sabía que la abuela de Andrea había muerto hacía unos años. Pero según tenía entendido, por cosas que le había contado su madre, ese piso lo habían vendido a otra familia...

Como si le leyera el pensamiento, Andrea contestó:

-No. Mi madre ha alquilado otro en el bloque uno.

-Ah.

Andrea la miró con curiosidad.

-¡Háblame de ti, chica! ¿De hombres, qué? ¿Tienes novio?

Fanny sacó una sonrisa torcida y sin alegría.

-¡Qué va! Si mi padre no me deja salir de casa...

–Nah, pero algo habrá...

–No.

–¿Ni en el instituto?

–No.

–Joder, ¿y eso?

Ahora fue el turno de Fanny de encogerse de hombros.

–Yo qué sé. No les gusto a los tíos, chica. Debe ser que soy muy fea.

–¿Fea tú? ¡Qué va! A lo mejor les intimidas porque te ven muy seria.

Fanny miró a su amiga de través sin comprender.

–¿Seria yo?

–Sí. Siempre lo has sido. Pareces mayor.

Fanny hizo un gesto con los labios como diciendo: “Es posible”, aunque no estaba muy convencida. Pero tampoco le apetecía ponerse a discutir con Andrea por esto.

–Total, nada de nada –insistió Andrea.

Fanny negó rotundamente con la cabeza.

Tampoco estaba siendo sincera en este asunto. Estaba Ángel. Pero él no era “un tío” y su relación con él no iba a ser objeto de discusión por parte de Andrea ni de nadie. Era un secreto.

–Pues yo ahora mismo tampoco tengo novio –dijo Andrea–. He estado saliendo con uno de los chicos del grupo. Pero me dejé hace dos meses. Decía que yo era...

Lo pensó un momento, como buscando la palabra en su mente, antes de concluir, con sorna:

–“Demasiado intensa”.

–¿Y eso qué se supone que quiere decir?

–Pues que soy una pesada. Dice que le agobio, y que necesita espacio.

–Oh... –Suspiró Fanny–. Pues vaya. ¿Y tú cómo lo llevas?

–Mal. –Andrea sopló el humo a un lado, mientras apagaba su colilla sobre el banco, sin mirar a Fanny–. Estaba enamorada de él, ¿entiendes? Estoy totalmente segura de que estamos hechos para estar juntos. Y él también lo sabe, lo sé. Es solo... Que no quiere darse cuenta.

Suspiró, y apoyó la cabeza en la pared a su espalda, cerrando los ojos. Fanny la miró por un momento, antes de bajar la vista a su regazo.

–Los hombres son incomprensibles –murmuró.

–Y que lo digas.

Hubo otro silencio. Fanny no se atrevió a decir nada más. Nunca había tenido novio, así que suponía que no debía ser muy buena como consejera sentimental.

De pronto, Andrea levantó la cabeza, exclamando:

–¡Esto no puede ser, niña! Dos tías guapas, ¿y estamos solteras? ¡Ni hablar! Si quieres, quedamos este sábado y nos vamos a buscar marcha por ahí.

Fanny miró a su amiga sin comprender.

–¿Nos vamos a echar novio por salir un sábado por la noche? ¿Así se encuentran?

Andrea se rió.

–¿Cómo creías que se encontraban los novios, eh? ¡Hay que salir de caza, chica!

Fanny sacudió la cabeza, chasqueó la lengua.

–Bah, si quieres que te diga la verdad, no quiero.

–¿No quieres novio? ¿O no quieres salir?

–¡Salir sí! Lo que no quiero es un novio. En el instituto, todas las tías tienen uno, y dan asco. Esos tíos todo el día pegados a ellas, como pulpos, orgh. Tiene que ser horroroso. No las dejan vivir.

–¿No quieres un tío babeando por ti? –dijo Andrea, con una sonrisita divertida.

–Soy muy fea, ya te digo. Es imposible que un tío babe por mí. Y si lo hace, es porque es un baboso retrasado, no porque yo le guste realmente. Y para salir con un baboso...

–Total, que quieres salir, pero no quieres tíos.

–Quiero salir. Y quiero tíos. Pero para enrollarme con alguno. Luego cada uno a su casa, y fin de la cuestión.

Andrea soltó una carcajada.

–¡Pues sí que lo tienes claro, chica!

Fanny se encogió de hombros.

–Así son las cosas. Pero ellos no se me acercan. Vaya, que ni siquiera me quieren para eso, así que...

–Nah, tú vente conmigo el sábado y verás cómo sí.

–¿Tú crees?

–M-m.

–Pero si tú lo que quieres es cazar un novio...

–Bueno, pero para que sea novio, antes hay que engancharlo. ¿Y cómo se engancha a un tío?

–No tengo ni idea.

–¡Follando con él!

–¿Ah, sí?

–Sí.

–Entonces, a lo mejor por eso no tengo novio. Porque no he podido follar con ninguno todavía.

–A lo mejor.

–¿Y crees que contigo tendré más suerte? ¿Por qué?

–Oh, porque yo hablaré muy bien de ti. Somos amigas, ¿no?

–Ya.

Andrea apoyó una mano en su hombro.

–Mira, tu problema es que eres muy seria y eso les echa para atrás. Pero si te pones guapa, tomamos un par de copas, y me dejas que sea yo la que hable, ya verás cómo nos llevamos a todos los tíos de calle.

Fanny sacó una sonrisita.

–Me gusta el plan.

–¿A que sí? ¿Nos vemos el sábado, entonces?

–Sí.

–Ponte guapa. Eso es muy importante. Luce palmito sin complejos, chica.

–Entendido. ¿Y voy a buscarte a tu casa, o tú vienes a la mía?

–Ven tú. –Andrea pareció caer en la cuenta de algo, porque se llevó un dedo a los labios, pensativa–. Aunque... ¿no me has dicho que tu padre no te deja salir?

–Ah, sí. Pero si le digo que voy contigo, no pondrá pegas. Cree que eres mi hermana o algo. Te tiene idolatrada. Para él eres la niña más buena del mundo.

La realidad era que sus padres habían tenido a Andrea en muy alta estima cuando eran niñas, aunque luego todo cambió cuando ella se fue. Ahora bien, hacía años de eso. A lo mejor su padre ya lo había olvidado y le daba alegría saber que Andrea había vuelto. Fanny tendría que tantear el terreno en casa con este asunto. Pero ya se apañaría. Total, si la cosa se ponía fea, siempre podría inventar algo. Estaba acostumbrada a tener que mentir para escapar al control de su padre.

Andrea soltó una risita.

–El pobre... ¡Qué equivocado está! –Se rió otra vez–. Estupendo entonces. Te espero en mi casa el sábado a las diez. –Se puso en pie–. ¿Vienes ya para arriba?

–No. Voy a fumar otro cigarro. No me apetece verles las caras a mis padres todavía.

–Ah, está bien. Nos vemos, tía.

–Sí. Hasta el sábado.

Andrea cruzó el parquecito caminando deprisa y con la cabeza baja. De pronto, se detuvo en el centro del parque para volverse y preguntar, como la persona que acaba de caer en la cuenta de algo:

–¿Tienes ropa para salir? ¿Sí?

–Sí, no te preocupes –dijo Fanny, sacando su paquete de tabaco.

Andrea asintió. Se volvió, caminó un par de pasos, y se volvió otra vez.

–¿Y maquillaje y cosas?: –insistió.

Fanny estaba encendiendo su cigarro.

–¡Qué pesada es! ¿Tan mojigata parezco? –murmuró entre dientes, con el cigarro en la boca.

Terminó de prenderlo y ya iba a contestar, cuando Andrea añadió:

–Puedo prestarte, si te hace falta.

–Tengo de todo, mami, no te preocupes más –dijo Fanny, soplando el humo a un lado.

Andrea le hizo burla y se marchó definitivamente.

Una vez sola, Fanny recostó la cabeza en la pared a su espalda, y miró al cielo azul sobre su cabeza.

¿Había hecho bien quedando con Andrea? Ahora para ella era una completa desconocida. ¿De verdad se lo iban a pasar bien juntas?

Mejor dicho: ¿tenía algo de qué hablar con esta nueva Andrea? ¿De verdad seguían siendo amigas?

No.

Pero salir siempre era salir, chica. Fanny estaba cansada de pasar los fines de semana encerrada en casa.

Cuando Andrea se fue, seguramente creyó que no iba a ver a Fanny nunca más. Por eso no se despidió, porque Fanny ya no le interesaba. Y ahora que había vuelto al barrio, tal vez se había visto sola, y por eso había venido comiéndosela con papas.

¿Y Fanny tenía que olvidarlo todo y volver a confiar en ella? No. Fanny ya había crecido. Ya no era una ilusa ni una sentimental.

Ella quería chicos. No quería irse de este mundo sin saber lo que se sentía al estar con un hombre. Y al paso que iba, se iba a hacer vieja y nunca lo sabría. Si Andrea podía conseguirle eso, pues bienvenido sea.

Aunque, si era totalmente sincera, quería a un chico concreto. Un chico que a buen seguro, no iba a encontrar el sábado por la noche en un bar.

Y aunque lo encontrara. Lo más probable era que dicho chico se horrorizara al verla allí, se convirtiera en hermano mayor protector en modo gallina clueca, y la trajera de vuelta a casa en seguida, sin reparar en absoluto en la ropa que llevara ella ni en el palmito que luciera. Sin reparar en ella.

No por primera vez en su vida, Fanny se sintió partida en dos. Sin saber si darle las gracias a la Providencia por tener a Ángel, o si maldecirla, por haberla hecho nacer a ella en el año equivocado.

Capítulo 18

Ángel se despertó sobresaltado de madrugada, agitado y sudoroso. Le costaba respirar, y necesitó unos momentos para orientarse y darse cuenta de dónde estaba.

Ah, sí, en su habitación. Y estaba solo, gracias a Dios.

Todo estaba a oscuras. La única iluminación era la débil luz de las farolas de la calle, que entraba a través de la persiana medio bajada.

Había tenido un sueño de esos. Otra vez.

Dedicó unos instantes a suspirar, mirando alrededor. La figura oscura del armario, a los pies de la cama, las lucecitas del equipo de música, la sombra de la guitarra junto a su mesita de noche... Todo era reconfortante y familiar. La impresión iba pasando poco a poco, y volvía a respirar normal.

En cuanto se sintió un poco mejor, se puso a analizar su problema.

Llevaba ya varios días teniendo sueños con Fanny y despertando sobresaltado. Esto empezaba a preocuparle. ¿Qué demonios andaba mal en su cabeza?

La primera vez que le pasó, se asustó y no pudo pegar ojo el resto de la noche. Pero al día siguiente, le quitó importancia y se dijo que debía haber sido porque llevaba tiempo sin liarse con tías, y que a lo mejor lo que necesitaba era algo de acción.

Lo mismo se dijo la segunda vez, y la tercera...

Ahora bien, esto ya empezaba a darle miedo. No soñaba nada malo, ni que fuera a pasarle nada a ella. Pero todas las noches se despertaba angustiado y sobresaltado, como hoy.

Y es que en sus sueños, se veía casándose con Fanny en una iglesia llena de flores, y besándola tiernamente en los labios.

Le sacudió un escalofrío. Suspiró otra vez. Estaba agotado por tantas malas noches. Tenía que encontrarle alguna solución a esto.

El primer sueño lo tuvo la semana pasada. Estuvo con una chica el viernes por la noche, la tal Ana. Y con otra el sábado, una tal Reyes. Pero los sueños habían continuado en el mismo plan como si nada. ¿A lo mejor necesitaba más acción todavía? ¿Más chicas? Lo curioso era que él no pensaba en mujeres estando despierto...

¡Qué enigma!

De cualquier modo, ahora mismo no quería volver a dormir. Se sentía confuso y le daba

miedo repetir el sueño. Lo mejor que podía hacer era levantarse y tomar algo.

Nada más abrir la puerta de su cuarto, vio luz al otro lado del salón, en la cocina, y escuchó el ruidito de una cucharilla removiendo algo en un vaso.

Titubeó. No tenía ganas de ponerse a hablar ahora. Pero tenía mucha sed, y el sonido de la cucharilla le había dado ganas de tomar un zumo o un refresco. Tendría que resignarse y salir a enfrentar a quien fuera.

Anduvo descalzo por el salón. Escuchó un carraspeo familiar. La puerta de la cocina estaba entreabierta, de modo que se veía una línea luminosa blanca en medio del pasillo a oscuras. Ángel llegó y empujó suavemente la puerta, llamando en voz baja:

—¿Santi?

Su amigo carraspeó otra vez. Ángel abrió la puerta del todo. Y se lo encontró allí de pie, ante la encimera, en calzoncillos, con los pelos de punta, y con un vaso de cristal en una mano y una cucharita en la otra.

—Eh, buenas noches, hermano —dijo Santi, con una sonrisita torcida.

Trataba de hablar en voz baja, seguramente para no despertar a su novia. Pero tenía tanto torrente, que todos sus esfuerzos eran inútiles, y sonaba como si estuviera dando gritos.

Volvió a remover el vaso con la cuchara. Ángel vio que dentro había algo que parecía ser agua blanquecina.

—¿Qué tomas? —preguntó.

—Bicarbonato —dijo Santi. Tomó un sorbo del vaso e hizo una mueca—. Sabe a rayos.

—Joder, qué mal. ¿Te duele el estómago?

Ángel abrió el frigorífico. Tomó una lata de refresco de naranja.

—Me ha sentado mal la cena —dijo Santi, apurando el vaso.

Ahora hizo una mueca aún más grande.

—No es para menos. Te zampaste una pizza entera tú solo.

—No me la recuerdes. Todavía la tengo aquí. —Se llevó la mano a la garganta.

Ángel tomó un sorbo de su refresco. Pues sí que estaban buenos los dos.

—Comes como una lima, tío. Verás cualquier día —comentó.

Santi hizo una seña con una mano como para quitarle importancia. Se sirvió un vaso de agua del grifo.

—¿Nos vamos al salón? —preguntó—. No me apetece charlar aquí de pie a las tres de la mañana. Ya que estamos jodidos, al menos estar sentados, ¿no te parece?

Ángel no podía estar más de acuerdo.

Instantes más tarde, habían encendido una lamparita y estaban los dos sentados en el sofá, cada uno con su respectiva bebida en la mano.

—¿Se te pasa un poco? —dijo Ángel, viendo que su amigo se llevaba una mano al estómago.

Santi negó.

—¿Tienes ganas de vomitar o algo? —insistió Ángel, preocupado.

Santi hizo seña con una mano.

—No, no. Se me quitará con el bicarbonato. Me pasa siempre que ceno así algo fuerte. —Miró a Ángel con curiosidad—. ¿Y tú qué? No creo que tengas indigestión tú también. Anoche cenaste un trocito así. —Señaló un espacio mínimo con dos dedos—. Y le dejaste el resto a Gina.

—Oh, es que he tenido una pesadilla.

—Ah.

Hubo un silencio. A Ángel le sorprendió que su amigo no insistiera más, pero también lo agradeció. No quería hablar de sus sueños con nadie, por favor. Solo con pensarlo, se moría de vergüenza.

Pero Santi pareció leerle el pensamiento, como solía hacer, porque a los pocos instantes, dijo:

—¿Y qué clase de pesadilla ha sido, para sacar de la cama a un tío de treinta años?

—Vaya, gracias por recordarme mi edad —protestó Ángel agriamente, y tomó un sorbo de su lata.

—Ah, entonces es sobre Fanny —sentenció Santi, muy seguro.

Ángel estuvo a punto de atragantarse con el refresco. Tosió un par de veces, tapándose la boca con una mano, y en cuanto pudo hablar, exclamó, en voz baja:

—¿Cómo demonios sabes eso?

—Ah, muy fácil. Normalmente, te da lo mismo pensar en tu edad, salvo si tiene que ver con ella. Es superior a tus fuerzas. Te toca la fibra, o yo qué sé.

Ángel le miró con el ceño fruncido. ¿Tan transparente era? Empezó a preguntarse si conseguiría mantener lo de sus sueños en secreto. Este tío parecía que le leía la mente de verdad, rayos.

–¿Qué? He acertado, ¿no? –dijo Santi, tomando un sorbito de su vaso como si tal cosa.

–Pues sí –murmuró Ángel, mirando ahora a las profundidades de su lata.

–¿Y qué has soñado, m? ¿Que se iba con otro?

–No te lo pienso contar –contestó Ángel, muy seguro.

–Venga, ya, hombre...

–No.

–Ya no somos niños, tío. No me voy a espantar de nada.

–Por eso mismo.

–Venga...

–Pero si solo es un sueño...

–Ya, pero lo que sea te ha sacado de la cama. Y por la cara que estás teniendo estos días, no es la primera vez.

Demonios con la perspicacia de Santi...

Ángel miró a su amigo de través con el ceño fruncido:

–¿Has pensado dedicarte a la adivinación? –dijo–. Podrías quitarle el puesto a cualquier adivino de los que salen en la tele si te lo propusieras.

Santi soltó una carcajada.

–¡En serio, tío! –insistió Ángel–. Llevamos cinco minutos aquí sentados, y ya me has adivinado el pensamiento cinco veces. Una vez por minuto. Tú sigue así y nos hacemos ricos.

Santi se rió con todas sus ganas, tapándose la boca con la mano.

–¿Quieres callarte? –protestó–. ¡Gina está dormida!

–Yo no tengo la culpa de que tengas una risa tan escandalosa –se defendió Ángel.

Y sí, no le había quedado más remedio que sonreír él también.

–No hay que ser adivino contigo, hermano. Solo hay que conocerte un poco. Llevas enamorado de Fanny desde que la conociste.

–¡Oh, ya estás con lo mismo! ¡Llevo años oyéndote decir eso!

–M-m. Nueve años. ¿Y acaso es mentira?

–Sí, sí lo es.

–No. Lo que pasa es que no lo reconoces.

–Joder, Santi...

–¡Es que no sé lo que te pasa! ¿Tan difícil es de admitir? Estás enamorado, sí, ¿y qué?

–No estoy enamorado.

–¡Oh, sí que lo estás!

–Santi...

–Si no lo estuvieras, haría muchos años que te habrías echado novia formal. A ver, no tienes una de esas desde que te dejó aquella morena...

–Elena –murmuró Ángel a desgana.

–¡Esa! –Santi le señaló con un dedo, como si hubiera recordado algo importante–. ¿Y de eso hace...?

–Nueve años –murmuró Ángel, ahora con boca pequeña.

–¿Lo ves? ¡Los mismos que hace que conoces a Fanny!

Ángel alzó los ojos al techo.

–No tiene nada que ver –protestó.

–Ya. Y yo te creo –dijo Santi con sorna.

–¡En serio!

–M-m.

–Elena me dejó por otro, tío. He tenido tres novias y las tres me han hecho lo mismo. ¿Crees que tengo ganas de tener otra?

Santi hizo una mueca de desdén.

–¡Bah! ¿Y por eso te lías con unas y con otras? No te creo, chico. Lo que estás haciendo es pasar el tiempo mientras esperas a que Fanny crezca.

Ángel le miró con expresión de hastío.

–¿Otra vez? Pero, ¿cómo se te ocurre...?

–¿Qué pasa? Cada vez que te lo digo, parece que oyes una barbaridad, joder.

–¡Fanny es diez años más joven que yo! ¡Es una niña!

Santi le miró con una sonrisita sabihonda.

–Sí, estabas esperando a que Fanny creciera, digas lo que digas. Tu problema... –Le dio un golpecito en un hombro con un índice–. Es que ya ha crecido.

–¿Qué demonios...?

–Ha crecido, Ángel, no hay más que verlo. Es una mujercita preciosa, tío. Eso no me lo vas a negar.

No, desde luego que Ángel no podía negarlo. Pero tampoco podía decirlo. Ni siquiera pensarlo. No estaba bien.

Se mordió los labios. Santi llevaba años diciéndole lo mismo. ¿Y si tenía razón?

¿Y qué si tenía razón? Fanny era su niña, su pequeña mariposa. Nunca podría...

Sacudió la cabeza. Se llevó la lata a los labios murmurando:

–Esto no son más que paranoias.

Santi guardó silencio. Pero su mirada penetrante era difícil de ignorar. Ángel empezaba a sentirse incómodo.

–¿Por qué no se lo dices? –preguntó Santi al fin, en voz baja y casi suave.

–No tengo nada que decirle.

–¿Qué pasa? ¿Te da miedo de que te diga que no?

Ángel sacudió la cabeza otra vez. Santi le miraba preocupado ahora.

–¿Qué te pasa, hermano?

Ángel se encogió de hombros.

–Eh, somos colegas –insistió Santi, dándole un suave empujoncito en un brazo con uno de los suyos–. Si te estoy viendo en calzoncillos, hombre... No me voy a asustar de nada, de verdad.

Ángel sacó una sonrisita nerviosa.

–Tú estás en calzoncillos. Yo he tenido la decencia de ponerme una camiseta.

–Detalles...

Ángel guardó silencio, mirando otra vez el fondo de su lata. Por su parte, Santi le miraba a él, como aguardando.

–¿Me... Me prometes que no se lo dirás a nadie? –murmuró Ángel.

–Lo prometo –asintió Santi, muy seguro.

–¿Ni siquiera a Gina?

–Lo prometo –repitió Santi, rotundamente.

–Y por supuesto, ni pensar en decírselo a Fanny.

–Prometido.

Santi parecía tan seguro... Y la realidad era que este problema estaba empezando a ser ya más grande que él. ¿Y si se lo contara? A lo mejor, le ayudaba a sentirse mejor...

Y a la vez... ¡Qué vergüenza! Santi se iba a reír de él mucho y bien.

–Ah... Estoy soñando con Fanny algunas noches –comenzó, muy bajito, haciendo girar su lata entre sus dos palmas abiertas.

–M-m. Sueñas que se va con otro.

–No. Sueño otras cosas –murmuró Ángel, con boca pequeña.

–¿Qué cosas?

Ángel miró a su amigo de modo muy elocuente desde debajo del flequillo.

Santi pareció tardar unos instantes en captarlo. Le miró primero como aguardando, luego confundido, y al fin, poco a poco, fue abriendo grandes ojos. Y luego sacó una sonrisa aún más grande.

–¡Ooohh! ¿Esas cosas? ¡Oh, ya entiendo! –Volvió la cara, como si no pudiera creerlo, y luego le miró otra vez–. ¿En serio? ¿Esas cosas, tío?

Ángel frunció el ceño. Pero, ¿qué...?

–¡Sueño que me caso con ella, pervertido! –exclamó, dándole un codazo a Santi en un costado.

Su amigo se tapó la cara con una mano, como la persona que ha estado buscando algo, y de pronto se da cuenta de que lo ha tenido todo el tiempo delante de su nariz. Ángel volvió a mirar la lata que tenía entre las manos. Mierda. Ahora tocaba escucharlo reírse de él. No debería haber dicho nada.

Y sí, Santi siguió hablando, pero no dijo lo que Ángel esperaba.

–¡Joder! ¿En serio? –Rodeó su cuello rudamente con un brazo, le dio un besito fraternal en la frente–. ¡Qué mal! Con lo independiente que eres, y con lo que quieres a esa niña... ¡Y luego tienes

que verla todos los días, y hacer como si no pasara nada! ¡Pobrecito, hombre!

¡Ah! Ángel no podría haberlo expresado mejor.

—¿Y no te había pasado nunca antes? —insistió Santi con interés.

—No.

—Joder...

—Sí.

—Y por supuesto, no piensas decírselo.

—¡Claro que no! Se asustaría, pobrecita.

Santi se echó a reír. Ángel le miró de través, extrañado.

—¿Qué pasa? ¿No me crees?

Santi negó, llevándose su vaso a los labios.

—No. Esa niña te adora, chico. Tú cuéntale lo de los sueños, y la tienes casándose contigo, pero de verdad.

Ángel hizo una mueca.

—Me da miedo, Santi, tío. No quiero ni pensarlo. ¡Es una niña!

—Es una niña aquí. —Santi le dio un empujoncito con un dedo en una de sus sienes—. Pero no... —Señaló vagamente hacia su pectoral izquierdo—. No por ahí. Y ese es el que sabe, hermano.

—¡Anda ya!

—¡En serio!

—Santi, por Dios. Como te dé por decirle algo...

—¿Yo? Ni pío, tío. Me lo has contado en confianza. ¿Por quién me tomas? No voy a joderte la vida de ese modo. —Apuró su vaso, antes de añadir, como si se le acabara de ocurrir—: Además, eres tú quien tiene que decírselo, no yo.

—¡No voy a decirle nada!

—Ya. Lo harás cuando juntes valor. Entendido.

—¿Qué?

—Nada. Solo digo que tú sigue esperando. Verás cómo cualquier día se presenta aquí la niña

con un novio. Y a ver qué pasará entonces.

Ángel bajó la cabeza. ¿Fanny con un novio? Cielos, nunca se le había ocurrido. Su niña era demasiado joven para eso, ¿verdad?

¿Verdad?

–Díselo, Ángel –insistió Santi.

–¡No puedo decírselo! ¡Mírame, Santi! Viejo, sin trabajo, sin futuro... ¡Soy un perdedor!

Santi le miró ahora muy serio.

–¿Lo eres? Por lo menos tú sigues viviendo de la música...

–Sí, tocando la guitarra en la calle.

–Es algo. Yo soy peón de albañil.

–Santi, no he querido recordarte la carrera, ni hacerte sentir mal por...

–No, no me siento mal por eso. Desde mi punto de vista, no somos perdedores, hermano. Al contrario. Si lo hubiéramos tenido fácil, hoy tendríamos la carrera terminada y lo ganaríamos bien. Pero la vida nos lo puso muy difícil. Y sin embargo, aquí estamos, ¿verdad? ¿Somos perdedores? No. ¿Sabes lo que somos?

–No se me ocurre.

–Supervivientes, Ángel. Eso es lo que somos. ¿Y sabes qué?

Ángel miró a su amigo ahora con curiosidad. Santi asintió, muy seguro, con un brillo extraño en los ojos, algo parecido al orgullo.

–Tu Fanny es de las nuestras.

Ángel asintió, pensativo.

Sí, lo era. Fanny llevaba años sobreviviendo al maltrato de su padre. Pero, ¿qué tenía eso que ver con él? ¿En qué le ayudaba a su problema?

Sacudió la cabeza. Todo esto no eran más que tonterías de las tres de la mañana.

–¿Sabes lo que creo yo? –dijo.

–¿M?

–Que lo único que necesito son más tías.

Ángel apuró su lata. Santi sacudió la cabeza también.

-Chico, a veces eres tonto del bote -fue todo lo que dijo.

Capítulo 19

Después de pensarlo mucho, Fanny había decidido no decir nada en casa acerca de la salida que tenía prevista con Andrea hasta el mismo sábado por la noche. No quería arriesgarse a que su padre le dijera primero que sí, y que luego cambiara de opinión durante la semana y la dejara sin salir en el último momento.

O peor aún, que le dijera que no desde el principio. Lo cual le costaría una semana de broncas y luchas, porque Fanny pensaba salir sí o sí.

Además, se le ocurrió pensar que si la veía ya arreglada y en la puerta, a él no le quedaría otra que consentir. Aunque solo fuera por esta noche.

Oh, claro que corría el riesgo de que él lo tomara como una salida a traición. Y en cierto modo, lo era. Si era así, Fanny sabía que su padre podría vengarse luego mucho y bien, dejándola encerrada para los restos. A lo mejor la jugada le costaba no poder volver a salir ningún fin de semana, nunca más en su vida. Pero si esta noche conseguía liarse con un tío, habría merecido la pena.

Al menos, saber lo que se sentía, por favor. Aunque solo fuera eso.

—¿Se puedes saber a dónde te crees que vas a esta hora? —dijo Carlos, en cuanto la vio salir del baño.

La revisó de arriba abajo. Y no pareció en absoluto complacido con su inspección, aunque Fanny no entendió por qué. Tampoco se había puesto nada de especial. Para empezar, porque sus padres no la dejaban ponerse faldas ni vestidos. Decían que así un posible violador lo tendría más fácil para meterle mano.

—¿Y vestida así? —inquirió su padre.

—¿Qué? Voy normal. Solo voy a dar una vuelta con Andrea por el barrio.

—¿A las diez de la noche? ¿Un sábado? ¿No podéis pasear de día, o qué? —Pareció reparar de pronto en algo, porque la miró con desconfianza—. ¿Andrea? ¿Qué Andrea?

—¡Andrea! La única que conocemos. La nieta de Dolores, la del piso de la esquina.

—¡Pero si esa niña se fue a San Sebastián hace años! ¿Te crees que estoy tonto, Fanny?

—¡Que no, papá! Volvió hace unos días. De verdad. La vi el martes, y me dijo que está viviendo otra vez en el barrio.

—¿Y por qué no me lo dijiste el martes? ¿Eh? ¿Por qué tengo que enterarme así, de mala manera?

–¡Porque se me olvidó!

–¡Pero sí que te has acordado de arreglarte para salir!

La madre levantó la cabeza de su costura para intervenir:

–Está en la edad de querer salir, Carlos...

–Sí. Y en este barrio, solo hay gentuza, Blanca.

–Pero...

–Además, no me creo lo de Andrea.

Fanny hizo un gesto de impaciencia. Rayos, tendría que haberle dicho a la otra chica que viniera ella a buscarla. Había metido la pata en esto, maldita sea.

No obstante, hizo un intento desesperado por salir airosa.

–¡Papá, es de verdad! –insistió–. Mira, hemos quedado en su casa. Pero si quieres, voy a por ella, y le digo que venga para confirmártelo, ¿sí?

Dio unos pasos en dirección a la puerta, pero su padre se puso en pie.

–¡Ni hablar! ¡Tú no pones un pie fuera de casa esta noche, jovencita!

–¡Pero papá...!

Muy oportunamente, en aquel momento, sonó el timbre de la puerta. Antes de que Fanny pudiera decir nada, el padre salió, andando a grandes zancadas hacia el pasillo, y murmurando, con malos modos:

–Voy yo. Hoy no te me escapas.

Fanny le siguió de todas formas.

Por suerte para ella, la persona que llamaba era Andrea. Fanny en su vida se había alegrado tanto de ver a alguien.

–¡Andrea! –exclamó–. ¡Qué bien! Precisamente, le estaba diciendo a mi padre que habíamos quedado para salir hoy, ¿verdad?

–Desde luego. Vengo a recogerte. Buenas noches, Carlos.

Fanny vio que su padre sacaba una amplia sonrisa, y exclamaba:

–¡Andrea! ¡Qué sorpresa, hija, después de tantos años! ¡Cuánto has cambiado!

Andrea sonrió tontamente y se llevó una mano al pelo, como para ahuecárselo.

–Usted no ha cambiado nada, Carlos. Siempre está joven.

¿Era cosa de Fanny, o su amiga estaba coqueteando con su padre? ¿Y él parecía complacido con ello, además? ¡El colmo!

–Hombre, sí –contestó Carlos–. A uno le gusta cuidarse. ¿Y tus padres? ¿Están bien?

–Muy bien. Le envían recuerdos.

Fanny estaba completamente segura de que ahora Andrea estaba mintiendo. Y como una maestra, además. ¿Y Fanny se tenía por una experta mentirosa? Andrea le ganaba por goleada.

–¿Así que habéis vuelto al barrio? –decía su padre con interés.

–Sí. Solo mi madre y yo. Mi padre se ha quedado en San Sebastián, trabajando.

¿Cuántas mentiras podía llegar a decir Andrea en solo cinco minutos? Y eso que Fanny era buena inventando excusas... Pero esta chica le superaba con creces. ¿Le mentiría también a Fanny con la misma facilidad?

–¿Y decís que vais a dar un paseo? –dijo Carlos.

–Sí. Si usted no ve inconveniente...

–¡Oh, por supuesto que no! –Para sorpresa de Fanny, su padre le dio un empujoncito a ella hacia la salida–. ¡Vamos, salid y divertíos! Si estáis en toda la edad. Y tan guapas... Mira Andrea lo arreglada que está, Fanny. No como tú, hija mía, que pareces siempre un enterrador.

¿Qué demonios...?

Fanny miró a su padre con el ceño fruncido. ¡Pero si no podía arreglarse porque él no la dejaba! ¡Ya quisiera ella poder ponerse falda corta y botas de plataforma, como Andrea! ¡Ya quisiera poder pintarse los labios negros, como ella! Cosa que probablemente empezara a hacer, hala. Desde hoy mismo. Estaba harta de su padre.

–¿Lleváis dinero? –seguía diciendo él, sacando su cartera.

Le dio un billete de mil a Fanny con mucha ceremonia, como si fuera un gran señor, diciendo:

–Toma, hija. Para que toméis algo. No vengáis muy tarde, ¿eh?

Fanny se preguntó si a su padre le estaría doliendo la mano por haber tenido que desprenderse de un billete para quedar bien delante de Andrea. La cara desde luego, sí que debía dolerle. Su sonrisa no podía ser más forzada.

Por su parte, Andrea tenía los ojos con estrellitas. Siguió con la vista el billete mientras cambiaba de mano y desaparecía en uno de los bolsillos del pantalón de Fanny.

–¡Qué generoso es usted, Carlos! –dijo–. ¡Todos los padres del mundo deberían ser como

usted!

–Lo sé –dijo él, con aire muy afectado. Hizo un gesto con la mano–. Pero mis hijas no saben valorarlo. –Un suspiro sufriente–. En fin, marchaos ya, niñas. Pasadlo bien.

–¡Sí, muchas gracias! –dijo Andrea, agarrándose a un brazo de Fanny.

Carlos se permitió darle a su hija un beso en la frente, algo que no hacía jamás, y las vio marchar, diciéndoles adiós con la mano con una sonrisa complacida.

Fanny estaba perpleja.

Había visto a su padre transformarse cuando estaba delante de gente ajena a la familia muchas veces antes. Pero nunca había visto algo como esto.

–¡Qué fuerte, tía! –exclamó, en cuanto llegaron a la calle–. ¿Te puedes creer que no quería dejarme salir? Y ha sido verte a ti...

–Hago magia con los hombres, chica, ya lo ves –dijo Andrea despreocupadamente.

–¡En serio! –insistió Fanny–. No se creía que habíamos quedado. Menos mal que se te ha ocurrido venir a buscarme.

Andrea sacudió el pelo.

–Me imaginé que podrías necesitar un empujoncito. Me dijiste que no os lleváis muy bien. Por cierto... –La miró de arriba abajo–. ¿Esta es la ropa más arreglada que tienes?

–¿Qué quieres, si mi padre no me deja comprarme faldas?

–¿Ah, sí? Pues algo tendremos que hacer sobre eso. ¿Y maquillaje? Me dijiste que tenías.

–Me he maquillado. ¿Qué pasa? ¿No se nota?

–No mucho, tía, la verdad.

Fanny chasqueó la lengua.

–¿Traes barra de labios?

Andrea sonrió ampliamente. Se detuvo, abrió un bolsito pequeño que llevaba y sacó un pintalabios y un espejito, comentando:

–Desde luego... ¿Qué sería de ti sin mí, a ver?

Fanny no contestó. Prefirió repasarse los labios a toda prisa. Se miró en el espejito desde distintos ángulos. Mucho mejor así, la verdad.

Una vez satisfecha, le devolvió las cosas a la otra chica, que lo guardó todo y volvió a

agarrarse de su brazo, mientras se ponían en marcha otra vez hacia la parada del autobús.

—¿Tienes ya alguna idea de a dónde ir? —preguntó Fanny.

—¡Oh, sí! Mi madre habla de algunos sitios. Podríamos probar, a ver. Si ella consigue tíos allí, ¿por qué no íbamos a conseguirlos nosotras?

Andrea le guiñó un ojo. Y luego le apretó el brazo, como para hacerle un mimito, exclamando de pronto:

—¡Fanny, tía! Hace unos años estábamos jugando con muñecas, y ahora salimos a buscar novio, ¿a que es genial? Amigas para siempre, ¿verdad?

—Ah... Sí, sí —contestó Fanny.

Aunque no sabía muy bien qué había querido decir la otra chica con eso.

¿Qué concepto de “amigas para siempre” tenía Andrea?

Las dos jóvenes aterrizaron para empezar en un bar de la capital.

A la segunda copa, Andrea ya hablaba con la lengua pegada al paladar y se reía como si fuera tontita. Claro que para entonces, ya tenían a dos chicos dándoles conversación.

De allí pasaron a una discoteca. Fanny agradeció el cambio, porque se sentía agobiada en el bar, por el humo y la gente. Además, le gustaba mucho la música, y esperaba poder bailar.

No tuvo mucha ocasión de hacerlo, sin embargo. En cuanto entraron en el local, Andrea desapareció con uno de los chicos en dirección a la barra. Y ella se quedó sola con el otro, un chico castaño, de ojos castaños también y de sonrisa un tanto insolente, que decía llamarse Pablo.

Fanny empezó a ponerse nerviosa. Nunca antes había estado sola con un desconocido. Y este tal Pablo se pegaba mucho a ella para su gusto.

Recordó que había venido aquí para esto, ¿no? Para saber lo que se sentía al tener a un chico pegado a ella. De modo que se guardó su inquietud en el ombligo y no se apartó.

Antes de poder darse cuenta, se vio con la boca de él en la suya. Por las buenas, y casi sin avisar.

Y con las manos de él en sus pechos, por encima de su camiseta. ¡Demonios, este tío era un pulpo! Y en medio de una discoteca llena de gente... Sí, estaba oscuro, pero aún así, a Fanny le sorprendió. Le pareció muy fuerte. ¿Así de decididos eran los hombres normalmente?

Mientras estaba allí, en la penumbra, dejándose morrear y meter mano porque no se le ocurría hacer otra cosa, se acordó de Ángel. Por las buenas.

¿Sería él también así de lanzado con las chicas? ¿Dónde estaría ahora mismo? ¿Estaría con

alguna de las chicas con las que se liaba? ¿Por qué no podía ser él quien la besara así, en lugar de Pablo?

Ángel también estaba en la calle esa noche, y en una discoteca, por cierto. Pero en otra distinta, en su mismo pueblo.

Estaba con otra chica. Lo de los sueños de boda le tenía preocupado y agobiado, y este era el único modo que se le ocurría de intentar hacer que desaparecieran.

A decir verdad, se sentía poco inspirado esta noche. Y la chica que le había tocado en suerte tampoco ayudaba. No era guapa, y hablaba en un tono de voz monótono que aburría hasta a las piedras. Ángel tendría que emplearse a fondo, si quería quedar bien esta vez.

Decidió que cuanto antes salieran de eso, mejor. Ya estaba todo hablado y acordado, de todas formas. Así que en cuanto lo vio bien, sin prisa pero sin pausa, empezó a escoltar a la chica hacia la salida. Ella se dejó acompañar sin rechistar.

Ángel soltó un suspiro de alivio cuando se vio en la calle. El fresco de la noche le despejó la cabeza, y le ayudó a sentirse mejor. Ya estaba hecho lo más difícil. Solo le quedaba llegar a casa, cumplir, y hala, listo. Podría olvidarse de la conquista de esta noche para los restos.

¿Desde cuándo el sexo se había convertido para él en “cumplir”?

Desde que tenía que hacerlo por culpa de los sueños raros, demonios. Ángel no había tenido ganas de salir hoy. Habría preferido haber podido quedarse en casa, cómodamente tirado en su cama, leyendo y escuchando música.

La chica seguía hablando, y él la escuchaba solo a medias, ocupado con su particular dilema.

¿De verdad era este el único modo de dejar de tener esos sueños? Ángel no tenía ni idea. Santi decía que dejaría de tenerlos en cuanto reconociera que estaba enamorado de Fanny. ¡Pero eso era imposible! ¡Fanny era...!

¡Ah, un momento!

Se detuvo. Su vista acababa de tropezar con algo que le recordó a Fanny, precisamente. Pero que no tenía nada que ver con bodas, ni mucho menos.

Era un cartel. Pegado con cinta adhesiva sobre la pared de ladrillo, junto a la persiana metálica cerrada de un pequeño supermercado.

“Se necesita personal”, ponía. “Interesados, preguntar por Carmen. Razón aquí.”

—¿Estás bien? —preguntó una voz de mujer a su lado.

Ángel se sacudió. Recordó de pronto que venía acompañado. La chica de la discoteca le miraba con expresión interrogativa. Intentó recordar su nombre, pero por su alma que no lo consiguió.

Por primera vez en su vida, se preguntó si era un buen tío por hacer esto, por follar sin ton ni son con desconocidas. En este momento, no lo tenía tan claro. Y tenía muy presente a Fanny. ¿Merecía ella tener a un tío como él en su vida?

–Te has quedado mirando esa pared –prosiguió la chica–. ¿Te pasa algo?

–Ah... No. Es que me he acordado de una amiga.

Ángel alargó la mano. Despegó de prisa el cartel, lo dobló cuidadosamente, y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

–Creo que esto puede venirle bien –dijo, sin querer dar más detalles.

–Estás muy pendiente de tus chicas, ya lo veo –dijo ella, con una sonrisita.

Ángel no contestó. Continuó caminando. Estaba deseando de veras perder de vista a esta mujer. Se arrepentía de haberle propuesto liarse con él esta noche. Le caía mal. Pero ahora eso ya no tenía remedio.

Mañana era domingo. No creía que pudiera ver a Fanny. Tendría que acordarse de darle el papel el lunes, cuando la viera.

Puede que Fanny no mereciera tener a un hombre como él en su vida, ni siquiera como amigo. Pero sí merecía toda la ayuda que él pudiera darle. Y todo el cariño. A lo mejor, así Ángel conseguía redimir sus propios pecados y verse a sí mismo con otros ojos...

Algún día.

Capítulo 20

—Fanny... ¿Qué pasa, tía? —dijo Andrea, dejándose caer junto a su amiga, en el mismo banquito del parque en el que hablaron la última vez.

Era lunes a mediodía. Las chicas salieron el sábado. Y al llegar a casa, habían quedado en que se verían hoy aquí para charlar un rato acerca de cómo les había ido en su primera noche de caza juntas.

Fanny miró a Andrea por un momento, antes de contestar, tomando una calada de su cigarro:

—¿Estás mala, tía? Tienes una cara...

—Resaca. —Andrea se frotó un ojo con una mano, por la parte de abajo, para no emborrionarse el maquillaje—. Ayer me pasé el día vomitando y durmiendo. ¿Tú no?

—No. —Fanny le ofreció el paquete de tabaco—. ¿Quieres?

Andrea tomó un cigarro y lo prendió agradecidamente. Se recostó hacia atrás, apoyando la cabeza en la pared a su espalda.

—¿No? ¡Qué raro! ¿No bebiste el sábado, igual que yo?

—No bebí tanto como tú. Acabaste borracha, tía.

—¿Y tú no? ¡Qué fuerte!

—Me gusta controlar, qué quieres que te diga.

—Controlas tú que no bebes nunca, y yo no. Anda que...

—Alguna de las dos tenía que estar cuerda para poder volver a casa.

—Ya. —Andrea suspiró. Tomó una calada, con los ojos cerrados y preguntó—: ¿Y qué? ¿Lo pasaste bien? Fue un triunfo, ¿no?

—¿Triunfo? No jodas.

—Ah, ¿no triunfamos? —Andrea la miró, extrañada—. Porque vamos, yo estaba borracha. Pero me acuerdo de que se nos acercaron dos tíos. Y me acuerdo de haber morreado a uno y de haberte visto a ti en lo oscuro de la discoteca morreándote con el otro.

—¿Y ese fue el triunfo? —Fanny hizo una mueca de desdén.

—¿Te parece poco? Un tío para cada una. ¿No era eso lo que íbamos buscando?

–Ya, pero...

–¿Qué pasa? ¿El tío no te metió mano, o qué?

–Oh, sí. Metió mano. En el sujetador. Y también lo intentó por dentro del pantalón, ya te digo. Pero a mí me pareció muy fuerte allí en medio y le dije que no.

–Vaya, que tu problema es que te quedaste con las ganas.

–No me quedé con ninguna gana. Mi problema es que el tío no me puso en absoluto.

Andrea la miró otra vez con cara rara.

–¿No te puso? Pues el morreo que yo vi...

–Fue un morreo. Punto. No sentí nada. El tío estaba empeñado en meterme la lengua hasta el hígado, qué asco. Fue bruto y a la tremenda. Y tenía unas manazas... No me dio ningún gusto, qué quieres que te diga. No sentí nada, en realidad.

Andrea soltó una risita, como si no pudiera creerlo.

–¡En serio! –exclamó Fanny–. Me decepcionó. ¿Eso es liarse con un tío, Andrea? ¡Pues vaya, tía! Me quedé igual. ¡Qué chasco!

Andrea volvió a recostar la cabeza. Tomó otra calada.

–¿Qué creías que era, a ver?

–Yo qué sé. Esperaba... No sé. –Fanny lo pensó un momento, sacudiendo la ceniza de su cigarro–. Esperaba sentir escalofríos, cosquillitas en la barriga... No sé. Esperaba sentir algo. Pero no sentí nada en absoluto. Ni siquiera me excitó. Un chasco total, vaya.

No lo dijo. Pero lo pensó.

Había esperado sentir lo mismo que cuando Ángel le acariciaba la mano o la mejilla. Esos escalofríos, esa anticipación, esas ganas de más... En su ingenuidad, se había dicho a sí misma que si eso lo sentía tan solo con una caricia inocente, cuando besara a un hombre y tuviera un contacto más íntimo, sería algo espectacular, ¿verdad? En cambio, no había sentido nada en absoluto, y se sentía decepcionada.

Andrea soltó una risita, sin mirarla.

–A ver si vas a ser frígida, chica –dijo.

–¿Qué dices? –contestó Fanny–. El problema no estaba en mí. Ese tío era un bruto.

–Ya.

–Y era feo.

–Era más guapo que el mío.

Fanny arrojó su colilla al suelo. Andrea hizo lo propio y se sentó igual que su amiga, con las rodillas juntas y los talones apoyados en el asiento del banco.

–Andrea, tía, no me ponía nada de nada.

Andrea abrió los ojos, miró al cielo con aire pensativo.

–¿No estarás enamorada? –dijo de pronto.

–¿De ese tío bruto? –se espantó Fanny.

–No, no. De otro. Tú dirás lo que quieras, tía, pero no era feo. Claro que si estás enamorada de otro, cualquier tío te parece feo y bruto... Eso me pasa a mí con Tino. Cualquier chico que no sea él, me parece feo. De hecho, yo tampoco sentí nada la otra noche...

Se quedó pensando un poco más, mirando las nubes sobre su cabeza. De pronto, miró a Fanny con curiosidad, y dijo:

–¿Lo estás, y no me lo has dicho?

Fanny parpadeó, confundida.

–Que yo sepa, no –dijo, con toda sinceridad.

–¡Vamos! Eso de los escalofríos y las cosquillitas ha sido lo más ñoño que he oído en mi vida. ¿Lo has sentido antes, o qué?

Fanny abrió la boca para hablar...

Y la volvió a cerrar.

No podía ser que estuviera enamorada de Ángel, ¿verdad?

Andrea se rió.

–¿Qué te pasa? ¿A qué viene esa cara? ¿Lo estás o no?

¿Y por qué no podía ser? Si no estaba enamorada de él, ¿por qué lo quería todo? ¿Por qué sentía celos de las tías con las que él se liaba, a pesar de no haber conocido nunca a ninguna? ¿Por qué se moría por acariciarle el pelo, y la cara, las manos, el pecho y todo él? ¿Por qué se moría por besarle?

Andrea le dio un empujoncito con un hombro en el suyo.

–¡Tía! ¡Que te has quedado embobada! ¿En qué estás pensando? ¿Quién es tu príncipe, a ver?

¡Oh, por Dios, esto era tremendo! ¡Enamorada de Ángel! Con todo lo que le debía, con lo

bueno que era con ella... ¿Pero cómo se había atrevido...? ¿Qué clase de ingrata pervertida era ella?

—¡Joder! —murmuró—. Estoy teniendo náuseas...

—¿Ahora te está dando la resaca? —se burló Andrea. Soltó una risita—. ¿De repente, chica? ¿Dos días después? ¡No jodas!

Fanny se movió, se puso en pie.

—En serio, tía —dijo con mucha prisa—. Estoy poniéndome mala. Me tengo que ir. Ya nos vemos otro día.

—Niña, es verdad que tienes mala cara. —Andrea ya no se reía—. Estás muy blanca. ¿Te acompaño a tu casa?

¡No, a su casa, no! ¡Todavía no! Si aparecía con esta cara, a saber lo que le iban a decir.

—No, no. Puedo ir sola. Estaré bien. Nos... Nos vemos, Andrea.

Y sin más, salió huyendo, caminando deprisa. En principio, en dirección a su casa. Pero en cuanto hubo perdido de vista a su amiga, le dio un rodeo al bloque para enfilar hacia el callejón. Al rincón de las ratas, su refugio.

Estaba desierto, gracias a Dios. Primero se cercioró de que Andrea no la seguía, y luego se dejó caer en el suelo y metió la cara en el hueco entre sus rodillas.

¿Estaba enamorada de Ángel de verdad? ¿Era en serio?

¡Sí, demonios! ¡Andrea lo había dicho! Si estás enamorada de un tío, todos los demás hombres del mundo te parecen feos. Si te gusta un hombre, cada vez que tu piel se roza con la suya, sientes escalofríos. Y tienes ganas de besarle, y...

¡Oh, por favor, esto era horroroso! ¡Pero si ella para Ángel no era más que una niña!

Con razón últimamente se encontraba a sí misma pensando que no podía ser... Con razón se sentía tan triste cada vez que lo pensaba...

¡No podía ser su novio! ¡Era imposible! ¡Ángel jamás se fijaría en ella! ¿Cómo se había atrevido a convertir el cariño tan limpio y puro que tenían desde que era niña en... amor?

Se escupió a sí misma en su mente la palabra “amor”, asqueada. El amor era malo, te volvía vulnerable, daba miedo. El amor hacía que te diera dolor todo lo que hiciera y dijera la otra persona. No se debía sentir amor. Y mucho menos por un hombre diez años mayor que una, que era perfecto, tenía su vida, y tenía sus... Ejem, chicas para estar entretenido.

Fanny se sentía patética, ilusa y miserable. Ángel no debía enterarse nunca de esto. Conociéndole, con el corazón tan grande que tenía, lo más seguro era que la mirase con condescendencia y le dijera dulcemente: “No puede ser, cariño”, o algo así. No lo diría, pero

Fanny lo sentiría en su tono de voz, la lástima. Y ella no lo podría soportar. Se moriría.

Se moriría porque Ángel le importaba. Lo llevaba clavado en el alma desde que lo conoció con once años.

No, cielos. Ángel no debía saberlo. Ni tampoco Santi, por supuesto. Ni Gina. Ni desde luego Andrea. No debía saberlo nadie. Guardaría esta revelación dentro de sí, donde nadie pudiera verla.

Intentaría olvidarle. Volver a sentir el cariño que sentía cuando era niña. Dejar de verle como hombre, y tratar de volver a verle como...

¿Alguna vez le había visto como otra cosa, por favor? Si Ángel era perfecto...

Vaya, que llevaba desde los once años enamorada de él, y no se había dado ni cuenta.

¡Qué horror! ¿Lo habría notado alguien? ¿Santi? ¿Gina? ¿Se lo habrían dicho a Ángel? ¡A lo mejor lo sabían los tres, y no lo decían para no avergonzarla! ¡Era espantoso!

—Oh, por Dios... —murmuró, haciéndose una bola, encogida sobre sí misma, como si así pudiera esconderse del mundo entero.

¿Y qué iba a pasar ahora? ¿Qué podía hacer? ¡Despistarles! Darles a entender que no era verdad. Tenía que hacer como si no pasara nada, dejar de sentir esto por él y...

Y buscarse otro. O mejor dicho, otros.

Ángel era el único hombre en el mundo con quien ella quería tenerlo todo. Si él no podía ser su novio, no lo sería nadie. Lo mejor que podía hacer era ir haciéndose a la idea de esto, y asumirlo cuanto antes.

Vaya, que nunca tendría novio. Pero, ¿eso quería decir que estaba condenada a pasar su vida sola? ¿Habiendo chicos en abundancia? No. Desde luego que no.

La otra noche no tuvo suerte y le tocó un tío manazas. Pero si seguía intentándolo, algún día daría con alguno que sí le hiciera sentir escalofríos, como Ángel. No podía darse por vencida por el chasco del sábado. Tenía que insistir. Le diría a Andrea que quería conocer a más tíos. Se volvería una buscona, si hacía falta. Cualquiera cosa con tal de olvidar este enamoramiento tonto de un hombre imposible, este amor que le estaba prohibido, este sueño de infancia.

Fanny tenía que crecer y olvidar a Ángel. Y lo haría. Como fuera.

¿Por qué pensar esto le daba ganas de llorar? Ah, porque parte de ella seguía estando aquí, en este rincón, esperando ver aparecer a su ángel como cada tarde, soñando con él y viviendo por él.

¡Qué dolor, por favor! ¡Qué dolor no poder decírselo!

Fanny se llevó mucho rato allí sentada, con la cabeza entre las rodillas. Se le escapó alguna lagrimita. Pero esto tampoco lo sabría nadie nunca.

Al fin, cuando se sintió mejor y hubo reunido fuerzas para regresar a casa con cierta seguridad de que sus padres no notarían nada, se puso en pie, y emprendió lentamente el camino hacia su piso, con la cabeza baja.

Se preguntaba cómo lo iba a hacer para olvidar a Ángel. Era fácil decirlo, pero ella no podía vivir sin él. No podía dejar de verle. ¿Cómo olvidar a un hombre al que iba a seguir viendo y tratando todos los días?

En aquel momento, le parecía una tarea imposible.

Estaba en este punto de sus reflexiones, y preguntándose si debía ir esta tarde a verle o no, cuando escuchó una voz que la llamaba:

—¡Fanny!

Se sobresaltó, no pudo evitarlo.

Era la voz de Ángel.

Ángel acababa de salir de su bloque, con la guitarra a la espalda. Se volvió para dirigirse a la parada del autobús para ir a trabajar. Y en ese momento, vio venir a Fanny por la acera de enfrente, hacia su propio portal. Venía caminando muy despacio, y cabizbaja, como preocupada por algo, y se sobresaltó visiblemente cuando él la llamó. ¿Por qué?

Ángel se apresuró por reunirse con ella.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó—. ¿Te he asustado?

—Sí, ah... No te esperaba. —Fanny parecía de pronto ansiosa, y miraba a todos lados menos a la cara de Ángel—. ¿Ya te vas a trabajar?

—Sí. —Ángel frunció el ceño, preocupado—. ¿Te ha pasado algo? Estás muy seria.

Fanny sacudió la cabeza muchas veces.

—¡No, no! —dijo, aún más ansiosa—. Estoy bien, de verdad. No te preocupes. —Titubeó un segundo—. Ah... Que tengas buena tarde.

Hizo la intención de marcharse, pero Ángel preguntó:

—¿Te veré luego?

Ella titubeó otra vez, como insegura.

—No lo sé.

Alzó una mano, como para ir a ponerla sobre su brazo. Pero pareció arrepentirse en el último momento, porque la dejó caer, sin tocarle. Hizo un gesto, que pretendía ser una sonrisa, pero acabó siendo una mueca torcida y triste, y se volvió para marcharse otra vez. Ángel cada vez lo entendía menos.

Se quedó mirando su espalda y su cabellera rojiza, confundido. ¿Qué le pasaba a su niña? Metió las manos en los bolsillos de su cazadora, y sus dedos tropezaron con algo. Un papel.

Entonces lo recordó.

—¡Ah, Fanny, espera! —llamó, caminando deprisa para reunirse con ella otra vez.

Fanny se detuvo en seco. Estaba rígida, pero ahora sí le miró a los ojos.

Ángel se dio cuenta de que los de ella estaban un poco hinchados, como de haber dormido poco, o de haber llorado. Eso le preocupó más aún.

—¿Te ha pasado algo con tu padre, tesoro? —preguntó a bocajarro. Si era esto, Fanny normalmente, no tenía problemas en decírselo.

Pero ella negó con la cabeza y preguntó a su vez:

—¿Qué querías decirme?

—¡Ah, sí! He encontrado esto. —Ángel sacó el papel de su bolsillo y lo desdobló para mostrárselo—. Estaba en la puerta del súper que hay en la calle de la Farmacia. No sé si te servirá.

Al fin, la carita de Fanny se iluminó.

—¡Oh, sí! ¡Qué bien! Espero que me acepten. Iré esta misma tarde a preguntar.

—¿De verdad no quieres que vaya contigo? —insistió él.

—No, no. Tú tienes que trabajar.

—Puedo ir más tarde. Y también... Si tengo que faltar... Por un día, no pasa nada.

Ella negó con la cabeza.

—No, no, Ángel. Te lo agradezco, pero no quiero. Ya haces demasiadas cosas por mí.

—A mí no me importa, Fanny. Lo hago porque quiero.

—Ya, pero...

Ángel se inclinó un poquito sobre ella para añadir, en voz baja e íntima:

—Lo hago porque te quiero.

Fanny bajó la cabeza, como si le hubiera dado vergüenza oírlo. Pero él no se acobardó por ello. Tomó la mano de ella en la suya con cuidado y añadió:

–Lo sabes... ¿Verdad?

Fanny asintió. Metió el papel en un bolsillo y se agarró a la mano de él con las dos suyas.

–Y yo también a ti –murmuró, sin levantar la cabeza.

Sus manitas eran suaves y cálidas, y apretaron la de Ángel como si no fueran capaces de dejarle ir nunca. Parecía tan triste... Casi desamparada.

A él no se le ocurría por qué motivo podría ser. Pero un extraño instinto le decía que tenía que ver con él. Ahora bien, ¿por qué? Que él supiera, todo estaba bien entre ellos, ¿verdad? Fanny no sabía nada de sus sueños ni de sus líos mentales. No habían discutido, y la última vez que la vio, ella estaba como siempre.

Volvió a preguntarse si le habría ocurrido algo con su padre que ella no quería contarle.

–¿Me dejas que te acompañe, entonces?: –dijo, tratando de sacar tono despreocupado. No lo consiguió.

Fanny negó.

–No. Te lo agradezco mucho, de verdad. Pero prefiero ir sola –contestó, aún sin mirarle. Acarició el dorso de su mano con las dos suyas–. Iré a buscarte en cuanto sepa algo, ¿vale?

–Está bien –asintió él, vencido–. Si insistes...

Se inclinó otra vez para besarla en la frente.

–Que tengas mucha suerte, cariño. Estoy seguro de que te irá muy bien.

–Eso espero. Gracias.

Ángel no supo qué más decir. Ella seguía con la cabeza baja. Y él iba a perder el autobús con la charla. De modo que se apartó, apretando un poco los deditos de ella, a modo de despedida.

Pero Fanny no le dejó ir.

Justo en el momento en que sus dedos se separaban y Ángel dejaba de sentir su piel, ella soltó una exclamación ahogada, y Ángel sintió que sus manitas volvían a aferrarse a la suya.

–¡Ah!... ¡Ángel! –murmuró.

Él se volvió.

–¿Sí?

Fanny volvió a mirarle a los ojos, con la expresión grave e intensa.

–Gracias –dijo muy segura, casi solemne–. Gracias por todo.

Ángel sintió un pellizco de miedo en la boca del estómago. Tuvo la horrible sensación de que ella se estaba despidiendo.

Pero, ¿despedirse por qué? No podía ser, ¿verdad? Era solo una paranoia suya. Ni Fanny ni él podían irse a ninguna parte.

Ya, pero...

–Ah, no pienses en ello.

Él sonrió, en un esfuerzo por olvidar esa terrible sensación y desterrarla para siempre de su mente. Se soltó de las manos de ella, y le acarició la carita, apenas rozarla, añadiendo:

–Espero que puedas venir a casa esta noche. Quiero ensayar una pieza nueva. ¿Te gustaría?

Los ojos de ella se pusieron húmedos de repente, pero no bajó la vista esta vez. Asintió.

–Intentaré ir.

–¿De verdad está todo bien, pequeñita?

–Sí, sí. –Ella se pasó una mano por los ojos. Estaba temblando–. Es... Estoy cansada, eso es todo. Luego nos vemos, Ángel.

Y sin más, se volvió deprisa y se metió en su portal.

Ángel se quedó por un momento allí plantado, con el ceño fruncido, antes de recordar que llegaba tarde para coger el autobús. Se volvió y empezó a caminar deprisa calle abajo hacia la parada, con las manos en los bolsillos.

¡Qué raro había sido todo esto!

Ya estaba cerca del semáforo para cruzar la avenida, cuando vio que había un autobús en la parada, pero no era el suyo. Era el que hacía el trayecto en dirección contraria, el que venía de Sevilla.

Algunas personas habían bajado de él y estaban caminando deprisa por el paso de peatones. Eso le hizo darse cuenta de que el semáforo también estaba en verde para él, y apretó el paso para cruzar a su vez.

Las personas que venían del autobús pasaron por su lado. Entre ellas, divisó una cara conocida, aunque Ángel solo lo reconoció cuando llegó a la otra acera. Se volvió, pero el semáforo ya había cambiado, y estaban circulando los coches otra vez.

En cuanto al hombre en cuestión, solo podía ver su espalda, mientras enfilaba deprisa la

cuesta que subía a su calle.

Acababa de cruzarse con el padre de Fanny. Y una vez más, él no parecía haber reparado en Ángel, gracias a Dios. No le había dirigido ni una mirada.

Pero Ángel sí se quedó mirándole a él hasta que le perdió de vista.

¿Tendría ese tipo algo que ver con la tristeza que había visto hoy en los ojitos de Fanny? ¿Y cómo podría Ángel averiguarlo?

Capítulo 21

—Así que te llamas Fanny.

En el cartel ponía que había que preguntar por Carmen. Y es que por lo visto, ella era la jefa del supermercado. Fanny se enteró en cuanto llegó.

Se trataba de una mujer de mediana edad, entrada en carnes, con el pelo liso teñido de caoba intenso, la nariz chata y los ojos pequeños, de mirada penetrante. Aquellos ojos iban alternativamente del papel que tenía en la mano, a la chica que tenía sentada frente a ella, como si estuviera analizando ambas cosas al mismo tiempo por encima de sus gafas de cerca.

—Y estudias secretaría.

Se quitó las gafas, mordisqueó una de las patillas como pensativa.

—El trabajo que puedo ofrecerte no tiene nada que ver con lo que estudias. Aquí yo misma me encargo del tema administrativo.

Fanny imaginaba algo así. Y tenía preparada una respuesta.

—Sí, pero no me importa. Necesito el dinero para pagarme los estudios —contestó.

—Ah, eso está muy bien. Una chica trabajadora...

La mujer volvió a mirar el papel y volvió a ponerse las gafas.

Usando algunas nociones básicas que le habían dado en el instituto, y algunos consejos de Santi, Fanny había elaborado un curriculum vitae en una de las máquinas de escribir que tenían en su clase de mecanografía.

Era muy escueto, porque no podía ser de otra manera. Pero ella esperaba que estuviera, al menos, bien redactado. Imaginaba que todos los jefes del mundo sabían que nadie nacía con diez años de experiencia a sus espaldas.

Se removió un poco, ansiosa. Se enderezó más en la silla, y se dio tironcitos disimulados de la camiseta. Se había puesto la ropa más nueva que tenía, y se había maquillado un poco para tratar de parecer mayor. Suerte que su padre aún no había llegado a casa cuando ella salió.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando Carmen levantó la cabeza otra vez. Dejó el documento definitivamente sobre la mesa, y puso las gafas sobre él. Apoyó los codos en la mesa también, y miró a Fanny con interés.

—Bueno, escucha —explicó—. Esto es una empresa familiar, pero el trabajo nos desborda, y he tenido que contratar a otras dos chicas. Tú serías la tercera, si de verdad estás interesada.

Fanny asintió. Carmen no tenía idea de cuánto de interesada estaba.

La mujer continuó:

—No tengo ningún puesto fijo asignado para vosotras. Te daré un periodo de prueba de dos semanas, igual que hice con las otras dos. No has trabajado nunca, ¿verdad?

Fanny negó. Le avergonzaba tener que reconocer esto delante de una persona que para ella era muy evidente que tenía mucho mundo. Pero, ¿qué podía hacer, si era la verdad?

—Bien, eso no es problema para mí —dijo Carmen, y Fanny tuvo que contener las ganas de soltar un suspiro de alivio—. Yo valoro sobre todo la disposición. Hay mucho trabajo. Este no es un lugar para venir a limarse las uñas.

Fanny asintió otra vez. Carmen continuó:

—Estoy pensando que los primeros días podrías encargarte de la limpieza. Te diré dónde está todo y cómo tienes que hacerlo. Si veo que lo haces bien, y eres trabajadora, el siguiente paso será ocuparte de reponer. Y luego ya te pondríamos en la caja.

Fanny abrió la boca para preguntar algo, pero Carmen pareció leerle el pensamiento, porque hizo un gesto con la mano.

—¡Oh! Por supuesto que te enseñaremos en qué consiste cada cosa. No te voy a dejar sola el primer día. Ni reponiendo, ni mucho menos, en la caja. Pero te lo he explicado así, porque quiero que entiendas que valoro que seáis trabajadoras. Y que no vas a ser limpiadora para siempre, sino que podrás ir ascendiendo. ¿Te parece bien?

Fanny asintió. Estaba maravillada con esta idea. ¿Todos los jefes del mundo eran así de buenos? ¿Por qué criticaba la gente a sus jefes?

—¿Cuándo empiezo? —preguntó.

Carmen sonrió.

—Bueno, necesito preparar los papeles... Yo creo que... ¿Te viene bien mañana?

¿Mañana? ¿Tan pronto? ¡Ella había pensado que tardaría por lo menos una semana en empezar! A Fanny no podía venirle mejor. Asintió otra vez.

—Cuando usted me diga.

La sonrisa de Carmen se hizo más amplia.

—¡Oh, hálame de tú! Me hace sentir vieja que me llamen de usted —dijo.

Fanny asintió de nuevo, pensando que a ella le hacía sentir extraña tutear a una persona mayor. Esta mujer podría tener la edad de su padre. Pero bueno, era la jefa, y si ella lo decía...

–Entonces, ¿estamos de acuerdo? –preguntó Carmen, echándose atrás en su silla.

–Sí. Mañana. Am... ¿A qué hora?

–¡Ah, sí! Ven por la tarde, a las tres. Necesito más gente por las tardes, porque hay más trabajo.

–Entonces, ¿siempre tendré turno de tarde?

–Si estás de acuerdo, en principio, sí.

–Está bien.

–Estupendo. Necesitaré unos documentos para hacer el contrato y demás. ¿Tienes aquí tu DNI?

Unos minutos más tarde, Fanny salía del supermercado sintiéndose como si caminara en una nube. ¡Todo había sido tan fácil...! ¡Y su padre que decía que encontrar trabajo era difícil! ¡Pues ella ya tenía! ¡Por fin! ¡Un primer paso hacia su libertad! Cielos, no veía el momento.

Se sentía feliz. Y solo con pensar en ver la cara de Ángel cuando se lo dijera...

Se detuvo de pronto en una esquina al recordar.

Ángel.

Ay, se había comportado hoy con él como una imbécil. Y le había preocupado, pobrecito, ella había podido notar lo. Con todo lo que hacía por ella... ¡Si tenía trabajo gracias a él!

Pero, ¿cómo iba a decirle que estaba enamorada de él? ¡Era imposible! Y tampoco podía dejar de verle, y...

¡Ah! Fanny de buena gana se habría tirado de los pelos en plena calle, de pura impotencia y desesperación. ¿Qué iba a hacer con Ángel?

En este momento concreto, nada. Lo siguiente que tocaba era volver a casa. No quería, desde luego. Le aterraba. Pero no le quedaba otra. Sabía que tenía que decirle a su padre que tenía trabajo y que por fin iba a dejar el maldito instituto.

Y también sabía que él no iba a tomarlo bien.

Carlos no podía creerlo. Debía haber oído mal.

–¿Qué? –exclamó–. ¿Qué has dicho?

–Digo que he ido a una entrevista de trabajo y que me han aceptado, papá –contestó Fanny–.

Empiezo mañana.

Carlos miró a su hija de hito en hito, y ella le sostuvo la mirada sin parpadear. Pero él se dio cuenta de que retorció ansiosamente los bordes de la camiseta, y que se mordía los labios.

Eso solo quería decir una cosa: esta pequeña rebelde sabía que había hecho mal. Había hecho mal yendo a la entrevista sin pedirle permiso. Y había hecho muy mal atreviéndose a buscar trabajo. ¡Como si ella pudiera tomar decisiones aquí!

Carlos trató de disimular la ira que empezaba a acumularse en sus entrañas. No soltó el libro que tenía abierto sobre sus rodillas, ni cambió el gesto. Pero sus dedos se pusieron blancos por la fuerza con la que sujetaba las tapas del libro. Y tenía los dientes tan apretados, que le dolían las mandíbulas.

Fanny debió darse cuenta, porque dio un pequeño paso atrás. Esto le enfadó a él más aún. ¿Le huía, la muy cobarde? ¿Le hacía indignarse, y ahora le huía? ¿Qué esperaba que hiciera él? ¿Alegrarse?

–No puedes trabajar. –Se limitó a decir el padre, con voz seca y fría–. Eres demasiado joven.

–Ya tengo veinte años, papá –contestó Fanny.

Como si Carlos no lo supiera. ¡Si él llevaba los mismos años manteniéndola! Y lo había hecho por una muy buena razón, para que esta mocosa le estuviera agradecida de por vida, y no se le fuera. ¿Y a la primera de cambio, ella se buscaba trabajo? ¿Cómo podía ser tan insolente?

–No vas a trabajar –dijo Carlos.

–Sí, papá. Ya he firmado el contrato. Empiezo mañana.

Suficiente. Carlos no iba a escuchar ni una palabra más.

Con movimientos lentos y deliberados, soltó su libro abierto sobre el sofá. Estaba empezando a sentir que perdía los nervios. Y sus libros eran objetos muy preciados para él. Cualquier cosa, antes que dañarlos.

Fanny dio otro paso atrás.

–No vas a trabajar –repitió Carlos.

–Papá... –murmullo casi suplicante de Fanny.

–¡No! –gritó él. Su cólera estalló al fin, bajo la forma de un violento puñetazo sobre la mesa con ambas manos –. ¡He dicho que no!

–¡Ya he firmado el contrato!

–¡Maldita mocosa desagradecida! –Carlos se puso en pie–. ¡Lo has hecho a traición! ¿No?

¡Has ido a escondidas, sin decirme nada! ¿Te creías que así te ibas a salir con la tuya? ¡Yo soy quien toma las decisiones aquí! ¿Me oyes? ¡Yo y nadie más!

—¡No podía decirte nada! —se atrevió a defenderse ella—. ¡Dos veces que he querido buscar trabajo, las dos me has dicho que no!

—¡Por supuesto que no! ¡Encima que te mantengo, te pago los estudios...!

—¡Yo no elegí esos estudios! ¡Lo haces porque tú quieres!

—¡No me repliques!

—¿No entiendes que por eso mismo quiero trabajar? ¡Llevo toda la vida oyéndote decir que estoy en deuda contigo porque me mantienes! ¡Quiero dejar de ser una carga para ti!

Carlos miró a Blanca, que estaba sentada en el otro extremo del sofá. Se dio cuenta de que estaba guardando las agujas de punto a toda prisa debajo de un cojín, como si de repente ya no tuviera ganas de hacer labores. Estaba muy pálida.

—¿Estás viendo qué insolencia, Blanca? —le gritó él—. ¿La ves? ¡Después me dices que yo soy el violento aquí! ¡Pero si ella me provoca!

—¡Yo no he dicho nada! —exclamó Fanny.

—Yo no he dicho que seas... —dijo Blanca al mismo tiempo, con voz temblorosa.

—¡Silencio! ¡A callar las dos! —Carlos dio otro golpe sobre la mesa.

Tuvo la satisfacción de ver que se hacía el silencio de modo automático en el salón. De hecho, se hizo en todo el piso. María había tenido puesta música en su cuarto en voz bajita, y la había quitado también, como debía ser.

Cuando Carlos hablaba, sus tres mujeres obedecían al punto. Era lo mínimo, hombre, faltaría más. ¿Quién era el cabeza de familia aquí?

Miró a Fanny. Alzó un índice a modo de advertencia.

—No vas a trabajar. Eres torpe e inútil, y no consentiré que me dejes en ridículo...

—¡No soy torpe! ¡Limpiar sí que sé! ¡Lo hago aquí todos los días!

—¡Eso es ayudar a tu madre! ¡Es tu obligación, y es diferente!

—¡Limpiar siempre es limpiar! Además, si nunca trabajo, nunca aprenderé a hacer nada, ¿no?

—¡No vas a trabajar!

La pequeña rebelde tuvo la osadía de erguirse y decir, muy segura:

–Sí, papá. En el súper de la calle de la Farmacia. Desde mañana a las tres.

Carlos hizo un gesto de rabia. Su hija dio otro paso atrás, pero no cerró el pico. Se atrevió a añadir:

–¡Mañana por la mañana iré al instituto a borrarle! ¡Estoy harta de estudiar esa mierda!
¡Nunca he querido ser secretaria!

Ese fue el punto de ruptura para Carlos.

Ya no pensó más. Lo veía todo rojo. Su furia decidió por él. Esta maldita mocosa tenía el don de ponerlo fuera de sí. A base de palos, alguna vez aprendería a respetarle. ¡Él era quien mandaba aquí! Y ni los llantos de Blanca, ni los intentos de Fanny por defenderse, nada ni nadie en el mundo iban a impedir que se hiciera su ley. ¡Ellas eran solo mujeres! ¡Él era el macho, él decidía!
¡Punto!

Capítulo 22

Ángel recogió todo el dinero que había en la funda de su guitarra, y lo metió cuidadosamente en distintos bolsillos de su pantalón. Luego guardó el instrumento. Se lo estaba colgando al hombro, cuando escuchó una palabra a su espalda.

—Ángel.

Sintió un sobresalto en el pecho al reconocer la voz.

Era Fanny.

Se preocupó por ello un instante. Nunca antes se le había acelerado el corazón al escuchar la voz de su niña. Por cierto, ¿qué hacía Fanny aquí?

Se volvió. Sí, era ella. Estaba mirándole muy seria, con las manos en los bolsillos de su chaqueta vaquera.

—¡Hola! —saludó Ángel, tratando de ocultar su turbación. ¿Por qué parecía que su corazón seguía empeñado en querer salir de su cuerpo?—. ¡Qué sorpresa, cariño!

Sí. Después de la conversación que tuvieron a mediodía, Ángel vino a trabajar totalmente convencido de que Fanny no le buscaría hoy. Ella estuvo muy rara. Y tampoco le pareció interesada en decirle nada concreto, ni en quedar para esta tarde.

Además, Fanny no solía venir a la capital para verle. Y no porque ella no quisiera, sino porque él repetía que no hacía falta. Ángel creía que era un gasto absurdo en autobuses para ella, ya que siempre podían verse cuando él llegara a casa, después del trabajo.

Claro que a pesar de su razonamiento y de que Fanny parecía comprenderlo, en algunas ocasiones, ella se escapaba y se presentaba aquí de sorpresa, como hoy.

Ángel no sabía muy bien por qué lo hacía; si para llevarle la contraria, o porque de verdad necesitaba verle y no podía esperar. O por las dos cosas.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó ella con voz queda—. ¿Bien?

Ángel asintió.

—Sí.

Terminó de colocarse la guitarra sobre los hombros.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Has podido ir a lo de la oferta de empleo?

–Sí. Me han aceptado. Empiezo mañana.

A él se le escapó una pequeña exclamación de sorpresa.

–¡Vaya! ¡Qué buena noticia! Me alegro mucho, cariño.

–Gracias –murmuró ella.

¿Por qué no parecía contenta en absoluto? Al contrario, seguía mirándole con la misma expresión intensa y triste que tenía a mediodía. Y, ¿era cosa de Ángel, o sus ojos parecían aún más hinchados?

En ese momento, reparó él en un pequeño detalle en su carita que hasta ahora le había pasado inadvertido, pero que estaba totalmente seguro de que no había estado ahí cuando la vio por última vez, hacía solo unas horas.

Había rojo en sus labios.

Fanny solía tener los labios rojos de modo natural. Los tenía muy delgados y delicados. En el invierno, se le ponían así del frío, y en verano se le quemaban por el calor. Pero hoy no hacía ninguna temperatura extrema. Y aquello tampoco parecía maquillaje...

No. Era el rojo de la sangre medio reseca. Si Ángel no se engañaba, su niña tenía una heridita con una gotita de sangre en el labio inferior.

Él sintió un pellizco de ansiedad en la boca del estómago. Tuvo un súbito presentimiento. La carita tan seria de Fanny, a pesar de la buena noticia que traía, sus ojos hinchados, sangre... Y el hecho de que hubiera cogido un autobús solo para venir a buscarle...

Todo eso solo quería decir una cosa.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó, muy bajito.

–Lo he dicho en casa –explicó Fanny–. Lo del trabajo. Voy a dejar de ir al instituto, y tarde o temprano se iban a enterar. Además, tendré horario de tarde. Y conociendo a mi padre, sé que no va a dejarme salir de casa sin una buena explicación.

–Y él no lo ha tomado bien –concluyó Ángel.

No era una pregunta. Pero Fanny negó de todas formas.

Ángel alargó una mano hacia la carita de ella. Acarició sus labios con el pulgar con mucho cuidado, apenas rozarlos.

–¿Te duele? –murmuró.

Cielos, lo que daría por poder enjuagar esa gotita de sangre con sus propios labios y lamerle la herida para curarla. Atrapar esa boquita con la suya, y acariciarla hasta que se le fuera el dolor.

Ah... Un momento.

¿Besarla? ¿Estaba pensando en besar a Fanny? ¿Estando despierto?

Ella se sobresaltó al sentir su contacto, se apartó un poco, y se llevó su propia mano a la boca.

–Sí. Un poquito. ¿Tengo algo?

–Una heridita –dijo él–. Apenas nada.

Y esa boquita herida seguía llamándole de modo irresistible, por favor. Era un imán. Pero, ¿qué estaba pensando? ¡Era Fanny, tío!

–Ah, me... Me pegó en la boca –dijo ella, incómoda y como avergonzada–. Me habré hecho daño con los dientes. No me había dado cuenta.

Bajó la vista y se mordió el labio.

Ángel tuvo que apretar un puño hasta clavarse sus propias uñas en la palma de la mano para resistir el impulso de tomar la carita de ella con cuidado entre sus dos manos, inclinarse sobre ella, y cubrir esos labios con los suyos.

¡Pero no podía! ¿Cómo se le podían ocurrir estas cosas? ¿Desde cuándo había tenido él deseos de besar a esta chica?

Ah, desde que empezó a tener esos sueños con ella. Claro que nunca antes se había sorprendido a sí mismo pensando estas cosas delante de ella. Sus deseos prohibidos se habían limitado a asaltarlo en la seguridad de su habitación, a oscuras, de madrugada. A solas consigo mismo. Donde no le hacía daño a nadie.

O así había sido hasta hoy.

Porque por lo visto, dichos deseos prohibidos estaban tomando confianza, y ya se permitían el lujo de aparecer también por las buenas, a la luz del día, en plena calle. Y lo que era peor: delante de Fanny. ¡Qué horror! ¡Esto era tremendo!

Totalmente confundido, y también bastante asustado, todo hay que decirlo, Ángel se llevó el pulgar a la boca, por distraerse y hacer algo con las manos.

Se dio cuenta de lo que estaba haciendo cuando fue demasiado tarde, cuando su lengua reconoció el sabor de la sangre.

Aquella gotita de sangre medio reseca se había quedado prendida en su piel. Y Ángel la estaba chupando. Sangre que venía de la boca de Fanny. ¿Qué estaba haciendo?

Retiró el dedo deprisa y se lo limpió con disimulo en el pantalón. Todo esto era absurdo. Estaba pensando en tonterías y pasando por alto lo más importante: Fanny. Ella era lo único importante aquí. Ella y lo que ella sentía.

¡Por favor, su padre acababa de pegarle! ¿Y Ángel se entretenía en fantasear con tonterías de las tuyas? ¿Tan egoísta era él?

—¿Te duele en algún sitio? —preguntó—. ¿Dónde más te ha pegado?

Fanny hizo un gesto con la cabeza como de no saber.

—En todas partes —dijo—. No lo sé. Era una fiera, y... —Suspiró, y en seguida levantó la cabeza otra vez—. Pero no te preocupes. Estoy bien.

Ángel la miró por un momento a los ojos, y ella le sostuvo la mirada, muy seria y grave.

No era la primera vez que tenían esta conversación. Por desgracia, a lo largo de los años, Ángel había visto a su niña muchos días con esta cara, y la había oído confesar cosas parecidas.

A veces no hablaba, lo cual era aún peor.

Pero Ángel siempre notaba cuándo había pasado algo. Se inquietaba, preguntaba, y ella acababa por sincerarse. Para a continuación, tranquilizarle y asegurarle que estaba bien.

Siempre se repetía la misma danza. Ángel no sabía muy bien por qué ella parecía sentir la necesidad de tranquilizarle a él. ¿Tan histérico se ponía? Si lo hacía, él no se daba cuenta de ello, la verdad. ¿O sería por algún motivo distinto?

¿Lo haría porque le quería y no quería inquietarle? ¿O en realidad, lo que intentaba era tranquilizarse a sí misma? ¿O un poco de todo?

Ángel no tenía ni idea. Pero sí sabía que cada vez que Fanny venía contándole alguna nueva paliza de su padre, él sentía una sorda rabia en el estómago y una impotencia insoportable. Daría cualquier cosa por poder sacar a Fanny de la dictadura que vivía en su casa. Pero no podía.

¡Cielos, sabía que Carlos tenía algo que ver con la melancolía de Fanny! Lo sintió en cuanto se cruzó con él por la calle, hoy al mediodía. A saber si ese tío no la tenía amenazada. Tal vez Fanny sabía desde hacía tiempo que su padre le pegaría si se atrevía a buscar trabajo.

Y aún así, hoy había ido a la entrevista. Y había conseguido el puesto. Y luego se había enfrentado a la fiera, y había padecido las consecuencias. Como toda una valiente.

Ángel sabía lo que le había costado todo esto a Fanny, y admiraba su valor y su decisión. Y en este momento, se sentía tan orgulloso de ella... El hombre más orgulloso de su mujercita que podía haber en el mundo.

Emocionado, alargó una mano para rodear su cuerpecito con un brazo, y atraerla hacia sí, murmurando:

—Ven, pequeñita. Por supuesto que estás bien, mi valiente guerrera. Ven...

Normalmente, cuando hacía esto, Fanny se dejaba abrazar agradecidamente. La coraza de entereza que la envolvía parecía disolverse, y ella se apretaba contra él, sin decir nada. A veces

le hacía un torpe mimito, frotando su cabecita contra la barbilla de él, mientras su cuerpecito temblaba entre sus brazos. Parecía que la reconfortaba sentirle. Y Ángel lo comprendía. Él también habría agradecido un abrazo o una caricia en los días en los que su propio padre le pegaba.

Por eso le sorprendió mucho la reacción que tuvo Fanny aquella tarde.

En lugar de cobijarse contra él, se puso rígida, tensa. Como si le hubiera dado miedo sentirle. ¿Por qué?

Fanny se sentía atrapada.

Sabía que esto no estaba bien. Ángel era muy bueno, y ella se estaba aprovechando de su gran corazón para venir a pedirle consuelo. Y todo ello a la vez que le guardaba el secreto de estar enamorada de él. Se sentía egoísta y mala persona. Pero, ¿qué podía hacer? Ángel lo era todo para ella.

Sí, era un hombre precioso, dulce y muy deseable. Pero antes que eso, era su mejor amigo. Y antes que eso aún, era una persona que comprendía. Alguien con quien no hacía falta hablar, porque él también había vivido lo mismo. Él sabía. Además, le daba siempre justo lo que ella más necesitaba. ¿Cómo no iba a ser su refugio?

Después de que su padre hubiera pagado sus iras con ella, una vez que se hubo calmado, hizo que su madre se arrojara, y se habían ido los dos a comprar. Fanny, por su parte, había salido corriendo a la parada del autobús, a buscar a Ángel.

Y ahora que lo tenía a su lado, que él había rodeado sus hombros con un brazo y la había atraído hacia sí... Ahora que ella podía sentir la solidez de su cuerpo, y su aroma, fresco y reconfortante...

La muchacha lo que sentía era pánico. Pero no de Ángel, sino de sí misma. Porque la reacción que tuvo su propio cuerpo al sentir el abrazo, fue desear pegarse más a él, todo lo que pudiera. Abrazarle. Sentirle. Cubrirle de caricias. Y estirarse sobre las puntas de los pies para besar su boca.

Se le ocurrió pensar que Ángel debía tener un modo suave y dulce de besar, porque él lo hacía todo así.

Pero, ¿cómo podía pensar estas cosas? Él solo quería consolarla del modo más inocente, pobrecito, y ella... Ah, pero es que... Eso que había hecho él de acariciarle los labios, no lo había hecho nunca antes. Y en el momento en que se había chupado el pulgar para limpiarse la sangre, Fanny había sentido que se le aflojaban las piernas. Porque esa boquita era preciosa. Y, ¿verdad que habría sido perfecto si él le hubiera enjugado la sangre de otro modo?

Con un beso.

Pero, ¿se había vuelto loca?

Con lo bueno que era Ángel... ¿Cómo podía ser ella tan perversa?

Fanny se puso tensa, rígida. No era capaz de apartarse del abrazo de él. Su cuerpo era un traidor, y ella no iba a darle la oportunidad de delatarla. Le daba miedo lo que podría llegar a hacer si se permitía a sí misma abrazar a Ángel a su vez. Era capaz de asaltarle físicamente y de morderle la boca con todas sus ganas. Eso por lo menos. El deseo era intensísimo. Y estaban en plena calle, por favor...

Y Ángel la rechazaría, se horrorizaría, se avergonzaría de ella...

Y Fanny no quería perder a Ángel.

No podía perderle.

Confundido por la reacción de ella, Ángel se inclinó un poquito para verle la cara por debajo de los rizos.

Ella no pareció sentir su mirada. Continuó con la vista clavada en el suelo. Todo su cuerpo estaba tenso, y respiraba con fuerza por la nariz. Tenía los labios apretados, como si se estuviera conteniendo para no hacer o decir algo.

Él no supo lo que hacer. Tuvo un momento de vacilación, en duda entre abrazarla más o soltarla. Al fin, optó por esto último, y la dejó ir suavemente. Pero la respuesta de Fanny le volvió a sorprender.

La chica alargó una mano, y se agarró a su chaqueta, como si no quisiera apartarse. Incluso llegó a hacer un pequeño gesto hacia delante, buscándole con su cuerpo, como para ir a apoyar la cabeza en su hombro. Pero todo quedó en eso. En seguida se rehizo y se apartó definitivamente, soltando su chaqueta también, como a desgana.

¡Qué cosa tan extraña! Ángel no sabía lo que pensar.

Carraspeó. Se ajustó la correa sobre los hombros, más por hacer algo que porque lo necesitara realmente.

—Ah... ¿Vamos a casa? —preguntó.

Fanny asintió, sin mirarle.

Empezaron a caminar hacia la estación, uno junto al otro.

Cualquier otro día, Ángel habría pasado un brazo fraternalmente por los hombros de ella. O bien, Fanny se habría cogido de su mano, igual que una niña se agarra a la mano de su hermano mayor.

Hoy no. Hoy Fanny caminaba con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, y él acabó por hacer lo propio.

Se sentía incómodo, extraño. ¿Qué le pasaba a su niña?

Buscó desesperadamente un modo de reiniciar la conversación, por quebrar este silencio raro que había entre ellos. El silencio nunca antes le había sonado tan tenso estando con Fanny.

—¿Dices que empiezas mañana? —preguntó.

—Sí.

—¿De tarde?

—Sí.

—Ah, igual que yo, entonces.

—M-m.

—¿Y estás nerviosa?

—No realmente. Si sale mal... —Se encogió de hombros—. Estaré igual que ahora. Así que...

Su tono de voz sonaba casi normal. Pero seguía sin mirarle a la cara. Ángel se sentía cada vez más inquieto.

—¿Te ha pasado algo más, cariño? —preguntó, bajando la voz para hablar en tono confidencial.

Fanny negó rígidamente con la cabeza. Él decidió dejarlo estar. No quería presionarla más. Ya había insistido bastante en el día de hoy, y tampoco quería ser un pesado.

Pero la sensación extraña no desaparecía. Y Ángel sabía que era algo ridículo, pero casi sentía la necesidad de disculparse por haber intentado abrazarla antes, no sabía por qué. Aunque, por supuesto, no lo dijo. No quería ofenderla, o algo...

Pero ese momento raro le había dado que pensar. Empezaba a tener una terrible sospecha. ¿Y si había sido demasiado cariñoso?

Hasta ahora, Ángel nunca había medido sus palabras ni sus gestos de afecto. Sentía que Fanny los interpretaba como lo que eran: la expresión de un cariño sincero y totalmente platónico. Limpio. Pero ahora, por primera vez desde que la conocía, él sintió miedo.

¿Acaso Fanny había notado algo más? ¿Algo distinto? ¿Había él sobrepasado la línea sin saberlo? ¿Se habría delatado sin darse cuenta?

¿A lo mejor por eso ella se había puesto rígida al sentirle? ¿Le tendría miedo, y por eso no le hablaba ni le miraba a la cara?

Cielos, Ángel no quería ni pensarlo.

Y por favor, ¿de verdad había deseado besar esa boquita ensangrentada?

¡Oh, sí! Besarla y lamerla, con cuidadito y ternura. Para curarla y demostrarle que no estaba sola. Que su padre bien podía ser un tirano, pero Ángel la quería más que a nada.

¡Pero él no la quería así! ¿O sí? ¿Tendría razón Santi, y de verdad estaba enamorado de ella? ¡Pero si era imposible!

Ángel salió de sus oscuras cavilaciones con un pequeño sobresalto, al sentir un tironcito de una manga, como si se hubiera enganchado con algo.

Bajó la vista. Fanny había sacado una de sus manos de sus bolsillos y había agarrado la manga de su chaqueta con dos dedos, aún con la cabeza baja, como si le diera vergüenza.

Él sintió una oleada de ternura en el pecho al verla. ¡Ah, su pequeñita le buscaba! ¿No era adorable?

No dijo nada. Pero movió la muñeca para sacar su propia mano del bolsillo. El movimiento hizo que se rozara con la de ella. Con el corazón latiendo con fuerza en su garganta, Ángel aprovechó el roce para enganchar los dos deditos de ella en los suyos. Sin sujetarla, solo sintiéndola. Solo diciéndole sin palabras: “Estoy aquí.”

Fanny no hizo ni dijo nada. Pero sus dedos se apretaron un poquito contra los suyos a su vez, como si dijeran: “No quiero soltarte.”

Tenía la piel suave y fría. Ángel sintió el impulso de tomar su mano con toda la suya, y de apretarla fuerte. Pero no lo hizo. Le dio miedo.

Fanny no le dejó ir en todo el resto del trayecto hasta la estación. Ángel se dijo que era un modo extraño de llevar a alguien de la mano. Sin llevarla realmente. Igual que se cogía una mariposa: sin cerrar la mano para no aplastarla.

¿Qué le ocurría hoy a su niña? ¿Por qué le buscaba, y le huía a la vez?

No importaba. Ángel le demostraría que él seguía estando aquí para ella.

Sí, pero... ¿Y si Fanny había sospechado algo de lo que sentía él?

Tampoco importaba. Ángel tendría especial cuidado a partir de ahora. Le demostraría que no tenía nada que temer, que él seguía siendo el mismo. Se guardaría sus oscuros secretos para sí, abajo y adentro. Donde debían estar.

Ah, pero... ¿Por qué había vuelto a acelerarse su corazón al tomarla de la mano?

Ángel no tenía respuesta para esto.

¿Y por qué le dolía tanto este tenso silencio?

No hablaron más hasta que estuvieron sentados en el autobús. Ángel no parecía sentir la necesidad de romper el silencio, y Fanny tampoco sabía qué decir.

Se sentía ridícula por haber buscado su mano así, como si ella fuera una niña pequeña. Pero no había podido evitarlo. Después del intento fallido de Ángel de abrazarla, ella había sentido una extraña tensión entre ellos, y le había dado miedo. ¿Y si él había notado algo raro en ella? ¿Y si se había ofendido?

Le dio alivio sentir los dedos de él en los suyos. Eso significaba que todo estaba bien, ¿verdad?

Ahora estaban sentados juntos, y el autobús ya estaba en la autopista, camino de su pueblo. Llegarían en pocos minutos. Ángel había metido su guitarra en el hueco entre sus piernas, y miraba adelante, como sumido en sus pensamientos. Sus manos reposaban sobre su regazo, y todo él parecía cómodo y relajado.

Fanny agradecía poder tenerle a su lado. Los asientos del autobús estaban tan juntos, que podía sentir el calor del cuerpo de él, y el tacto de su rodilla en la de ella, e incluso un poquito de su aroma. Era tranquilizador.

Le encantaría poder tomar abiertamente una de sus manos en la suya, pero no se atrevió. Le dio vergüenza.

Se estaba comportando hoy como una idiota. Y Ángel era mayor. Seguro que a estas alturas, ya había unido dos y dos y se había dado cuenta de que ella estaba enamorada de él. A lo mejor por eso estaba en silencio. ¡Qué horror! Fanny no sabía dónde meterse.

—Ah... Estaba pensando, cariño... —dijo él de pronto, en tono de conversación.

Fanny sintió un sobresalto de ilusión en el pecho. ¿Le estaba hablando como siempre? ¿Eso quería decir que no se había dado cuenta? ¿No estaba ofendido tampoco? ¿No sentía lástima de ella por estar enamorada de él? ¿No la consideraba una cría patética?

—¿Sí? —preguntó, volviéndose para mirarle.

Ay, era tan guapo... La luz del sol poniente que entraba por las ventanillas le daba en el pelo, tiñéndolo de rosa en algunos sitios, y haciendo brillar sus mechones dorados en otros. Parecía un ángel, envuelto en luz.

—Pues si quieres, mañana podría regresar a casa antes para ir a recogerte a la salida del trabajo. —Él la miró con simpatía y sonrió—. ¿Te gustaría?

Ella sintió que se derretía. ¿Verdad que era perfecto?

—¡Oh, me encantaría! —contestó sin pensar. Y de pronto, se interrumpió—. Aunque...

Ángel frunció el ceño, como extrañado.

–¿Qué?

–Pues... Mañana es mi primer día...

–Por eso mismo, tesoro. Para que me cuentes cómo te ha ido.

Él sonrió otra vez, enarcando las cejas con una mueca bromista. Fanny también sonrió un poquito, enternecida.

–Sí, pero... Me... Me da vergüenza –confesó.

Ahora Ángel se puso muy serio.

–¿Te da vergüenza de mí? –preguntó.

Fanny se mordió los labios. Ay, ¿qué acababa de hacer?

–No, no es por ti –se apresuró por explicar–. Es por mí. Es... Esas chicas no me conocen de nada. Y si va alguien a recogerme al trabajo el primer día, se van a pensar que soy una niña pequeña.

–Oh, entiendo...

Ángel pareció pensativo otra vez, y Fanny le miró, insegura. ¿De verdad no estaba ofendido? ¿No le había parecido una tontería lo que acababa de decir?

De pronto, Ángel la sorprendió por completo. Sacó una sonrisa de las suyas, de esas que parecían iluminarlo todo, y dijo:

–Pero el segundo día es diferente, ¿no? ¿Podré ir a recogerte pasado mañana?

Fanny se preguntó si el corazón de una podía salirse de su cuerpo, por sentir demasiado amor. Antes de darse cuenta, su mano se escapó por sí misma y se posó sobre una de las de él.

–¡Claro que sí! ¡Me encantará, Ángel!

–Entonces, de acuerdo. –Los ojos de él también sonreían, estaba maravilloso–. ¿Y te han dicho ya de qué trabajarás? Cuéntame.

Fanny sintió que los dedos de él se entrelazaban con los suyos, y que apretaba su mano firmemente en la suya, como si no quisiera dejarla ir. Ella se sentía feliz. Adoraba sentir las manos de Ángel en las suyas. Y este gesto, tan simple y a la vez tan íntimo, le daba escalofríos.

–Sí. Los primeros días seré limpiadora. Pero la jefa dice que si trabajo mucho, podré ascender.

–¿En serio? ¡Es estupendo! Estoy seguro de que pronto te cambiará de puesto, ya verás. Se dará cuenta en seguida de que eres extraordinaria.

Fanny sonrió. Estaba emocionada. No podía hablar.

Como casi siempre, Ángel debió notar lo que sentía, porque su sonrisa se volvió tierna. La miró un momento con expresión arrobada, como si ella fuera lo más bonito de la Creación, y se llevó el dorso de su mano a los labios para dejarle un besito casto y fugaz.

–Estoy muy orgulloso de ti, Fanny –dijo. Se puso serio al añadir, bajando la voz–: Sé lo que te ha costado esto de hoy. –Asintió, como admirado–. Estoy muy, muy orgulloso.

Fanny sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Apoyó la cabeza en el hombro de él y apretó los párpados con fuerza.

–Nadie nunca... –comenzó.

Pero tuvo que interrumpirse para tragar saliva, porque tenía un sollozo inoportuno alojado en la garganta.

–Lo sé –murmuró Ángel, apretando la mano de ella entre las dos suyas–. Pero yo sí, cariño.

–Yo... Yo siento lo mismo por ti.

Sintió que él sonreía.

–Lo sé –repitió, tranquilizador.

Y le besó la mano otra vez.

Ya no hablaron más, pero no hacía falta.

El silencio ahora era cómodo, íntimo. Volvía a ser Su Silencio, el de ellos dos, ese tan especial que Fanny solo sentía cuando estaba con Ángel. Un silencio que le hacía sentir más acompañada que estando rodeada de gente y diciendo mil palabras. Y ella lo agradecía de todo corazón.

Capítulo 23

—¡Ángel! —Fanny echó una carrerita detrás de su amigo.

Estaba a punto de cruzar la avenida en el semáforo, de camino a la parada del autobús. Fanny veía su figura familiar entre las otras personas que iban a cruzar, con la chaqueta de cuero, la guitarra, los hombros rectos y el pelo dorado. Cuando tenía delante esa visión, el resto del mundo desaparecía y solo le veía a él. Ángel era el centro de su universo.

Por primera vez en su vida, se preguntó qué pensaría él si alguna vez se enterase de esto...

Pero ahora no era el momento para pensar. Ángel pareció haberla oído, porque se detuvo y se volvió, y su carita se iluminó con una sonrisa al verla. El resto de la gente cruzó a toda prisa, pero él se quedó a esperarla. Fanny sabía que el autobús debía estar a punto de llegar. ¡No podía entretenerse!

—¡Hola, pequeñita! —dijo él—. ¿Cómo te fue ayer tu primer día?

Fanny llegó a su lado. Antes de poder darse cuenta, se vio a sí misma estirándose sobre las puntas de los pies para darle un besito en la mejilla, como hacía cuando era niña. Ángel sonrió tiernamente ahora, y se lo devolvió sin vacilar. Fanny sintió el calor del sonrojo en la cara, pero intentó no pensar en ello.

—Bien —respondió—. Ah... Sé que no tienes mucho tiempo.

La sonrisa de Ángel se hizo más amplia.

—No, la verdad. Pero yo pensaba ir a recogerte luego. ¿No habíamos quedado para hoy?

—Sí. Por eso mismo te buscaba.

—¿Ah? ¿Hay algún problema?

—No. Es que Carmen me dijo ayer que ha cambiado de idea, que prefiere que vaya por las mañanas.

—¡Vaya! ¡Qué buena noticia! Entonces, ¿ya has terminado el trabajo por hoy?

—Sí.

—¡Estupendo! Me alegro, cariño. En ese caso, tendré que escaparme algún día más temprano a mediodía. ¿A qué hora sales?

—A las tres.

–De acuerdo. –Ángel pareció pensarlo un momento–. Ah... No sé qué día podría ir, Fanny. Ahora mismo, no caigo...

–No pasa nada.

Fanny miró a la carretera, ansiosa. El autobús estaba ya acercándose a la parada. Se sobresaltó, y agarró un brazo de su amigo.

–¡Ah! ¡El autobús! –exclamó.

Ángel también miró a la carretera, y luego le echó una ojeada al semáforo. Estaba en verde para los peatones.

–Tengo que irme, pequeñita –dijo–. Hablamos en otro momento, ¿vale?

–Sí.

Ángel apretó su mano con cariño en la suya, y Fanny la acarició a su vez. Él se apartó y se marchó, y ella le vio cruzar la avenida a paso rápido, mientras su cabeza echaba cálculos a toda velocidad.

Sabiendo que Ángel trabajaba por las mañanas hasta las tres también, podrían quedar algún día a la hora de la siesta. No podía dejarle ir así. Tenía la sensación de que algo se quedaba en el aire, algo importante. Sentía un hueco enorme en el corazón.

¡Qué tontería! ¡Por supuesto que se quedaba algo en el aire! ¡Le quedaba por decirle que se había dado cuenta de que estaba enamorada de él!

¡Pero no podía! ¡Cielos, qué impotencia!

Él estaba ya en la otra acera, cuando Fanny le gritó, en un impulso:

–¡Ángel! ¿Podemos vernos el viernes a las cuatro? ¡Iré a buscarte a tu casa! ¿Vale?

Ángel se detuvo. Pareció pensarlo un momento, antes de exclamar:

–¡Mejor quedamos en el descampado! ¡Santi duerme la siesta a esa hora!

–¡De acuerdo!

Él le hizo un saludo con la mano, y se metió deprisa en el autobús.

Fanny se quedó mirando el vehículo. Le pareció entrever el bulto de la guitarra por detrás de una de las ventanillas, y movimiento de personas por el pasillo. Al cabo de unos instantes, vio asomar la cara de Ángel por otra de las ventanillas, mirándola, mientras se descolgaba la guitarra de los hombros. Lo vio sentarse y hacerle otro saludo con la mano, con una sonrisita dulce. Fanny se lo devolvió. Y también la sonrisa, aunque por dentro tenía ganas de echarse a llorar...

El autobús arrancó y emprendió el camino hacia el pueblo. Fanny se quedó mirándolo, con el

corazón hecho un puño y los ojos llenos de lágrimas.

Cuando al fin lo hubo perdido de vista, se dio la vuelta y caminó lentamente de regreso a los bloques.

Pero no hacia a su casa. Se dirigió al bloque uno, a casa de Andrea.

Necesitaba hablar con alguien. Y ella era la única persona, aparte del propio Ángel, que podría escucharla.

Andrea parecía estar sola en casa cuando ella llegó. Y para sorpresa de Fanny, no pareció extrañada al verla plantada ante su puerta. Por el contrario, le abrió de par en par y la metió entre sus brazos, como si acabara de reencontrarse con una hermana.

—Fanny... ¡Qué suerte que hayas venido, tía! ¡Y justo ahora! ¡Necesitaba tanto hablar contigo...!

Fanny la apretó contra sí a su vez, con cuidado.

—¿Conmigo? —preguntó—. ¿Por qué? ¿Te ha pasado algo?

—¡No puedo más, niña!... Intento hacerme la fuerte, ¡pero no puedo!

Andrea se apartó, cerró la puerta del piso a espaldas de Fanny, y concluyó, pasándose una mano por los ojos, con cuidado de no emborronarse la máscara:

—¡No puedo! ¿Entiendes? No puedo seguir viviendo sin Tino.

Ah, Tino. Su ex, ¿no era eso? Oh, pobrecita...

Solo entonces se dio cuenta Fanny de que su amiga parecía igual de triste y llorosa que ella. Había poca luz en el recibidor, pero pudo ver que tenía mala cara, y los ojos húmedos.

Pues sí que estaban buenas las dos...

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Te ha dicho algo? ¿Tiene otra?

—No, que yo sepa. Pero es que... —Andrea hizo un gesto de frustración—. ¡Es que es tortura, Fanny! Estoy enamorada de él. ¡Y todos los días, lo veo en la Facultad, en los ensayos...! ¡Y él me hace el cerco, como si no quisiera verme! Y... Y yo...

—¡Un momento! ¿No me habías dicho que querías echarte un novio? Si para eso salimos de cacería el sábado, ¿no? Me pareció que querías pasar página...

—¡Eso mismo pensaba yo! ¡Pero no puedo! El otro día me enrollé con aquel tío. ¡Y me pasó igual que a ti! ¡No sentí nada! Y no lo sentí, porque tuve a Tino todo el tiempo en mi cabeza, ¿lo entiendes? ¡Le quiero a él y solo a él! ¡Y sé que él también me quiere a mí! Si hubiera alguna

manera de que se diera cuenta... Si pudiéramos volver juntos... –Se llevó una mano a la frente y murmuró, abatida–: No sé qué voy a hacer.

Fanny suspiró. Pasó un brazo por los hombros de su amiga y apoyó su cabeza en la suya.

–Pues estamos buenas las dos, Andrea.

–¿Por qué?

–Porque yo estoy igual de desesperada que tú.

Andrea levantó la cabeza para mirarla con curiosidad.

–¿Por un chico? ¿Sí?

Fanny asintió.

–Pero si me habías dicho que no te gustaba ninguno.

Ahora Fanny bajó la vista al suelo, avergonzada.

–Entonces yo todavía no sabía que él me gustaba.

–¿Y cuándo te diste cuenta?

–El otro día. Cuando tú me dijiste que a lo mejor no me gustó el chico aquel porque podría estar enamorada. –Fanny suspiró otra vez–. Tenías razón. Lo estoy.

–¿Y él está con otra?

–Que yo sepa, no.

–¿Entonces...?

–Es... Es imposible, Andrea. Él es... Mi mejor amigo, y... Mucho mayor que yo, y... ¡Para él solo soy una niña!

–Vaya, que él no sabe que estás enamorada de él.

–¡No! ¡Ni debe saberlo! No quiero...

Fanny se mordió los labios. Miró a su amiga, angustiada, antes de murmurar:

–Es todo lo que tengo. No puedo perderle.

Andrea la miró a los ojos. Y por primera vez desde que regresó y se volvieron a encontrar, Fanny tuvo la sensación de que comprendía. Que comprendía demasiado bien.

–No vas a decírselo, entonces –dijo Andrea seriamente.

Fanny negó con la cabeza.

—¿Y qué piensas hacer? —continuó Andrea.

Ahora Fanny se encogió de hombros.

—Tendré que disimular, guardarle el secreto. —De pronto, cayó en la cuenta de algo, y apremió a su amiga, ansiosa—: ¡Andrea, por Dios, esto que te he contado no lo sabe nadie en el mundo! Si él se entera...

Andrea la abrazó otra vez con cuidado.

—No te preocupes. No se enterará.

Fanny volvió a apoyar su cabeza en la de ella. Suspiró otra vez, pero ahora de alivio. Jamás habría imaginado que le iba a ser tan fácil confesarse. Era la primera vez que hablaba de sus sentimientos hacia un hombre con otra chica, y en un principio, había temido que Andrea se burlaría, o que se horrorizaría al enterarse de que le gustaba un hombre mayor... Su cálida aceptación le sembró un agradable calorcito en el pecho.

—Cielos, gracias, Andrea. No sabes el alivio que me das —murmuró.

Su amiga le dio una palmadita en la espalda, antes de apartarse y decir:

—Pero esto no puede quedarse así, Fanny. No podemos seguir sintiéndonos miserables todas nuestras vidas. Algo habrá que podamos hacer.

Mientras hablaba, iba caminando hacia el salón. Fanny la siguió.

—No se me ocurre qué —contestó.

El piso estaba en penumbra. No había ninguna luz encendida, y fuera el sol bajaba rápidamente. Fanny vio que Andrea tomaba algo de una silla, una chaqueta. Se la puso en un momento, explicando:

—Pues tendremos que pensar. Yo no puedo seguir viviendo sin Tino, y tú no puedes quedarte para siempre llorando por las esquinas. ¡Estamos hechas polvo, tía! —Le dio un suave empujoncito a Fanny hacia la puerta, murmurando—: Anda, vamos a comprar tabaco y nos sentamos en alguna parte a tomar el fresco. Estoy harta de estar encerrada.

Fanny la siguió sin rechistar.

Minutos más tarde, las dos estaban sentadas en un bordillo, junto al descampado, fumando un cigarro, cabizbajas y pensativas.

—¿Y dices que ese tío es amigo tuyo? —murmuró Andrea.

—Sí.

–¿Y es del barrio? ¿Lo conozco?

–No lo creo. Vive en el bloque tres.

–¿Y cómo es que sois amigos?

–Es largo de explicar.

Andrea hizo un ruidito, como si estuviera conforme con esta respuesta, y Fanny lo agradeció. No quería tener que ser más explícita, la verdad. Su relación con Ángel era muy especial para ella, había sido su gran secreto durante nueve años. Vale que hoy estuviera desesperada y que se sintiera atrapada, y hubiera desembuchado que él existía. Pero no se sentía capaz de dar más detalles.

Y sí, Andrea había demostrado ser una amiga comprensiva y digna de confianza, al menos, por el momento. Pero aún así...

Ángel era demasiado especial. Fanny no podía hablar más. Sentía que no debía. Era como si con cada palabra estuviera traicionando la relación tan bonita que Ángel tenía con ella.

Si Ángel se enterase de que le había hablado de él a Andrea, seguramente le daría igual, no le afectaría en absoluto. De hecho, él sí le hablaba de Fanny a Santi y Gina. Vaya, que tal vez hasta lo vería algo natural. Pero para Fanny la cosa era distinta.

Ángel era para ella... Pues eso, como un ángel. Y su presencia en su vida era un milagro. Fanny sabía que era absurdo, pero sentía como que Dios se iba a enfadar, y que le iba a quitar a su ángel por haber hablado demasiado.

Andrea apoyó los codos en las rodillas, sacudió la ceniza de su cigarro hacia un lado.

–¿Y estás totalmente segura de que con él no puede ser? –dijo.

–Sí.

–Joder.

Hubo otro silencio. Fanny tomó una calada, con la cabeza baja. Hacía frío. La tarde caía rápidamente. El sol ya se había ido del todo, y el viento del norte empezó a barrer el descampado.

Se acordó de Ángel. En este momento, también debía estar sentado en el frío suelo de una acera, tocando la guitarra con los dedos helados, ganándose el pan. Ojalá pudiera ir a verle, tomar sus manos, calentarlas entre las suyas y llenarlas de besos. Ojalá...

–Tía, ¿qué podemos hacer? –dijo Andrea–. ¿Cómo puedo ayudarte con ese tío?

–No puedes ayudarme –murmuró Fanny–. Nadie puede.

–Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Pasarte la vida suspirando por él?

—No. Quiero volver a salir, buscar más chicos. A lo mejor, consigo encontrar a alguno que me ayude a olvidarle...

Andrea la miró con cara rara.

—¿Tú crees?

—No lo sé. Pero tengo que intentarlo, por lo menos.

Ahora fue Andrea quien tomó una calada de su cigarro, con aspecto pensativo. Sopló el humo a un lado, y dijo:

—¿Y si hacemos una cosa? ¿Por qué no vienes conmigo al ensayo?

Fanny levantó la cabeza y miró a su amiga, confundida.

—¿Al ensayo de tu grupo? ¿Yo? ¿Para qué?

—Fácil. Se me ha ocurrido que en el grupo hay varios chicos más, aparte de Tino. A lo mejor, te gusta alguno.

Ah, no era mala idea.

—Y de paso... —continuó Andrea—. A lo mejor consigues echarme una mano con Tino. Podrías hablarle bien de mí, decirle que me dé otra oportunidad... Algo de eso. Tía, no puedo hacerlo yo sola.

—¿Y tú crees que me escuchará? ¡Si no me conoce de nada!

—Ya. Pero algo tenemos que intentar, ¿no crees? ¡No podemos quedarnos sufriendo hasta que seamos viejas!

No, verdad. Eso no tendría mucho sentido.

Fanny bajó la vista a sus rodillas. No le agradaba mucho la idea de meterse en medio de una pareja. Si ese tal Tino había dejado a Andrea, él sabría por qué motivo lo había hecho. Y si ahora le hacía el cerco, también tendría sus buenos motivos. ¿Qué pintaba Fanny en toda esta historia? Seguramente, la mandaría a la porra antes de que ella pudiera decir la primera palabra.

Pero Andrea parecía tan desesperada y tan segura de que no podía vivir sin él... Y Fanny sabía lo que se sentía, ¿verdad? Lo vivía en sus carnes con Ángel.

De pronto, tuvo una idea descabellada. ¿Y si conocía a un chico que estuviera interesado en ella? ¿Qué pasaría si Ángel se enteraba? ¿Se pondría celoso? ¿A lo mejor así le daba muestras de... algo?

Su amiga tenía razón. No podía tirar la toalla con Ángel todavía. Andrea no la había tirado con Tino, y hacía ya dos meses de la ruptura. Fanny estaba enamorada de Ángel desde que era niña. No podía rendirse sin saber siquiera lo que sentía él. No sin, al menos, intentar averiguarlo.

–¿Qué me dices? –dijo Andrea–. ¿Vendrás?

–¿A qué hora dices que es el ensayo?

–A las siete.

–¿Hoy? ¿Ahora mismo?

–Sí.

Fanny tomó la última calada de su cigarro y sopló el humo al cielo mientras lo apagaba en el suelo, junto a una de sus botas, y respondía:

–Vamos.

Era increíble lo ansiosa que estuvo Andrea mientras iban de camino a la casa donde ensayaba el grupo. Fue todo el tiempo hablando sin parar, como una cotorra, diciendo que estaba muy ilusionada, que verás cómo esto salía bien, que entre las dos iban a arreglarlo...

Fanny tenía sus reservas. Eso de tratar de convencer a un ex no le parecía buena idea. Sobre todo, porque sería ella a quien le iba a tocar dar la cara. Y ella tenía una experiencia nula con los chicos. ¿Qué podría decirle, a ver? Porque no se le ocurría nada.

Pero a la vez, sentía curiosidad. Andrea decía que los chicos ensayaban en un garaje, y saber esto le hizo ilusión. ¿No hacían eso mismo los grupos que salían en la tele, antes de ser famosos? Y estos chicos, ¿tendrían instrumentos de verdad, como la guitarra de Ángel? ¿Cómo sonarían? Y no menos importante, ¿alguno de ellos sería guapo? ¿Se interesaría en ella de verdad?

Al fin, llegaron a una calle de casitas con garajes. Uno de ellos estaba abierto, y parecía haber una luz muy potente dentro, porque iluminaba la acera y llegaba hasta el asfalto. Desde el exterior se oían varias voces masculinas, hablando y riendo entre sí. Fanny sintió que se le aceleraba el corazón. ¡Había llegado el momento!

Andrea se asomó sin vacilar al interior del garaje, y dio una voz, ilusionada:

–¡Hola, chicos!

–¡Andrea, llegas tarde! –dijo uno de los chicos–. ¡Ya íbamos a empezar sin ti!

–Es que hoy vengo con una amiga. Le he hablado de vosotros, y tenía muchas ganas de ver el ensayo.

Andrea tomó la mano de Fanny en la suya, y se volvió para mirarla. Le sonrió, y le guiñó un ojo, como para darle ánimos. Fanny trató de devolverle la sonrisa, pero solo le salió una mueca sin alegría.

¿De verdad estaba haciendo bien viniendo aquí?

Los chicos se estaban acercando a ellas en corro, entre exclamaciones de: “¿En serio?” “¿Le gusta la música?” “¿De qué la conoces?”.

Uno de ellos se plantó delante de Fanny sin vacilar. No era muy alto, tendría su misma estatura, y a pesar del frío que hacía, llevaba una camiseta negra sin mangas, mostrando músculos. Le sonrió, una sonrisita torcida bastante atractiva, y dijo:

–¡Bienvenida! ¿Cómo te llamas?

–Fanny.

Andrea escogió ese preciso momento para apretar su mano con disimulo por detrás de la espalda de ambas. Fanny lo tomó como una especie de señal. ¡Este chico debía ser su ex!

Y como en respuesta a su pensamiento, el muchacho sonrió un poco más y dijo:

–Encantado. Yo soy Tino.

Sobre la autora

Victoria Morrigan lleva escribiendo ficción de forma ininterrumpida los últimos 37 años de su vida. Sus géneros favoritos son las novelas románticas y las de fantasía con trama romántica y de relaciones humanas. Durante toda su andadura como escritora, ha intentado capturar el ideal de relación amorosa entre hombre y mujer, esa que triunfa por encima de todos los conflictos y obstáculos.

Victoria es hija de una familia muy disfuncional, y hay un eco de eso en sus obras. Pero ella intenta ir más allá. Sus personajes son como ella: supervivientes, luchadores, y creyentes fervientes en el amor, a pesar de todo. Por encima de todo.

Victoria ha recorrido un camino personal muy largo para llegar hasta aquí. En sus novelas no encontrarás las cosas que suelen venir a la mente al escuchar “romántica”. Pero sí encontrarás amor. El más grande que Victoria puede concebir.

Victoria Morrigan es una autora diferente para gente diferente.

¿Te atreves a seguirla?

Si quieres contactar con ella, puedes hacerlo en:

-Blog: <https://victoriamorrigan.home.blog/>

-Facebook: <https://www.facebook.com/victoria.morrigan.1>

-Tumblr: <https://itsvictoriaforever002.tumblr.com/>

-Instagram: [morriganvictoria](https://www.instagram.com/morriganvictoria)

-Email: victoriamorrigan.libros@gmail.com

Esta historia continúa en Maraña de secretos. Puedes encontrarlo aquí:

<https://www.amazon.es/Mara%C3%B1a-secretos-Victoria-Morrigan-ebook/dp/B07ZRO9GD9>